

3303

DEDICATORIA

Al docto literato, erudito historiadador y ejemplar sacerdote ecuatoriano Sr. D. Federico González Suárez,

su discípulo y amigo afectísimo

EL AUTOR.

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES: (*)

A fuerza de repetidas, parecen ya lugares comunes de la oratoria académica las protestas de gratitud con que el nuevo colega entra á la confraternidad literaria á que ha sido llamado. Confieso que así he juzgado cuando he leído discurso de la naturaleza del presente; pero hoy, cuando me hallo en el caso de saludaros al entrar á este recinto, cuyas puertas me habéis franqueado generosos, y al hallarme entre vosotros, beneméritos cultivadores de las letras patrias, honra de la sociedad por las prendas que os caracterizan, hoy encuentro, Señores Académicos, que esas corteses expresiones de agradecimiento son la natural manifestación de una gratitud que despierta asombrada cuando considera la alteza del premio, parangonándola con la escasez de los merecimientos que pudieran reclamarlo.

Habéis sido generosos conmigo, generosos en alto grado. Vosotros, que en la frente coronada por la huella del trabajo lleváis la ejecutoria de vuestro mérito, habéis extendido mano amiga á un joven que harto honrado se creía con llamarse vuestro discípulo, amigo y admirador; y para que su reconocimiento llegara á la confusión, le habéis llamado á ocupar la silla que ha dejado vacante uno de los más preclaros ciudadanos de nuestra patria, el Señor Doctor Don Francisco Javier Aguirre.

Así es como crece mi agradecimiento al notar la honra á que me eleváis, designándome para sustituir al colega que dignamente hombreaba con vosotros en las letras, el foro y el partamento.

Nacido vísperas de la revolución de 1809, vino al mundo cuando las ideas republicanas empezaban á abrirse paso por entre los hábitos de la vida monárquica. Escojar de la Universidad era en esta Capital, cuando la batalla de Pichincha selló el triunfo de la República.

He hablado de una batalla. Por más que en una batalla se quiera vincular la gloria de un pueblo, la humanidad no puede

(*) Dos cosas se anticipa á hacer notar el autor respecto de este discurso: primera, la comprensión de dos puntos heterogeneos; y segunda, la brevedad con que ha tratado el último de ellos.

Fué honrado el autor por la Academia Ecuatoriana al ser llamado á ocupar la vacante que por muerte, dejó el distinguido ecuatoriano Dr. D. Francisco Javier Aguirre, y, en cumplimiento de su obligación, emprendió la grata tarea de hacer el elogio de su ilustre predecesor. Cumplido esto, aprovechó de la ocasión para dar mayor amplitud á su discurso, y trató de otra materia. Lo explica, á fin de que el lector sepa el motivo que hubo para tratar de dos materias inconexas. Llenado en la primera el deber impuesto por el reglamento, se sirvió de esa ocasión solemne para tratar de un asunto de actualidad entonces, algunas de las ideas estéticas de Sr. Montalvo.

La segunda parte no constituye un discurso completo; hay apuntes para un discurso y nada más, sobre todo en la última parte.—*Jesucristo* en el mundo estético,—vasta materia sobre la que el autor va reuniendo materiales para un estudio más detenido.

batir palmas y coronarse de laureles: ella se retira tras el escenario de las glorias patrias, y llora, aunque en silencio, para no escandalizar á los vencedores en sus transportamientos.

Hoy, por felicidad, los abismos que abrieron las luchas de ayer entre la Madre Patria y nosotros, se han cegado ya, y España y el Ecuador, ligados por un abrazo, aparecen ante las demás Naciones, hablándose las dulzuras de la reconciliación en ese mismo idioma que antes tronaba con el vigor de las proclamas. Y para que solemnidades como ésta, en las cuales, por la generosa Real Academia Española, entramos á la comunión de sus letras, fuese más elocuente todavía; tenemos aquí entre nosotros, bajo este mismo solio, á S. E. el Señor Ministro Residente de S. M. C., Señor Don Manuel Llorente Vázquez y su Secretario el Señor Don Germán M. de Ory, que representan á España, con quien acabamos de firmar la paz, y con quien, mediante tan digno Ministro, aumentará nuestra cordialidad.

Miranda, al idear el antiguo pabellón colombiano, que hoy guardamos nosotros como propio, tuvo, Señores, una verdadera inspiración. Adoptó los colores rojo y amarillo del pabellón español, y los dividió con el azul. Si antes pudo tener otro simbolismo, hoy para nosotros, Señores, esa faja azul entre las dos heredadas de España, no representaría sino la extensión del mar que nos separa, anulada ella misma por el vapor y la electricidad; más todavía, esa faja azul en la bandera española representa para nosotros algo como un pedazo de cielo, en cuya altura se guardarán concentrados en imperturbable serenidad, de aquende y allende el mar, los afectos de la familia Española. ¡Gloria á los pabellones ecuatoriano y español!

El espectáculo de tantos acontecimientos que venían desenvolviéndose por entonces, todos ellos con el carácter de preparatorios á la nueva vida política que iba á plantearse definitivamente, dejó como lección indeleble en el alma de Aguirre el constante amor á la libertad, por cuyos fueros había siempre voz en sus labios y lealtad en su proceder.

En el foro su probidad salió incólume de ese intrincado laberinto en que se enredan las almas vulgares, y en cuyas encrucijadas dejan, si no la virtud, siquiera girones de la dignidad personal.

De este modo, dedicado á la enseñanza de la Jurisprudencia, doble era el magisterio que profesaba:—el magisterio de la palabra y el del ejemplo; el uno que ilustraba la inteligencia con la erudita lección diaria, y el otro que engendraba en el silencio del corazón de sus discípulos la moral de la profesión en sus aplicaciones.—Dos enseñanzas son estas, que deben compenetrarse íntimamente en la juventud destinada al noble ejercicio del foro:

no basta la ciencia de los códigos, si no se aprende la ciencia de la honradez profesional, la de la dignidad que no se arrastra, del celo por la paz de los contendientes, en fin, del temor reverencial con que debe el abogado, ministro de la Providencia, tratar la administración de esta transitoria justicia, previa al fallo posterior que ha de pronunciarse un día.

Aguirre tuvo, además, otro mérito durante su cargo profesional, á saber, el de formar para sus discípulos un cuerpo de doctrina, que no podían haberlo sino con el auxilio de la erudición de su maestro. La legislación de la naciente República seguía el mismo camino de su política inquieta: andaban heterogéneas y dispersas las leyes, no menos que las tiendas de campaña de los contendientes, en esta pobre patria destinada desde su cuna á ser el teatro de cotidianas guerras fratricidas.

Leyes de la Monarquía, al lado de las leyes de la República; éstas, regadas sin concierto en las hojas oficiales de cada administración política; unas veces cambiadas á medias en cada Legislatura, otras abrogadas totalmente, no podía formarse con ellas el concepto de la legislación patria, sino por quien hubiese ido atisbando día á día las luchas de los partidos y el colorario suyo en la brega de la legislación. Obra era esta en que, para mucho del aprovechamiento del escolar, influía el espíritu de la legislación estudiado en el espíritu de los hechos, y así era como con las lecciones jurídicas hermanaba á un mismo tiempo las lecciones de la historia y patentizaba fructuosamente sus enseñanzas.

Modesto en sus pretensiones, no mostró en su vida ese constante tesón de los ciudadanos de nuestras repúblicas por apresurar la salida á sus luchas y ambiciones.

Esa precipitación con que, recién afuera de la adolescencia, se lanzan los ciudadanos á la acción de la vida pública, hace que nuestra política lleve casi siempre el sello de la juventud en su desenvolvimiento. Mal educado aún el carácter para la obediencia, agitado por instintos demagógicos, que á pocos de nosotros habrán faltado en los primeros años de la vida, ignorante de la difícil ciencia del vencimiento propio en las tentaciones de la vida republicana; sin el acopio de los conocimientos que, más que las conferencias de Universidad, da para la vida pública el estudio de la sociedad en su pasado, en las presentes necesidades, en la preparación de lo por venir; los primeros ensayos en la carrera política de nuestros ciudadanos, no siempre garantizan el acierto en pro de los intereses sociales. Lo ganado en ardimiento se ha perdido en una visión clara de ellos: la fantasmagoría de las teorías ofusca la realidad penosa del camino que hay que llevar. Después se palpan las ilusiones del programa, se aprende en el desengaño, y mientras se estudia la nueva ciencia en libro de tan ingrata lectura, el descrédito del prematuro político ha cundido en la república, descontentadiza, más que por nada,

en fuerza de que se compone de ciudadanos con opción á subir á ese puesto, de ilusiones el día de lanzar programas de gobierno, de confusión el día en que los hechos son la dolorosa antítesis de los propósitos de ayer.

Tal es en la vida republicana esta manía del individuo á un nacimiento prematuro á las faenas de la política militante, que es algo como heroísmo el aislamiento de aquellos que, ladeados de tan violenta corriente, se esconden en el retiro de la vida privada á soportar los deberes de ciudadanos pasivos, á fortalecer el carácter en esa disciplina, y á esperar impasibles, con la indolencia de la modestia, á que el pueblo justiciero con esas virtudes, los eleve á su magistratura.

Aguirre estaba rodeado de todas las circunstancias favorables al prestigio del ciudadano en la vida pública.—Precedentes honrosos de familia, así en la honorabilidad moral, como en las glorias de las letras; dones de fortuna; relaciones sociales apoyadas en sincero afecto, no sólo en Guayaquil, su ciudad natal, sino en las demás provincias de la República; ciencia de la política práctica, y más que todo, ciencia de la historia de esa política, conocimiento de los hombres que le rodeaban y de los partidos que iban surgiendo; tantas y otras prendas no fueron poderosas á despertar la ambición del modesto ciudadano, limitado á las dulzuras de la vida del hogar, á los encantos del estudio, así en su patria como en Europa, y á las humildes tareas doméstico-políticas de la vida municipal.

Mas, el pueblo no fué indiferente á esta modesta pero honorable existencia, y Aguirre representaba los derechos del pueblo en la Asamblea y era llamado á la vida pública.

En 1852 fué Vicepresidente de la Asamblea, y allí la esclavitud encontró un acérrimo enemigo, y la liberación de los esclavos constituyó uno de los más ambicionables méritos del filántropo guayaquileño. Hoy nos figuramos que la manumisión de esclavos fuese muy hacedera, no sólo por ser el cumplimiento de un estricto deber, sino porque garantizaban el triunfo la santidad de la causa, el prestigio de la innovación y el que cuadrarse con el programa de la vida política de nuestros pueblos.

Hoy juzgamos así, porque no tenemos ante nosotros más que lo deslumbrador de la teoría, lo exigente del deber moral, y no tropezamos con realidades desconsoladoras, interpuestas al generoso propósito de Aguirre y sus compañeros, y entre ellas la del interés de los dueños de esclavos, que preferían el medro personal á la libertad de éstos, á la entonces escandalizadora carta de naturaleza con que se les iba á hacer entrar á la vida social. “Dos intereses se hallan encontrados en la esclavitud, decía en 1854, (*) “los intereses materiales en lo que hay de más abyecto,—el hombre mercancía, que esto quiere decir esclavo; los intereses mo-

(*) “Exposición al Congreso de 1854”.

“rales en lo que hay de más noble, de más sublime,—la Libertad humana”. Indignado con la resistencia que el interés oponía, convencido de que la ley debía ser, no sólo orgánica de relaciones económicas y civiles de los particulares, sino moralizadora de la sociedad, había proclamado ya la moral de la ley en el informe que, con otro ilustre ecuatoriano,—Don Mariano Cueva—, presentó á la legislatura de 1852. Allí se expresaba de este modo: “Cuando se considera que el acto de beneficencia es también un acto de justicia, un acto de reparación, el legislador tiene la obligación de prescribirlo, para que obligue á aquellos que no comprenden las leyes de la moral; tiene necesidad de que la fuerza de la ley civil les haga entrar en la vía de sus deberes” (*).

La ley colombiana sobre manumisión de esclavos no tuvo pleno efecto en el Ecuador, razón por la que la Asamblea Nacional de 1852 expidió la ley sobre la materia. Suscitó violentos ataques, sobre todo por el gravamen que se impuso á las sucesiones para crear fondos de manumisión. En defensa de la ley de 52 y para refutar esas objeciones, escribió el memorial “Sobre manumisión de esclavos” (**). Como los adversarios sostuviesen que esa ley violaba la propiedad é infringía la Constitución, Aguirre protestaba de este modo contra aquellos cargos: “Oyendo estas frecuentes exclamaciones:—¡Violación de la propiedad! violación de la Constitución!, con motivo de la libertad *restituida* á los esclavos, no se puede dudar del gran ascendiente que el materialismo ejerce en el mundo. Se cree, ó se finje creer, que no hay en el mundo más propiedad que la que se tiene sobre la materia, ni mejor propiedad que la propiedad metálica. Así donde no se ve la materia, donde no se ven los metales, no existe propiedad. Hay quienes creen, aunque digan lo contrario, que en el hombre no hay alma, que si la hay nada vale, y que, para hacerla valer, es menester acuñarla; porque si esto no creyeran, sabrían que antes de llegar á la propiedad de ciertas cosas que el esclavo costó al amo, tendrían que pasar sobre la propiedad que por la ley de Dios tiene sobre sí mismo el hombre, y el esclavo que también es hombre. Quieren que no se viole la Constitución, quieren que no se viole la propiedad sobre las cosas, pero quieren, han querido y querrán que se violara la propiedad personal de sí mismo, que se llama libertad. La primera de mis propiedades soy yo, yo mismo ha dicho Thiers”.

Entretanto, los que deseaban la libertad de los esclavos, no acertaban con los medios y se contradecían cuando los excogitaban. Unos pretendían la liberación no restringida por la indemnización previa; otros que ésta antecediase, pero sin fijarle la manera de efectuarse. “Coincidencia sofística admirable, decían Aguirre, que recuerda el célebre pasaje de Beaumarchais:—con

(*) Informe de 23 de Agosto de 1852.

(**) 1854.

“tal que no se escriba sobre nada, haya libertad de imprenta”.

Nada raro es que los pueblos, por más convencidos que se hallen de las necesidades del Gobierno, de los derechos de la justicia, de las conveniencias públicas, se exciten contra todas estas necesidades cuando, para atenderlas, es necesario el menoscabo de los intereses privados. Entonces, la autoridad, perdido el prestigio de conservadora del orden social, protectora del derecho, custodia del bienestar político, degenera ante el criterio utilitarista, de esas funciones en las odiosas de enemiga del ciudadano, y negociadora con sus intereses. ¡Triste cosa!... en tanto que se tolera la violación de las libertades públicas, se besa el látigo del usurpador y se le asfixia con humo de adulación, si no se ha menoscabado la hacienda privada con impuestos (sean razonables como fueren) no hay todavía protestas de parte de los ciudadanos. Pero ¿se estableció un nuevo impuesto? ¿se adoptaron medidas para realizar los preexistentes? Entonces, heridos en lo más vivo, se lanzan á denostar á la autoridad, y no pocas veces á engrosar las filas de la revolución.—El pueblo no quería por entonces tolerar el impuesto sobre las sucesiones, y referente á esta repugnancia decía Aguirre: “Se ha llegado á esta “magistral paradoja de que—todo Gobierno es un mal necesario—; y en esta supuesta contradicción del hombre con la Sociedad, con la Ley, con el Gobierno, todos se creen igualmente “oprimidos y despojados por los Gobiernos, por la Ley y por la “Sociedad. . . . No hay un solo impuesto que pueda subsistir si “se quiere que no ataque á la propiedad, si se quiere que no “grave á nadie. . . . Destruir las rentas públicas es reducir al “Estado á la mendicidad, y la mendicidad del Estado es la peor “anarquía, porque es la anarquía del hambre”.

Inculpaciones deshonorosas se dirigieron á los autores de la Ley de 52, y después de salir contra ellas, Aguirre, como el primero y más interesado en esa ley, volvía al silencio de la vida privada con esta protesta: “Habría renunciado este derecho [de defender “la dicha ley], si los ataques no hubieran salido de los límites de “la discusión, pues que yo no me hallo en aptitud de entrar en “largas discusiones.—Seguro con mi conciencia habría dejado “decir y murmurar, sin sacudir, por nada, lo que haya podido “caerme del polvo de injusta odiosidad”.

En 1855 y 56 representó al Ecuador ante el Perú y Chile, y celebró el tratado de alianza, que quedó sin efecto por causas que no es del caso analizar, y que dejó cierto desengaño en el corazón del patriota, empeñado constantemente en procurar la unión de los pueblos americanos para contrarrestar la preponderancia de la fuerza.

Las guerras civiles que venían sucediéndose, mostraban cuánto perdía el espíritu nacional en esos feroces alardes de un patriotismo vocinglero que desgastaba el amor á las instituciones, á la prosperidad de la patria, empeñándolo en luchas enca-

minadas al medro personal ó la satisfacción de miras de partido, en gran manera personales también: dijérase que eran una jauría lanzada á los campos, mientras la casa quedaba á merced de los transeuntes que pasaban. Con dolor notaba Aguirre este degenerar de las virtudes políticas de la nobleza con que crearon un mundo libre, en las degradaciones de luchas azuzadas por la ambición. “Las guerras civiles, decía, han destruído los sentimientos generosos, propios de los pueblos libres.—En vez de trabajar por nuestro progreso interior y por hacer respetar nuestras nacionalidades, hemos derrochado nuestras nacientes riquezas “y derramado á torrentes nuestra sangre, para levantar y derribar sucesivamente tales ó cuales caudillos, fluctuando casi siempre entre el despotismo y la anarquía”. Y amargando más la queja agregaba: “Faltos de virtudes cívicas, han creído nuestros bandos políticos que, para conservar ó recobrar el poder, “todos los medios les eran lícitos, aun el crimen de llamar al extranjero”.

No es este el sitio, no esta la oportunidad, Señores Académicos, para comentarios sombríos de este doloroso pensamiento.

Quien así amaba á la patria, era garantía para su gobernación, y, conociéndolo, el pueblo varias veces le designó para que le representase. Candidato para la Presidencia de la República en distintas épocas, unas veces renunció la candidatura, y otras, acontecimientos políticos intempestivos imposibilitaron su elección.

Jamás en la dignidad política de Aguirre fué reparable mancha alguna. Soberano de su conciencia, no la prostituyó ante mezquindades que se salen al encuentro todos los días en enredos callejeros y de gabinete. No aparecía en la escena política, sino cuando era llamado. Celoso por la patria dignidad, decía en Julio de 1860, con motivo de habersele supuesto militante en un partido: “Yo he nacido en el Ecuador, soy “miembro de esta sociedad, y tengo que sufrir con ella; pero no “por esto he de poner en la balanza el peso insignificante de mi “nombre ¡Nó! yo no quiero asumir la larga serie de hechos ignominiosos que condeno y que deploro”.

Los acontecimientos tumultuosos y de varia índole que se empujaban unos á otros en el vértigo de las revoluciones, le encontraban siempre sereno, recogido dentro de los límites de sus opiniones, á recaudo así de las metamorfosis diarias de los partidos. “Siento mucho, decía,—á propósito de la inculpación anterior,—siento mucho ver mi nombre en papeles impresos, sujeto á comentarios equivocados. Mucho más siento tener que “publicar estas líneas. Pero al fin ellas me dan lugar para pedir “á los partidos por única gracia, y sin ser filósofo ni cínico,—que “no me quiten el sol—. . . . Tengo, por último, la ocasión de recordar á mis compatriotas que yo no soy de los que andan cambiando de partidos.—Así, todos los días, cuando me levanto, “doy infinitas gracias á Dios de no encontrar en mí más

“que—una sola cara y una sola alma”. Enemigo de que se extremasen los alardes de la democracia, buscaba el temperamento medio entre la obediencia á la autoridad y el respeto al derecho, términos dentro de los cuales campea el orden público. Por esto decía: “Sería necesario haber vivido bien inútilmente en el mundo sin tomarse el trabajo de examinarlo, para no saber como una verdad experimentada, que casi siempre el despotismo tiene su origen en los excesos de la democracia. Sin citar más ejemplos: César perteneció á la facción demagógica; y la tiranía de los Emperadores fué una reacción contra las tentativas de la Ley Agraria”.

No era ni absolutista canonizador de la acción del poder público, ni adulator de las locuras de la revolución. La guarda del orden, tranquila y normal circulación de la sangre en el cuerpo social, necesitaba, para Aguirre, de parte del pueblo, el sacrificio de la ambición y de la demagogia. Amigo del pueblo, hombrebreaba con él cuando había que abogar por el derecho, y se retiraba de su lado si el reclamo paraba en insolencia ó en mezquindades de egoísmo.

La civilización de los pueblos no existe, en concepto de mi ilustre predecesor, sino donde el Cristianismo campea con su benéfica acción: á su calor, se vigora el carácter influido por la virtud, y sin virtud la vida social se torna imposible. Para él, el advenimiento de la República, tal como la ansiaba, no habría de efectuarse, sino cuando hubiese precedido el advenimiento de la virtud al corazón de los ciudadanos. Hé aquí cómo se expresaba, referente á su ideal: “La raza blanca, como la más inteligente, ha comprendido mejor que las otras razas, la misión del Cristianismo identificado con la civilización, la cual no existe en ninguna parte donde el Cristianismo no existe. Repasando la historia siglo por siglo, se ven y se palpan los progresos sucesivos que ha hecho la especie humana. Viéndolos, podemos esperar los que hará en lo venidero, hasta que se cumplan los profundos designios de la Providencia. En sus leyes inmutables debemos buscar la felicidad de todos los pueblos, no en las combinaciones eventuales de una tortuosa política, y menos que nada, en la presión brutal de la fuerza. El mundo será todo él republicano cuando todo él llegue á civilizarse”. (*)

Cuando los partidos le dejaban tomar ese sol que á veces le interceptaban, la vida de Aguirre, si silenciosa, no dejaba de ser fecunda para el bien y las letras. Su peculio privado proveía á la indigencia y la desgracia, y á algunos menesteres de la instrucción primaria. Interrumpía este silencio, sólo cuando juzgaba necesario hacer oír su voz en defensa de algún derecho. Una de sus publicaciones, es la relativa al Concordato: no estando, como no está, conforme con mis ideas sobre la materia, no hago

(*) “Alianza Sur-Americana”.

sino consignarla sin entrar á apreciaciones ajenas de esta solemnidad.

Diferente de mucho hijos desnaturalizados que, á título de Jeremías lloradores de las desgracias de la patria, la execran, y arrastran en sus escritos á la vergüenza internacional, Aguirre sentía pena cada vez que había que hablar de algo desfavorable respecto de la patria. “Estamos, decía, pegados con el corazón como las plantas, á la tierra en que nacimos, é interesados en su prosperidad que es también la nuestra. . . . De la tierra en que nacimos y en que habitamos, de la sociedad en que vivimos, hemos recibido lo poco ó mucho que somos y que tenemos. . . . No se sabe cuánto es necesario comprimir el corazón, y cuánto atormentarlo, para decir la verdad á su propio país, sin poderle excusar de sus gravísimas faltas”.

Fruto de su consagración al trabajo literario, nos ha dejado la “Historia del Ecuador”, libro inédito aún, y que, por lo mismo de traer la relación hasta nuestros días, quedó con el encargo especial del autor, de que no se publicase sino después de algunos años. Aunque favorecido por su digno hijo con el examen de los manuscritos, no puedo hoy quebrantar el precepto de nuestro venerable finado, hablándoos de ese libro, cuando aun las apreciaciones literarias pudieran implicar otras inconvenientes al propósito con que se lo reserva á la luz pública para tiempos posteriores.

Tal fué, Señores, el benemérito ciudadano que ha perdido la Patria, que echa menos la Academia, y á quien vengo á suceder por un exceso de vuestra indulgencia.

En 1867 elevó una representación en nombre del Concejo Cantonal de Guayaquil al Congreso, en favor de la gratitud y amor con que debía recordarse la memoria de Olmedo en la atención con que correspondía se mirase por las necesidades de su huérfana. En ese memorial se encuentran estas palabras:

“Desgraciada la nación que no tenga, ó no haya tenido en el curso de su existencia hombres superiores, grandes ciudadanos á quienes honrar y recompensar dignamente; y aun más que desgraciada, mísera sería la nación que se olvidase á tal punto de su propia dignidad y de su propia honra, que llegase á desdenar á esos grandes ciudadanos que, con sus acciones y sus nombres, la honran y enaltecen.”

Nuestra patria, no es, pues, desgraciada ni mísera, cuando tiene hombres entre los que Aguirre aparece ocupando un digno puesto en la galería de nuestras celebridades; cuando la posteridad, justiciera con él, empieza á pagarle el tributo de respeto y amor que se debe á glorias inmaculadas, que no por modestas son menos acreedoras á público renombre.

Ya que al tomar asiento entre vosotros he empezado por hablar de un compatriota, permitidme discurrir también sobre un punto de literatura patria, trascendental; no sólo al arte sino á las buenas costumbres. Me refiero, Señores, al Tratado de la Belleza de don Juan Montalvo, alguna de cuyas teorías estéticas voy á examinar con la brevedad que requieren las circunstancias. Rapidísimas consideraciones preliminares me llevarán al término propuesto.

Aprisionado nuestro espíritu entre las ligaduras de la materia, las nociones que diariamente adquiere no son en todo perfectas, porque, al recibirlas, la aprehensión de la razón filosófica de las cosas se nos ofusca frecuentemente entre la niebla de los sentidos, y la potencia espiritual necesita esfuerzo para salvarla y subir en el discurso al mundo psicológico. Esto mismo pasa, Señores, en el estudio de la belleza. Hallándose esparcida por todo el universo, por encontrarla con notas sensibles, la creemos absolutamente material, y pensamos que su razón de ser está en lo que impresiona á nuestra sensibilidad. En tanto que la belleza baña el universo, no queremos alzar á ver la fuente luminosa de donde manan encantos para el espíritu. De aquí que no apreciamos en su correlación el fundamento en que estriba la subsistencia de una misma nota, en cuya comunidad se aunan el mundo espiritual y el material:—belleza de un pensamiento, de una acción, de una fisonomía. Si en lo intelectual, en lo moral y en lo físico, subsiste un mismo atributo, éste por fuerza, y como lo sostiene la Filosofía, ha de tener que ser percibido únicamente por el entendimiento, aunque las notas inferiores de la materia le sean transmitidas por los sentidos. No de otro modo estudia la Filosofía al mundo físico, mientras las ciencias experimentales, detenidas en lo puramente fenomenal, no suben á la razón filosófica. Estudiar, pues, la belleza, radicada tan sólo en la forma de los cuerpos, equivaliera, Señores, á estudiar la Ontología con el compás y el metro.

Verdad, bondad y belleza son propiedades del ente: el sér es una perfección, una excelencia su economía relativa al fin, y una armonía la correlación entre los caracteres económicos del sér y su destino.—Desde que el sér existe, no se lo puede estudiar sino en sus relaciones de causalidad y economía. Si la creación no es obra del acaso, lo creado obedece á un plan, y en sus perfecciones nos habla de las de su causa. Tanto más perfecto, entendiéndose con perfección relativa, es un sér, cuanto más bien corresponde á su fin; y si el estudio de éste y de los medios que lo realizan levanta nuestro entendimiento al Sér por excelencia, Creador de todo y Providencia de su ordenación, por fuerza el espíritu humano al estudiar la perfección de los seres inferiores, tiene que relacionarlos á su origen, y ver entonces que lo más admirable en ellos no es sino destello de la magnificencia de su causa; tiene que correlacionar el origen con el fin preconcebido por la Inteligencia Creadora, y que examinar los medios para la asección

de tal fin.—De este modo, aparece, Señores, el mundo como una armonía sorprendente, y no es ya la sucesión fenomenal de accidentes merecedores de olvido ó desprecio.

La armonía, pues, entre los medios y el fin implica la perfección de un objeto. Desde la cristalización de la materia hasta las maravillas del pensamiento, la cadena de los seres presenta la serie ordenada de perfecciones relativas en que el orden, el color, el movimiento, la voz, el instinto van ascendiendo hasta llegar á su finalidad,—el hombre, ante quien rinden el tributo de esas perfecciones que les distinguen. En cada cual de ellos persiste un tipo único al cual se regulan, y que viene perseverando al través de los tiempos y los cataclismos de la naturaleza, tipo relativo que, subiendo en escala de perfección desde la materia inorgánica, presenta en el hombre caracteres sorprendentes. El mundo entero es su dominio, y de la altura de su grandiosa dignidad contempla, ufano de su soberanía, las maravillas que se le ofrendan.

Entre las notas que armonizan, aquellas son más perfectas que comprenden excelencias superiores á las otras. En los seres criados, el espíritu lo es por la simplicidad, la inteligencia y la inmortalidad, y, por lo mismo, en las obras humanas, tanto es una más perfecta, cuanto revela el poder de la inteligencia ordenada á su fin económico. Por esto la ignorancia y el error deforman la perfección espiritual humana, puesto que el espíritu tiende esencialmente á la verdad, y su acción á realizar sus supremas aspiraciones. Considerada la unión del alma con el cuerpo, la correspondencia entre las tendencias de aquélla y las propiedades de éste, produce la armonía de su acción.

Aparece el orden, y nuestro espíritu goza en su contemplación, y en ella brotan simultáneamente el descanso de la inteligencia y la moción de la voluntad, pues conocidos los caracteres de un sér, el conocimiento se resuelve en la fruición.

La perfección de un sér en correspondencia con el fin económico,—la bondad del sér, determinante de nuestra complacencia, lo hacen amable al espíritu inteligente, que comprende la armonía de la existencia del sér en sus relaciones ontológicas y en las íntimas con el mismo espíritu.

Aquí aparece, Señores, la belleza cuya generación, así como viene de la Inteligencia y el Amor Supremo, así en sus manifestaciones determinadas, primero penetra en la inteligencia, no con el tardío paso del silogismo, sino con el de la luz que atraviesa la lente, y luego pasa al corazón en donde encienden foco los afectos,—generación nobilísima que da á la belleza la elevada alcurnia á que aspiran las concepciones del poeta y del artista, y de aquellos otros artistas del amor, los justos, que no viven sino de desear saciedad plena al conocimiento y amor perfectos é inmortales en el piélago de la Belleza Eterna.

Si Platón no lo dijo, bien interpretó alguno de sus discípulos la espiritual teoría del maestro cuando afirmó:—“Lo bello es el

resplandor de lo verdadero";—hermosa fórmula que nos muestra el simultáneo de los tres caracteres del ente: verdad y bondad y belleza.

Así como para la producción de la combustión deben concurrir la existencia del combustible y su aptitud para encenderse al contacto del fuego, para que de allí broten la llama y torrentes de luz, del mismo modo para la belleza concurren la verdad y la bondad, las cuales, con análogos caracteres, se resuelven en la luz de la belleza que enciende el amor del espíritu inteligente. Sí, Señores, del espíritu inteligente, porque sólo el entendimiento es capaz de comprender la generación de la belleza, la penetración de sus caracteres, el origen y la trascendencia de aquella incesante fulguración de lo creado, y esperar que, cuando los mundos se fracasen, muerta ya la luz prestada por un mundo inmortal, aparezcan en infinito resplandor la Luz suprema de la Verdad y Bondad supremas.

En la dualidad humana, dos tendencias batallan á brazo partido, la de la inmortalidad y la de lo contingente; las aspiraciones del espíritu, las sollicitaciones de la materia. Mansión de un día, el cuerpo en su ser transitorio, puesto en comunicación con el mundo sensible, vive impresionado por él, y si el espíritu no nos levantara á lo alto, nuestra vida en nada habría de diferir de la de los brutos: viviríamos de la sensibilidad, no aprehenderíamos de las cosas sino las notas que influyesen en los sentidos, y el criterio para juzgar de la perfección de los seres, sería el de los fenómenos materiales del organismo, criterio vacilante en valor, á proporción del estado de salud del órgano sensible. Los sentidos, como simples medios de transmisión de lo exterior, no nos dan otras nociones que las de lo contingente, nota inferior en la escala de perfección de los seres: para su apreciación viene el espíritu, como después de la visión al través del telescopio, vienen los profundos estudios de la Astronomía, y sobre las investigaciones de la ciencia, el arrobo de la contemplación religiosa.

Mas, en esta ansiedad de lo perfecto en nuestras inquisiciones, hallamos que no se encuentran completas en cada ser las notas que admiramos dispersas en su multiplicidad. Falta la duración del diamante á los matices de la flor, á las luces del diamante la gigantesca irradiación de la del sol, éste enciende la atmósfera que respiramos;—y así, en la percepción de la belleza finita, á vuelta de momentáneo placer, nos queda aún la aspiración á completar esa belleza descabalada de los seres, y nos damos á subir de ellos á un tipo supremo que reúna las perfecciones que les hemos conocido, y que no son sino fulguraciones dispersas de una sola luz. Entonces, como dice un filósofo, cual Nerón deseaba que toda la humanidad tuviese una sola cabeza para hacerla rodar de un golpe, del mismo modo ansiaríamos que los rasgos de belleza encontrados separadamente se reuniesen en una sola cabeza, tipo de hermosura al estudio y gozo del artista.



De aquí nace el ideal, esto es, el esfuerzo del espíritu en la inquisición de lo bello, y la tarea de su recomposición con los rasgos aprehendidos de la belleza, extremada por el esfuerzo de la imaginación en su ascenso de lo contingente á un tipo increado. Por esto, Señores, el poeta no crea el ideal,—lo encuentra: anhelante de la perfección va reuniendo determinaciones de belleza, y cuando de ellas ha formado un todo, sube todavía á buscar en lo imaginable la perfección, que á ese conjunto falta. De aquí que el arte sea moralizador y que levante al hombre de la confusión de pasiones ingobernadas.

El ideal que va alejándose, es como nave que deja tras de sí la blanca estela á cuyo alrededor se encrespan negras olas: disípase la estela allí donde la nave se detiene. Anclada en el puerto, las aguas juegan ya mansamente á su costado: el ideal acaba, Señores, ahí donde el espíritu es incapaz de imaginar, y el corazón de ansiar amor, en el tipo eterno del ser,—en Dios.

Nuestra actividad tiene por término siempre un ideal: cuántos son los varios ideales, cuéntese por el número de nuestras aspiraciones, y, si se ha de profanar la palabra, tantos ideales nos forjamos cuantas son las tendencias de nuestra miseria. Pero no consintamos en que se menoscabe la alteza de sentido de la palabra *ideal*, y permitidme protestar aquí contra éllo. Ideal dice tener el ambicioso en hacinar monedas bañadas con lágrimas de viudas y huérfanos;—ideal el pagano en la mesa repleta de viandas;—ideal el lascivo en tender celadas á la inocencia de la vírgen ó al honor de ajena esposa;—ideal el vengativo en ver revolcándose á sus pies una víctima ensangrentada; y tiene ideal hasta el traidor á la patria, que dora con sofismas ciertos manejos que la lógica de la honradez llama crímenes. Y todos estos llamados ideales, y es lo más escandaloso, todos ellos tienen cabida en la literatura moderna, que no se limita á la torpe tarea de copiar deformidades aisladas, sino avanza á esforzarse en creaciones en que adrede se amontonan, con abominable selección, los rasgos que se encuentran en la escuela de hospitales y presidios.

La palabra *ideal* no tiene plural, Señores, en rigor filosófico. Pase que sus varias determinaciones estudiadas por el arte se llamen los *ideales*, considerado el término á que, por entonces, llegó la concepción del artista, así como llamamos verdades á los principios en que se manifiesta la absoluta verdad, virtudes á los actos en que la actividad moral se conforma con la bondad eterna,—pero, en abstracto, el ideal es uno, porque aspiración á lo perfecto, buscando siempre lo supremo, ha de parar en Dios.

Si esto es así, la belleza de la naturaleza no puede presentársenos sino como un mero reflejo de su tipo, y en consonancia con él es como debe juzgársela, cual se juzga del efecto relacionándolo á la potencia y caracteres de la fuerza creadora, y al fin propuesto en la producción.

Consideremos brevemente la belleza humana que es la de preferencia tratada por D. Juan Montalvo.

Tendencia irresistible á la verdad y amor á lo perfecto, hé aquí lo que caracteriza á nuestro espíritu. Mientras está ligado á la materia, el conocimiento de la verdad, penosamente y á medias adquirido, hace que el espíritu se fatigue por los senderos de la ciencia; de aquí la multitud de sistemas y la noción imperfecta de las cosas. Esta ansia de verdad que nos consume, no tiene por término la plenitud del conocimiento, simplemente como tal, sino al amor, nacido á la aprehensión de la verdad: se conoce para amar, no se ama, Señores, la nada. Si buscáramos un símbolo expresivo de la relación entre el conocimiento y el amor, ninguno hallaría más elocuente, que la estrella que guiaba á los Reyes á los misterios de Belén.

El engrandecimiento viénele al hombre más que por la ciencia, por la voluntad. Si portentos ha logrado la ciencia humana, no son, en último análisis, más que esfuerzos en la aprehensión de las propiedades y virtudes de la naturaleza, son tesoros beneficiados de criaderos auríferos que nada deben al laborador: sobre el hallazgo, no hay sino la depuración, y luégo el artificio del joyero.

Sér inteligente, el hombre, es también sér libre, y ama como libre é inteligente. Tanto amamos, cuanto conocemos. Por el amor elige y se gobierna á sí mismo: labra su perfección, resultando la obra tanto más grandiosa, cuanto es efecto de más encarnizada lucha consigo mismo. Diríase que Dios quiso dejar incompleta la perfección humana, para que el hombre la acabase mediante la libertad consonante á su tipo, y completada la obra sellarle con la inmortalidad. Tiene sobre sí al Eterno Modelo, y, puestos los ojos en Él, es como pelea las batallas de la vida.

En el mero conocimiento, lucha por acercarse á lo verdadero: en la acción combate por producir lo bueno. Allí, recibe: aquí, crea.—Sér inteligente, percibe: moral, esfuerza la acción. En el primer caso, contempla á Dios: en el segundo, trata de conformarse con Él. Para llegar á Dios por el conocimiento, basta encaminar á la inteligencia tras la luz de la verdad:—es el camino de los ontólogos. Para llegar á poseer á Dios, es preciso realizar, como nuestra debilidad lo permita, en nosotros mismos algo que, distando infinitamente de la perfección divina, con todo, la imite;—este es el camino de los justos. El sabio investiga, y encuentra: el justo hace.

Si entre nuestras aptitudes son más excelentes las que implican la acción de mayor poder propio, y más eficaz para la realización del orden, la libertad es lo más preciado que tenemos. A la luz de la verdad conocida, contrarresta vigorosamente tendencias que le son contrarias, y lucha en el campo de la elección por conformar los actos con las enseñanzas de esa verdad. La

verdad es entonces el sol que baña de luz el circo: la libertad el gladiador que batalla y conquista coronas. De este modo, considerado el hombre como sér inteligente y como sér moral, muéstrase más bello en el segundo carácter: con éste se explican la historia de la humanidad, y su destinación.

El hombre deudor de imponderables mercedes, está llamado á pagarlas con el amor y á ser galardonado con la inmortalidad. Bella entre las más bellas criaturas inferiores, porque reúne en sí las excelencias del entendimiento y las prerrogativas de la voluntad, es reflejo de una suprema perfección á la que, como inteligente y libre, debe rendir adoración; pues para esto recibió el sér, y tender hacia esa plenitud de lo perfecto, fin para el cual se le alimenta la llama de la vida. De otro modo, Señores, la existencia humana no tiene explicación, y no sería sino un absurdo, y cruel para nosotros, si esta frente que tan á menudo se ensangrienta ceñida de espinas, no estuviese destinada á coronarse de una auréola de luz. Rey de la creación es el hombre, por esto pasea sus dominios y pecha á los elementos que le rinden el tributo de sus riquezas; pero, este rey es soberano de un día, y tiene que deponer la prestada corona ante otro Rey que le creó este imperio transitorio.

Si la perfección de un efecto despierta la idea de la que tiene su causa, si esta perfección se mide relacionándola á su fin económico, si la perfección constituye la bondad de un sér, y la bondad amada es la belleza, la belleza humana es, Señores, la bondad, la excelencia del hombre en sus relaciones con Dios.

¡Dios! . . . No gustamos de que se nos pronuncie esta palabra que nos escandaliza si se la oye fuera de las puertas del templo. Ya es vergüenza el nombre de Dios en el Gabinete, en la prensa, en el salón. Los nombres de los ídolos á los que encastillan nuestras miserias, esos sí brotan diariamente de nuestros labios, y con fanática devoción somos adoradores de nuestras ridiculeces.—Ayer fué la razón, hoy es la idea,—mañana será quizá el cuerpo la divinidad del espíritu humano renegado de Dios. La Filosofía, la Historia, la Política, el Arte se humanizan ya de tal modo, que ningún vínculo quiere verse existente entre los fenómenos transitorios del universo y el orden supra-sensible. Mas, para los que tenemos fe, Dios es la atmósfera que respira el universo, causa y fin de todo, tipo al que se refieren los seres, modelo que debe copiar nuestra actividad, como las gotas que, bajadas del cielo con la lluvia, y depositadas en las concavidades de la tierra, están en reposado caudad, copiando el azulado cielo de donde descendieron.

Nuestra grandeza está en la tendencia á la inmortalidad, en la conformación á nuestro Modelo, en esas ocultas ansias que, devorándonos el corazón, hacen que lo bello de que gozamos, aparezca pálido ante una luz que entreve la esperanza, como á la claridad de la luna el ojo mira sombríos y pálidos y monótonos los

matices que bordan un jardín. Nuestra grandeza, y pésenos confesarlo, por más que quisiéramos perpetuar nuestro reinado, nuestra grandeza está en hallarnos de paso en esta región, en donde ni el entendimiento ni el amor hallan espacio á sus tendencias inmortales.

La íntima felicidad del hombre aquí, está en la justicia, es emanación de ella, resultando así que la felicidad moral es, según la preciosa expresión de Augusto Nicolás, "la ambrosía de la justicia satisfecha".

Cuando la producción de los actos morales está estimulada por el deber que contrarresta nuestras pasiones, aparece la belleza del combate; pero, cuando las virtudes, no exigidas por estricto deber, se cumplen en grado heroico, sacrificadas nuestras comodidades, renunciada la gloria, amada sólo la incomparable caridad (llámese filantropía, beneficencia ó patriotismo), entonces la belleza moral sube de punto, es lo más alto á donde puede llegar el hombre en la tierra,—al Gólgota,—región de humillación y dolor, pero de belleza que una vulgar filosofía no puede comprender.

¡Excelsior! este grito del poeta del Norte es la voz que debe alegrar y estimular el recuerdo de nuestra alteza.

Inteligencia, libertad, virtud, hé aquí lo que constituye la belleza humana:—la primera alumbra, la segunda decide, la última produce. Bello es el sabio; más bello aun el justo. Hasta los paganos proclamaban esta belleza espiritual humana.—"Justamente se afirma que el sabio es bello, porque los lineamentos del ánimo son más bellos que los del cuerpo",—decía Cicerón; y Sócrates pedía á la Divinidad, "—sea la sabiduría mi reino",—en tanto que Séneca se extasiaba en la belleza del justo al ponderar este pensamiento: "Si pudiéramos ver el alma del justo, ¡cuán bella, cuán santa, cuán resplandeciente se nos mostraría en gracia y excelencia".

¡Oh! si pudiéramos verla! Mas, no importa que se oculte á nuestros ojos. Dios se regocija en su contemplación, y la humanidad está recibiendo, las más veces en secreto, los tesoros que fluyen de esas almas abnegadas que en las calles, en la vida pública, en los campos de batalla, llevan el heroísmo de la caridad y del amor á la Patria hasta el sacrificio de la vida. Olvido, ó una palabra de obligada cortesanía ó un pedazo de piedra, he aquí á donde llega nuestro culto á la belleza moral del misionero, de la virgen cristiana, del pobre soldado que murió silencioso en aras de la Patria, sin más pretensión que el cumplimiento del deber y la esperanza en Dios. No admiramos, cual debemos, esta belleza, que á hacerlo sería la escuela en que aprendiésemos la ciencia del oculto embellecimiento de nuestra alma.

Pero hay otro orden de belleza que todos palpamos: poco espirituales, puesto que vivimos de las impresiones externas nos es más acequible la belleza de la forma física. Esta sí que per-

cibimos fácilmente, por el ningún esfuerzo mental que requiere su conocimiento; y porque, halaga nuestra sensibilidad, creemos ser la más excelente belleza, si no damos en el despropósito de crearla única. Con este criterio, cuando tratamos del hombre, no lo suponemos bello sino en cuanto su exterior no sea desagradable á nuestros sentidos.

Para el vulgo del Arte, no hay más belleza humana que la de los contornos y colores: el hombre llega á ser una hermosa estatua, admirada un día, repelida otro, cuando el sepulcro abre sus cavernas, condescendientes con artistas que ya no podrían tolerar la presencia de ese ídolo miserable. El sepulcro llama á su huésped cuando el alma que lo informaba ha huído ya: son la muerte y el espíritu dos enemigos irreconciliables; la muerte no se apodera del campo, sino cuando el espíritu ha huído. Entonces la belleza adorada un día, no nos ha dejado sino un cadáver que nos horripila. . . . —y ni aun así queremos ver, Señores, que cuando admiramos la forma física, amamos al espíritu revelado en la materia, á la materia vivificada por el espíritu, y que, por lo mismo, aun la belleza física tiene razón de ser, en lo suprasensible, á lo menos si la juzga criterio inteligente y no el menguado criterio de la carne.

El cuerpo humano obedece en su formación y crecimiento á un tipo reproducido en todas las edades. Hay un orden por el que la fuerza vital se modela, conformándose á ese tipo, sin que la naturaleza falte á esas leyes cuyo misterio no es dado comprender, á la ciencia. Tan natural es esta sucesión y persistencia de unos mismos ejemplares de la forma humana, que las monstruosidades producidas en transgresión á este orden, excitan nuestra curiosidad y, al fin, escandalizan á nuestro juicio. Hay pues un orden mantenido en la formación del cuerpo humano, sin que los desconocidos fenómenos de la fuerza vital prueben en las raras transgresiones de su acción, nada adverso á la general perseverancia de ese orden admirable, que deja de serlo á fuerza de habernos familiarizado con él.

La conformación con ese tipo material constituye, pues, ya una perfección del cuerpo humano:—pero no es sino la perfección anatómica.

Mas, el cuerpo sin las revelaciones del alma, para cuya alianza ha sido criado, es nulo en belleza. El idiota y el sordo mudo en la escala de la perfección, son más que un cadáver. Un niño, más aún que el idiota y el sordomudo, porque éstos llegados ya á plena edad, muestran el desorden en las relaciones del espíritu con la materia, en tanto que el niño, balbuciente de las primeras palabras, es ya el encanto de la familia: un vago destellar del espíritu anda por esa carne ternezuela.

En la plenitud de la vida, el espíritu domina ya el gesto y la expresión: la placidez del sentimiento, la impetuosidad de la ira, el cansancio del dolor, la fuerza de la convicción, la seve-

ridad de la lucha,—todo nuestro mundo interno, Señores, se revela en la voz, la acción, el gesto y el aire especial del talante. Es que el cuerpo también ha llegado á la plenitud de sus aptitudes correlativas á las manifestaciones del espíritu.

Nuestras relaciones en la vida no son de espíritu á espíritu ni de cuerpo á cuerpo solamente, sino de cuerpo y espíritu en misteriosa complejidad á espíritu y cuerpo. En estas relaciones el cuerpo es el medio de transmisión de los fenómenos espirituales, órgano de sus misterios, si bien en cuanto existe y corresponde á su fin, es bello, no obstante, su belleza es de todo punto relativa á la expresión de lo psicológico.

Voz, color, líneas, contornos que no se prestan á la manifestación del espíritu, disminuyen la belleza del cuerpo. Rasgos exteriores, correctos en sí pero inarmónicos con la belleza del espíritu, deforman la belleza humana. Sabemos ya que la belleza del espíritu es su orden, su acción libre, pero contenida por su misma libertad en el círculo del deber, del trabajo en el perfeccionamiento, del culto de la justicia. Pues bien, lo más alto de la belleza del hombre (alma y cuerpo), se realizará cuando la perfección de los caracteres físicos armonice con la del orden psicológico, cuando colores y líneas estén dominados por el espíritu, ó le sean heraldos de sus impresiones, y cuando el espíritu los gobierne con influencias descendidas por la atmósfera de luz de la justicia.

De lo contrario, en la dualidad de nuestro sér, quedará de juez la carne, pondrá mordaza al espíritu, ahogará la voz de su protesta, y se extasiará ante la carne, por más que la gula, la torpeza, reveladas en repugnantes caracteres en una bien conformada fisonomía, nos muestren que tras ella se agita un espíritu deforme.

He aquí, Señores, que si el cuerpo está subordinado al alma, su bondad será juzgada en sus relaciones con el alma. Tanto más bello, cuanto, armónico en su sér, lo sea también con las manifestaciones y tendencias del espíritu, cuanto menos le sea rémora para la perfección moral, tipo el más elevado de la belleza humana.

Entretanto, he aquí el principio absoluto de nuestro compatriota en su tratado de la Belleza (pág. 149): "La belleza esencial, la belleza realmente dicha, no hay duda sino que está vinculada en la mujer, ó tiene conexiones inquebrantables con el amor y la voluptuosidad". Los cuadros de Teniers, "el célebre pintor de la hermosura licenciosa, dan golpe en todo el mundo: las figuras desnudas de Clindstadt son modelos de buen gusto. La belleza es desnuda" (pág. 178).

Advierto, Señores, que el autor de esta teoría no desconoce en lo absoluto la belleza existente en otros órdenes. En su tratado hay rasgos en que se ve una ofrenda á la espiritualidad de la belleza: por fugitivos que sean, muestran que á su claro ta-

lento y perspicuo ingenio no podía ocultarse esa como reverberación espiritual de la belleza, que rodea á todo lo criado, como las ondas tembladoras del calórico sobre la haz de la tierra en un día de verano. Por esto mismo me ha sido extraño que el curso general de esa obra, más que escrita, pintada, siga sobre el concepto absoluto del principio que os he citado, y desvirtúe, de esa manera, la entidad de la belleza, en mal de las costumbres y de las artes, y en mengua de la nobleza de sentimientos, calor suavísimo, á cuyo influjo se educa el alma del artista.

"La belleza esencial en la voluptuosidad! La belleza desnuda!" Con principios tan absolutos y de tal índole, el teatro del arte se estrecha á un terreno indigno, y la actividad humana se degrada, y el artista se halla rebajado, no al vulgo del arte, sino á la plebe más soez del mundo moral.

La belleza depura los sentimientos humanos, espiritualizándolos, y la teoría que examinamos, prescinde del espíritu y no considera al hombre sino como sensación; esto es, le rebaja de su dignidad y le liga con los brutos en la comunidad del instinto.

Ese empeño por encarnar la belleza en un cuerpo exclusivamente, y éste desnudo, llevaría al camino indicado ya por un filósofo, á saber: desplumar á un ganso, rasurar á un perro de aguas ó á un mono, para crear *nuevos tronos de belleza, nuevos espejos del ideal*.—No es la curiosidad la que ha de guiar las investigaciones de la belleza, sino el espíritu encaminado al amor, y no se ha de encenagar al espíritu en la voluptuosidad de la carne si se quiere que investigue principios de eterna verdad. ¿Por qué descaminar al alma, peregrina en pos de emanaciones misteriosas de un mundo que el sentido no puede comprender?

La voluptuosidad ha de ser la belleza, la belleza ha de radicarse en un cuerpo desnudo. Para tal concepción de la belleza no se requiere el lenguaje de la ciencia, despertador de razonamientos é inducciones. Vista la belleza de la forma, absorbente de las potencias del sentido, lo que correspondía á este sistema no era sino el agotamiento de los colores de una bien provista paleta en el colorido de la carne. Y así es en verdad, el Tratado del Señor Montalvo: es una galería de cuerpos desnudos, un museo anatómico por donde el autor discurre disertando de la anatomía á la fisiología. Si hay voz para el sentido, no la hay para el espíritu: nada tiene que hacer allí en donde la sangre y los músculos convidan al solo torpe juzgar de los sentidos. Los discípulos de esta peregrina ciencia estarían continuamente acusados de infracciones del Código Penal, é irían á doctorarse en los sótanos de una Penitenciaría.

Confiesa una vez el Señor Montalvo uno de los caracteres de la belleza, pero lo pone en tal consorcio, que no es posible darse cuenta del concepto. "La belleza es idea abstracta sujeta á los sentidos" dice. (pág. 133) ¿Cómo podemos entender es-

ta fórmula contradictoria? Una idea sujeta al sentido, subyugada por él y dependiente del mismo en el juicio imposible! Lo abstracto es intangible, no tiene existencia determinada, informada: lo espiritual no depende de lo físico. Esa fórmula psicológico-ontológica tan original equivaldría á estotra en Física: el éter que llena el universo, depende de la forma y extensión de los cuerpos.

Al perseguir la filosofía de los principios de nuestro autor, se halla la investigación en un mar revuelto de contradicciones. Roco se detuvo en el concierto lógico de la obra: le urgían los pinceles, dejóse de silogizar y contorneó figuras, y se presenta así la imaginación del lector,—sentado al frente del lienzo con unos cuantos libros abiertos, echada la paleta sobre ellos y repitiendo con Benvenuto Cellini: "Lo sustancial en el arte del dibujo es hacer con maestría un hombre y una mujer desnudos".

El que la belleza entre los griegos haya sido desnuda, el que ellos rindiesen adoración á la desnudez como dice el Señor Montalvo,—por una parte revela la índole de las costumbres corrompidas de esas épocas del culto á los sentidos; por otra, las determinaciones más comunes del arte griego, y al cabo no puede admitirse en lo absoluto que la estética de los griegos hubiera andado tan rastrera que proscribieran la espiritualidad de entre los caracteres de la belleza. La doctrina espiritualista tiene su tradición de oro en Platón. Entremos al Banquete, y oiremos discurrir al maestro con tal discurso, que nos sacie del concepto espiritual de la belleza, con una doctrina que nuestro autor ó no quiso ver, ó si la vió no quiso citarla, porque le habría removido la conciencia la contradicción entre tan alta teoría y la rastrera teoría sensual.

Para Platón, ahí donde hay verdad, ciencia, razón, allí radica la belleza, así que en su espiritual teoría los seres bellos contingentes no son sino escalas que, salvadas por la contemplación, dan acceso hasta Dios. Tan espiritual concepción, aun le hace creer que la belleza que nos impresiona es algo como una remembranza que el alma tiene de haber visto á Dios: de este modo entristecida por lo que perdió, tiene en sí como estímulo para su nobleza de proceder, el recuerdo del origen, la esperanza de tornar á esos mundos de los cuales destella al nuestro un tenue rayo de un sol que hemos perdido.

"Reconoced, dice Platón, que la belleza de un cuerpo es hermana de la que revisten más ó menos todos los demás, y aseguraos de que la belleza en todos los cuerpos es una sola y misma cosa, una sola y misma idea, un sólo y mismo tipo. He aquí el modelo ideal de la belleza física. Mas ¡adelante! Consultada la experiencia, encontraréis una alma bella en particular. Una segunda intervención de la razón os enseñará que todas las almas bellas lo son por una misma belleza, y habréis determina-

do un segundo tipo, superior al primero, el tipo de la belleza del alma. El alma obra, piensa, siente: haced respecto de tal acción bella, de tal pensamiento bello, tal bello sentimiento en particular, lo que habéis hecho tocante á un cuerpo bello y una alma bella. La razón apoyada en la experiencia, y subiendo más allá por la generalización, descubrirá el tipo de las acciones bellas, de los pensamientos y sentimientos bellos. El que en los misterios del amor, que son los misterios mismos de la belleza, llegue hasta este límite por una contemplación progresiva y ordenada, verá aparecer súbitamente á sus miradas una belleza maravillosa que es el fin de todos sus trabajos precedentes: la belleza eterna, invisible, incorporea, inmutable,—fuente, causa y modelo de las demás bellezas (1),

¿Podía darse, Señores, condenación mayor á la estética de la voluptuosidad? Platón habla aquí como hablaría Santo Tomás de Aquino. Pero ya que el Señor Montalvo quiso limitarse á la belleza de la carne, veamos lo que sentía Platón respecto de la belleza del cuerpo. En la *República* hace hablar á Sócrates: "Dime ¿no es cierto que una alma hermosa y un cuerpo que consuene con élla, que lleve impreso el carácter distintivo de las almas hermosas, es el espectáculo más bello que puede ofrecerse á los ojos de todas las personas que saben ver?.... Tales hombres son amables al que se consagra al estudio de lo bello". (2)

Véase aquí cómo el concepto espiritual de lo bello, en su unidad se generaliza, Señores, en todo lo criado, lo penetra y circunda de un nimbo sobremanera espiritual, sin que sólo á ojos, oídos y tacto se circunscriba el criterio de esta filosofía soberana, fuerza impulsadora á los éxtasis de la contemplación artística y religiosa, en la que gozaba el espíritu del poeta—filósofo, y á la que es preciso impulsar, á nuestra vez, nuestra actividad si queremos que el alma sea soberana, que vuelva por la imaginación y la esperanza á esos mundos de las reminiscencias platónicas, y sacuda las alas ensuciadas en los charcos de los anfiteatros de un hospital.

Sería imperdonable calumnia atribuir á los griegos la preconización del criterio de la carne. Avisados estaban los artistas por los filósofos,—de la complejidad de la obra artística en sus caracteres físicos y espirituales. Sócrates (3) prescribía á Clitón servirse de las formas para expresar las acciones del alma, y al pintor Farrasio prevenía que la pintura debe reproducir, sobre todo, el carácter moral de los personajes.

(1) *Banquete*, trad. franc. p. 316—318, véase Lévêque "Science du Beau, t. 2º p. 331.

(2) V. Jungman "La belleza y las Bellas Artes" pte. 1ª, I, v. p. 64, t. 1.º

(3) *Memorables* lib. III, cap. X, v. Lévêque, pte. 4ª, cap. 1.—Jenofonte "Mem. de Sócr. lib. 3.º, cap. 10.—V. Pierron Hist. de la lit. grecque, cap. 17, p. 367.

Entre los neo-platónicos no sólo fué conservada la tradición del maestro, sino elevada á tan religiosa espiritualidad, que en Plotino (1), por ejemplo, la teoría es ya la mística de la estética, es el arrobamiento de la contemplación, la nostalgia de los misterios celestiales. Pondera con la previsión esos altísimos secretos del esparcimiento del alma en el seno de la Belleza increada; sube del placer imaginado á la presencia de un ángel, que cegaría con su luz los ojos á la visión del universo físico, á la luz en donde el ángel encendió la auréola que le circunda. En esa ascensión no ve sólo el esfuerzo del alma que busca su centro, sino el camino, después del combate, de ese "gran combate", como él llama á la lucha del hombre consigo mismo, á la depuración de los afectos entre las torpezas de la materia, para llegar á un mundo de belleza en que el afecto, inebriado ya, no tenga vigor para el deseo, sino la pasiva saciedad de una dicha imponderable á la inteligencia humana.

Mas dejemos á los filósofos, cuya doctrina nos ocuparía tiempo mayor que el de que podemos disponer. Vamos á la teogonía griega. Las teogonías son el depósito general de la filosofía y de la creencia popular: allí desaparece el sistema preconcebido del filósofo, y entra la genuina expresión de las creencias sociales.

Pues bien, la teogonía griega, tratándose del amor, determinación de la belleza, sabía distinguir el amor noble, del estimulado por la vulgaridad en el afecto. Pausanias, uno de los convidados de Agatón dice en el *Banquete*: "Es constante que Venus no va sin el amor. De no existir sino una Venus, no habría sino un amor; pero, como hay dos Venus, es preciso que haya también dos amores. ¿Quién duda que haya dos Venus? La una antigua, hija del Cielo y que no tiene madre:—la llamamos Venus Urania—; la otra, hija de Júpiter y de Dione, la llamamos Venus popular. De aquí se sigue que á los dos Amores, ministros de las dos Venus, es preciso llamar, al uno,—Celeste; y al otro,—Popular.... Todo amor, en general, no es ni bueno ni laudable, sino únicamente aquel que nos hace amar con honestidad. El Amor de la Venus Popular, es popular también, y no inspira sino acciones bajas: es el amor que reina entre gentes ordinarias. Aman sin discernimiento y no aspiran sino al goce"—"Al contrario, sigue el crítico Lévêque. (2) según Platón, el amor que sigue á Venus Urania, participa más de la inteligencia, y es ésta quien lo seduce y atrae".

En estas fábulas de la antigüedad hállase bien claro cómo discernían los griegos el amor espiritual del amor del cuerpo. Ni aun ellos creyeron que la belleza tuviese "relaciones inquebrantables con la voluptuosidad", como asienta el Sr. Montal-

(1) De pulcrit. c. 7.—V. Jungman p. 69, t. I.º

(2) Praxitéle et Epicure, I.—Además Jungman, pte. Iª, VIII.

vo. Venus Urania no nació de la voluptuosidad: hija del Cielo, es en el mito griego, de generación toda divina. Avaloremos, Señores, en lo debido, la exquisita delicadeza de la teogonía griega en este punto:—Venus Urania no tuvo madre.

Ni tampoco á las manifestaciones del Arte griego presidió constante el ideal de la carne. Fidias y Praxiteles, eximios representantes de la plástica artística, no obedecieron á la misma escuela. El primero fué discípulo fiel á Platón. Praxiteles no pudo seguirle al cielo, y se quedó divertido entre las beldades de la Grecia.—Fidias, estaba rumiando las enseñanzas del filósofo, cuando traducía en sus Minervas á la ciencia, cuando con lo constante de la expresión espiritual, armonizaba las correlaciones del alma y el carácter de los lineamentos. Para labrar la cabeza de Júpiter Olímpico repetía los versos de Homero, aquellos en que aparecía aglomerándose, diré así, el alma á los ojos del Padre de los Dioses para hacer temblar las celestiales mansiones. Tan espiritual inspiración de Fidias hacía decir á Ciceron (*Orator*, II.) que cuando el artista labraba una estatua de Júpiter ó de Minerva, no tenía á la vista un modelo particular cuya semejanza trasladase, sino que en el fondo de su alma residía un tipo perfecto de belleza, al cual tenía fijas las miradas y que dirigía la mano del estatuario.

Praxiteles, consumado en la perfección anatómica, abre la época de decadencia espiritual en la escultura. Incomparable en la perfección plástica, imprimía á sus divinidades no la majestad de su alcurnia sino el atractivo de la lascivia. Los triunfos de Praxiteles y la trascendencia á la economía moral están descritos por Plinio Lévêque y nuestro mismo autor con términos tristemente elocuentes para la propaganda de la belleza desnuda.

¿A dónde avanzarían las consecuencias de esta teoría?

Las artes plásticas no tendrían otro objeto que copiar cuerpos desnudos, y tanto más perfectas serían cuanto más estimularan la voluptuosidad. La Venus de Gnido, Júpiter y Leda, serían colmo de ideal, que oscurecerían las Minervas de Fidias y el Moisés de Miguel Angel. Mas aún, el estudio del escultor, se convertiría en fábrica de maniqués para las escuelas de Anatomía.

Si no tuviéramos el intermedio de los sentidos para la percepción, nuestra alma no se detendría en los accidentes de la materia:—subiría al goce de la belleza en el concepto complejo que el sér encierra en sus relaciones de casualidad y destino. Nuestro amor se resolvería entonces en el conocimiento pleno, y el deleite del espíritu sobrepujaría con creces que hoy no nos es dado sino conjeturar imperfectamente. Pero aun sujetos como estamos á las tendencias de la materia, bajas como son, no han logrado apagar la luz del espíritu, siquiera alumbre como una lámpara agonizante en un palacio arruinado.

La belleza es de percepción y gozo meramente espirituales: el alma sola la que, como reina recorre sus dominios, y los sentidos no le son sino órganos de transmisión de las notas inferiores de lo bello.

Esto no es decir, Señores, que no haya belleza en los objetos materiales. Espiritualizar la inteligencia de la belleza, no es encarnarla en lo suprasensible solamente. Es sí sostener que la razón de lo bello y su discernimiento tocan tan sólo al espíritu;—que éste, regido por leyes inmutables de verdad, congénitas con su acción, naturales á su esencia, tiene que seguir en sus discursos y ascensiones los grados filosóficos de las excelencias del sér y no defraudarle el respeto propio de sus augustos fueros.

Quédese arrobado el hombre en lo que conmueve la materia, y en la peregrinación de sus tendencias inmortales, quedará el desgraciado espíritu como petrificado, á manera de aquel príncipe de los Cuentos Arabes, convertido en piedra al subir la temerosa senda á cuyo término debía hallar maravillas que no fué dado poseer sino á quien pudo dominar la excitación de sentidos atemorizados.

Preconizada la forma voluptuosa como belleza esencial ¿cuál es el amor engendrado por tal belleza? No el amor que hace germinar virtudes en el corazón, no el que le enseña á sacrificar el egoísmo en favor del objeto amado, no el que tiende á rodearle de perfecciones, no el que le desea inmortalidad,—sino otro, á trueque del cual nada importa que el ángel á quien se adoró haya descendido tan bajo como aquel otro que lleva quemada por el rayo esa frente ayer bañada en los más vivos fulgores de la Eterna Luz.

La prostitución de las costumbres, la disolución de la familia y la degradación de la muger,—he aquí la consecuencia rigurosa de la teoría examinada.

La belleza de la muger, juzgada por este criterio sería nada más que la belleza de la estatua. Destinada á la comunidad de familia, entraría á ella como en los días del paganismo. Sería bella, no por la exquisita delicadeza y ternura de sus afecciones, por la abnegación con que entra á compartir los dolores de la vida, no por la espiritualidad con que despierta al alma á volar por regiones por donde discurren los ángeles, ó corazones honrados que, purificados en el bien por tan eficaz acción, guardan como antesala á las fruiciones de la gloria, en las últimas dulzuras de la virtud;—con esa teoría, la muger no sería bella por estas y otras prerogativas, sino por motivos que implica la malaventurada fórmula de que hablamos, y que, en rigor deductivo, si concede alma á la muger, es porque sin alma no se colorarían sus mejillas, no habría luz en sus ojos, música en sus palabras,—música, luz, rubor, pasto para saciar oídos y ojos enahambrecidos de impudencia.

Con esa teoría,—el matrimonio sería el harem de un solo

sultán y una sola esclava, duro exclusivismo contra el cual habría que protestar.

¿La poesía?... Ah! Señores, para la poesía habría que abrir una nueva partida en el libro de las clasificaciones de géneros, y escribir preceptos nuevos. Buscar el ideal sería necia torpeza: el ideal es de todo punto espiritual, es esfuerzo de inquisición en buscar lo perfecto, es sensibilizar el alma, para que reciba las tenuísimas inspiraciones de lo imaginado en el orden posible, *ascendente* al manantial de la Sabiduría. Todo esto, ¿para qué si la belleza ha de estar en la voluptuosidad? La crítica de esta poesía estaría en las sentencias de los jueces del crimen y los tratados de Medicina Legal. La poesía sería plástica, escandalosamente erótica, ó mejor, *eroto-maniaca*, y se constituiría un nuevo género poético, que se llamaría, por ejemplo, el *histérico*, ó cosa de igual estofa.

No cree el Señor Montalvo que sea santidad la impudicia, y por esto mismo extraño, Señores, el sistema de sus contradicciones; y porque su palabra es brillante, su prestigio general, y por esto mismo, poderoso el ascendiente que puede tener,—me he autorizado á este brevísimo análisis de una de las proposiciones de su Tratado, análisis con el que hablo á algunos de mis jóvenes amigos que me escuchan, y á quienes la amistad hará aceptar mis palabras, no dignas de hablarse á vuestra ciencia, Señores Académicos.

El Arte, Señores, es interpretación de la Naturaleza, y así para que el Arte alcance perfeccionarse, debe tender á esa interpretación. Mas su tarea se encuentra obstada por la dificultad de la interpretación misma.—El mundo, á primera vista, no es sino una sucesión de seres donde no vemos con nuestro superficial sistema de percepción otra cosa que accidentes de la materia. Nuestra espiritualidad no se rebaja á suponer una vida incomprendible pero relacionada al mundo del espíritu en los objetos del universo físico. Pitágoras y los suyos hablaban del concierto universal de las esferas, música cuya armonía conservaba la de la naturaleza, sin que por esto la escuchasen nuestros oídos.

En el siglo undécimo, Ben-Gabirol veía á la naturaleza como un libro, cuyos caracteres eran los objetos sensibles,—abierto ante el estudio del alma en gigantesca sucesión de ideas (1).

El árabe Tofail, en el siglo décimo segundo, se extasiaba al haber dado con la esencia de las cosas, y en ella hallado millares de caras, y en ellas millares de bocas, y en ellas millares de lenguas que alababan sin cesar la unidad y verdad del ente soberano (2).

Del universo, Señores, hay un viaje incesante de voces que

(1) Véase Menéndez y Pelayo "Ideas Estéticas en España", t. 2º cap. 3º y Rousselot, "Le Mysticisme en Espagne".

(2) Menéndez y Pelayo, ib.

hoy no escuchamos, en él hay una armonía que ahora no comprendemos; una unidad que no podemos abarcar, una compenetración de los seres, múltiples en sí,—trabados en la fuerza de un todo, que no podemos sintetizar. Un día el hombre palpó el encadenamiento misterioso, y se inebrió en aquel concierto deleitable y cantó en él con voz soberana, libre, consciente. Era entonces, Señores, la mañana de la vida, cuando los astros eran antorchas del altar, ara del sacrificio la tierra, fieles en oración todos los seres, y rey y sacerdote el corazón de Adán.

Ese concierto de voces de lo criado vibraba en el corazón del hombre, y de ahí se elevaba en magnífica repercusión por los espacios, y Dios sonreía complacido, y olas de luz bajaban de Él, y reflejándose en lo criado se revolvían en vertiginoso torbellino de lumbré bienhechora y armonía inefable. Era que entonces la naturaleza hablaba por su verbo, era que el primer hombre, oía la armonía de los seres y les prestaba su voz inteligente, y reunidas esas dispersas estrofas cantaba el magnífico poema de la creación en voz de amor y de gozo ante el soberano acatamiento.

Una mañana después, el primer hombre, sentado á las entradas del Paraíso, llenos de lágrimas los ojos, sollozante el pecho, quiso ensayar el cántico de ayer, y ya lo había olvidado; quiso oír las voces de las criaturas, pero las criaturas enmudecieron para él, y cada cual cantaba por sí, pródiga de adoración á Dios, avara de armonía para el hombre.

Entonces los afectos desgobernados bulleron á sus oídos, y el mundo del hombre se reconcentró en su corazón, y el verbo del Universo, ayer, fué ya solamente el verbo de la humanidad degenerada.

Hoy, Señores, no nos queda de esas armonías sino el poder de imaginarlas. Siguen sordos nuestros oídos á las voces de la creación, y si somos el verbo de ella, no resuena ya en este verbo, más sino el eco de nuestras imprecaciones ó de las inquietudes de nuestro espíritu, perdido entre las sombras del polvo que levantan nuestros pasos de peregrinación.

Pero, entretanto el mundo sigue siendo unidad y concierto admirables. Las esferas y los átomos siguen haciendo resonar sus armonías, pero como los pitagóricos, no podemos escuchar esos soñados acentos. El orden, la correspondencia, la armonía entre el átomo del aire que se respira, entre el cuerpo humano y el alma y los seres todos, están hoy en estado latente. Es menester que la filosofía, pero no la filosofía de silogismos en los labios y vacío en el corazón, sino la que venera la creencia, llegue á prosternarse á reverenciar en ella los eternos principios que rigen la armonía del Universo. Algo hay oculto, Señores, en la vida y actividad de los seres; hay confraternidad que no alcanzamos á determinar, lenguaje que no podemos descifrar: algo más que lo que impresiona los sentidos, algo que atormenta á nuestro espíritu con el misterio. La vida circula y bulle en incesan-

te actividad, y no sólo en actividad apreciada por el hombre, sino en otra incógnita que no podemos comprender.

A lo menos yo, Señores, no alcanzo á comprender el universo sino suponiéndolo vivo con vida real y palpitante, y con estos caracteres, relacionado á lo suprasensible. Todo converge á una finalidad altísima, porque en todo hay orden, y ese inmenso ordenado plan de la creación tiene que corresponder á miras eternas de que el criterio de los sentidos no puede darnos exactas nociones. El orden es vida, y la vida, emanación de la Divinidad, persiste entre los cataclismos de la naturaleza. El hombre la goza, ningún goce de ella va aislado: impresiona al espíritu; el espíritu es inmortal, y el día en que, entrado á la plenitud de sus facultades, vea en Dios la razón de las cosas, llegará á comprender que ha vivido entre una incesante agitación, y una perenne ebullición de vida misteriosa en medio del universo físico, y allá cuando ya no se necesite su voz, como verbo de la naturaleza, oirá clarísimo el concierto de la creación que resonaba armonioso en los primeros días de los tiempos.

Aun hoy podríamos tender á ser este verbo,—más,—estamos obligados á ello. Aunque no entendamos la voz de los elementos, oímos siquiera su lejano murmullo, y debemos darles palabras de adoración, de elevados sentimientos, de aspiraciones grandiosas; mas, hoy no leemos, ¡tanto hemos degenerado de nuestro primitivo linaje! sino como cuadra á nuestra degeneración. El espíritu está como en una cárcel, y si la corrupción moral no es la cadena que corroe al cautivo, el ambiente enrarecido por la ausencia de lo sobrenatural nos asfixia y atosiga. Así vivimos en un anhelar persistente en este vacío que hemos hecho dentro de ésta como campana neumática de la naturaleza menospreciada.

La belleza es, Señores, el verbo de la naturaleza al hombre, como el hombre debe ser el verbo de la naturaleza á Dios;—la belleza ese verbo oído á medias por el poeta; esa armonía de las esferas de los pitagóricos; el libro abierto de Ben—Gabirol; los millares de lenguas del árabe Tofail;—la reverberación de Dios en sus criaturas.

Cuando alguna vez nuestro espíritu se absorbe hundido en indefinible melancolía, y ansia alas para lanzarse á regiones desconocidas, cuando llora en las prisiones carcomidas de la materia y se levanta, siquiera por un momento, seguido el camino de un rayo de luz que penetre en la derruida cárcel;—en esos momentos, Señores, ha oído ese verbo, en un eco fugaz, modulado con la dulzura de un reclamo.

El hombre debía beneficiar el simbolismo de la naturaleza, dar voz al coro de las criaturas, trasladar sus notas en himnos de alabanza, y, artista en la interpretación, ser sacerdote en la adoración tributada á la Divinidad. Mas, si el hombre no lo hace, hay una voz armoniosa que no escuchamos, que concentra en sí las voces que no oímos, las acuerda en un torrente de armonías.

inefables y santifica así la creación.

Al mostraros cuál es ella, os habré indicado, Señores, el término en el orden ascensivo de la belleza, y habré concluido.

Permitidme que entre aquí á un terreno que á muchos parecerá talvez extraño á la materia de que tratamos:—entro á la filosofía de mi fe en punto á su caleotecnia. También el Señor Montalvo habla de puntos teológicos en su Tratado. No voy á examinarlos, y os lo recuerdo únicamente para que no extrañéis que entro á materia religiosa, puesto que así pondré complemento á estos meros datos para un discurso sobre la belleza, y no discurso ordenado sobre tan amplia materia.

Celosos debemos ser, Señores, de la dignidad de nuestro origen, con un celo que no nos consienta resignarnos á un concepto que, tratándose de nuestro cuerpo, nos rebaje á nivelarnos con los brutos. Registremos la tradición de la familia humana para dar en lo preclaro de nuestro linaje.

Dialogaban las Tres Personas de la Trinidad adorable cuando iba á ser formado el padre del linaje humano. No debía preceder un simple *hágase* como para la producción de la luz: hubo para el hombre algo como una decisión de voluntad abnegada, si tal lenguaje puedo emplear, de abnegación, Señores, al querer, como quiso Dios que el hombre fuese hecho, no como quiera, sino á imagen y semejanza de Dios mismo. Hé aquí, pues, que lo infinito, lo incomprensible quiere reproducirse en un sér en que se miraría complacido. Si en el alma humana se halla una trinidad de facultades correlativas á la personalidad divina, no quiero demostrarlo: pero sí ajusta con mi propósito fijarme en el cuerpo humano respectivamente al modelo propuesto en la creación. Pensad en que no dijo Dios: "Hagamos al alma humana á nuestra imagen y semejanza", sino "Hagamos al hombre", esto es, al conjunto de cuerpo y alma. Pero, ¿dónde estaba en la simplicidad de la divina sustancia el tipo del cuerpo humano?

Ese tipo existía, Señores, en la mente divina, reposando en el silencioso seno de unos misterios que debían cumplirse en la plenitud de los tiempos. Cuando se formaba al hombre, estaba ya decretada la mediación entre el Criador y él, se preparaba la ofrenda del sacrificio, se tendía la víctima en el ara. Tan grande era la merced que el hombre recibía con esta destinación de su sér á unirse al Verbo Divino, que causó en el reino angélico el escándalo de la soberbia, al ver pospuesta la naturaleza del Ángel á la naturaleza del hombre para la unión del Verbo. El ángel soberbio, inteligencia enaltecida entre los coros angélicos, no pudo soportar la deificación del hombre, cuando exaltado por la soberbia clamaba: "Yo subiré sobre las nubes: yo seré semejante al Altísimo". (1).

(1) Isaías, XIV, 13, 14.

En la formación del cuerpo de Jesucristo, bien comprendéis, Señores, que todo estaba dispuesto con economía sobrenatural: ahí, en esa materia unida á la Divinidad, estaba la ofrenda de adoración, la víctima del sacrificio, y en esos caracteres el lazo que, uniendo la simplicidad divina con la naturaleza física, encomendase á ese intermediario la elevación de las aspiraciones del alma humana, para que, santificadas en Jesucristo, por El se elevasen al acatamiento divino, como el humo del incienso desde las brasas encendidas en el altar.

Jesucristo es, pues, el término de la creación en su finalidad. Todo ha sido preparado para El, para su adoración como Dios, para su proclamación en el reinado del universo como Hombre. Jesucristo está colocado sobre ese abismo insondable que separa al hombre de la Divinidad. Dios y Hombre á la vez, es el arco de la alianza que se alza sobre esos dos extremos, coronando así con un nimbo de luz la armonía de lo incógnito y el misterio, con lo tangible y real de la naturaleza contingente.

Los seres, desde el momento que iban brotando de las manos del Hacedor Supremo, iban destinados al hombre:—el hombre, creado según el tipo de Jesucristo, iba á Jesucristo;—y el Verbo del Padre, revestido de naturaleza humana, y llevando así unida á su persona divina una forma corpórea humana, es el término de la glorificación de Dios por las criaturas.

Si un entendimiento miserable puede atreverse á contemplar los misterios eternos, permitidme que, alentado por la fe, suba á la magnificencia de ellos.

Dios, comprendiéndose, escucha la silenciosa íntima palabra que revela esta comprensión en un acto infinito: esta palabra que viene de la gloria comprendida, y sintetiza la gloria que se retorna por la comprensión, es el Divino Verbo en la Augusta Trinidad. Dios habla, y esa palabra es el Verbo: Dios se espeja en Sí mismo, y el Verbo es la imagen del Eterno, que el Eterno contempla en Sí mismo, y en esa inefable actividad de aquel Océano infinito de perfecciones, el Verbo es la voz de la gloria inenarrable de Dios, que resuena en la calma sublime de la vida íntima de la Augusta Trinidad.

De modo que el Poder Divino, tiene eco en cada uno de sus actos, y operándose estos por el Verbo, para quien todo fué hecho,—es al Verbo á Quien vuelve ese raudal incommensurable de creación constante, ya en el mundo del espíritu, ya en el de la materia. Creada esta con esa palabra de infinito poder con que se revela el poder mismo, realiza lo que dice San Pablo: "Fide intelligimus aptata esse sæcula Verbo Dei; ut ex invisibilibus visibilia fierent" (Hebr. XI, 3); que de lo invisible brota lo que han de ver nuestros ojos, para que nosotros seamos, á nuestra vez, el verbo de la naturaleza, y devolvamos al Verbo inefable, en segundo reflejo, la luz de su gloria.

De manera que el universo viene á ser, Señores, una corriente interminable de gloria desde el manantial de la Trinidad al Verbo humanado, del Verbo humanado al hombre, y del hombre otra vez á la fuente eterna.

El cuerpo del hombre fué formado según el tipo del de Jesucristo. Encárnase el Verbo y, tomando cuerpo humano, hace parte de la creación: la creación física viene, pues, á unirse á la Divinidad. El Hacedor amó tanto á su obra, que no sólo la miró lleno de complacencia al sacarlo de la nada, sino que hasta la divinizó uniéndola á Sí mismo, en el estrechísimo abrazo de la Encarnación. La madre, Señores, cuando ve nacido al primogénito de su amor, le mira con tan intenso cariño que, en esa primera mirada, parece como que quisiera devorar al hijo de sus entrañas, y, al estrecharle en su seno, estampa en sus labios el primer beso, beso inflamado en los labios del ternuzuelo, ansiando derramar su alma en esa alma á quien su amor, amor de madre hizo venir al mundo.

Cuando en sus eternos arcanos veía la creación que brotaría de su poder, Dios la veía en el hombre, y al hombre y á la creación, en Jesucristo. El hombre iba á reinar en la naturaleza, á avasallarla, á gozar sus perfecciones, á rendir culto con ellas en sacrificio de alabanza. Mas, ante el océano de amor que desbordaba de Dios cuando resolvía la creación del mundo, y en él, la del hombre, la preciencia divina veía á éste, rebelde y rudo como un escollo contra el que iban á quebrarse en gemidoras olas los raudales de la eternal munificencia. Si el hombre iba á ser el verbo de la creación, si luego habría de olvidar este verbo y habría de negarle su voz, necesario era que el Hombre-Dios, fraternizado con la naturaleza física, purificase ese verbo humano para hablarlo á Dios, supliera lo que el hombre olvidaría, recogiese en Sí toda la vida de la naturaleza, y la hiciera palpar y hablar en su corazón. Por esto hermosamente llama un padre de la Iglesia "lira divina" (1) al cuerpo de Jesucristo, porque en Él se sintetizan la creación, rendida á la Divinidad, y el coro de voces de alabanza de todas las criaturas.

El divino Verbo humanándose, acerca al hombre á la Divinidad, deja franco y fácil el camino para la adoración, y Él mismo, Dios y Hombre, en estrecha lazada reúne esos dos polos opuestos del sér,—el Criador y la Criatura, para que en una como emanación continua estén compenetrándose de efluvios de vida que descende y de alabanza que se eleva, unión misteriosa de la que apenas puede darnos imperfecta idea el fuego prendido en el combustible.

Jesucristo, formando parte de la creación física, sigue ratificando esa palabra de complacencia del Verbo, cuando halló hermosa la creación recién brotada á la vida. Ha venido á asimilarla á Sí, á vivir con su vida, á recibir la acción de los elementos,

(1) San Amadeo. De Christi nativitate, homil.

—en sus ojos estos mismos rayos de luz que hieren los nuestros;—á escuchar las armonías que halagan nuestros oídos,—á percibir, en uno con nosotros, el aroma de las flores que depositamos en los altares.

Un día pidió á una mujer le diese de beber de la misma agua que bebieron los patriarcas;—otro, pidió á una viña su licor para tomarlo con sus discípulos, y á los trigales de Judea pan para partirlo con ellos;—estuvo junto á una higuera bajo la cual sestearon los pastores, y otro día, el último de su vida, les pidió á las montañas unos ramos de espinas, y un árbol donde habían anidado las aves del cielo, bajo cuyo ramaje pasaban las gentes sin saber que ese árbol, esa criatura hermana del Hombre-Dios, estaba destinada á ser el patíbulo del Cristo, el trono desde el cual el nuevo Rey iría dictando la regeneración de los hombres.

Jesucristo, hermanado con las criaturas, al servirse de ellas les da un carácter sobrenatural, les hace como sacramentos de un culto supremo de que El es el sacerdote:—por el agua pedida junto al pozo de Jacob, ofrece un torrente de delicias que el corazón no podría soportar en esta vida;—los viñedos y trigales de Judea, de donde el hombre sacaba el vino y el pan para las liviandades del banquete, de manos de Jesucristo pasan á ser su propia sustancia adorada en el Sagrario de nuestros templos;—y esas espinas y ese leño, á un principio tan comunes como los demás, y, después, instrumentos de afrenta, son hoy,—después de legendarias luchas para recobrarlos como prendas de gloria para el Cristianismo, inmortalizadas por la Poesía, idealizadas por el Arte,—son hoy, Señores, por la transformación que ha operado el Cristo, los símbolos del sacrificio en aras de la justicia, de la reconciliación del mundo con Dios, de la ofrenda de las criaturas ante su soberano acatamiento.

Hoy, Señores el verbo de la naturaleza habla á la Humanidad de Jesucristo. Esa Humanidad no deja pasar una sola de las notas del gran concierto sin darle voz armoniosísima que va á recrear las esferas celestiales; y Jesucristo, como que no quisiera encendernos de rubor al hacernos palpar que El ha venido oficioso á sustituirse en la obra que nuestra ingratitud olvida, y como si respetase aún nuestros fueros en la naturaleza,—hace que ante El siga en el exterior muda la naturaleza, y no se precipite en torno de El, en nuestros templos, en nuestras calles, junto al lecho del moribundo, un torbellino de armonías que nos arrobarrá de espanto maravillado.

Mudas é inactivas están ante nosotros las criaturas delante de Jesucristo en la tierra, porque El mismo les ha impedido vengan á bullir en voces y adoración en torno del Sagrario;—las nubes velan la luz de los astros que deberían alumbrarle;—el viento, en vez de empaparse de perfumes en los jardines y traer su tesoro ante Jesucristo, levanta el polvo de nuestras calles.

y se arremolina ante el altar ó le lleva el eco de nuestras blasfemias:—las aves vuelan desparramadas por las selvas, ó, esclavizadas por el hombre, alegran sus oídos, aprisionadas en las jaulas; la lumbre de la lámpara se apaga... y el hombre le olvida.

En esta vida del Criador en medio de sus criaturas, en este paso de la eternidad á la limitación de ellas veo al Cristo, como lo ve un filósofo—“atravesando el universo, vasto templo de ídolos, purificando el atractivo de lo visible, para conducirnos por medio de él á lo invisible” (1).

De modo que el mundo real y tangible, reflejo de otro mundo, oscurecido ante nuestros ojos cuando no lo contemplan á la acción de la luz sobrenatural, brilla ante ellos, cuando se lo mira como una obra en que palpita la vida, referida primero al hombre, y del hombre á Dios, y purificada por el intermedio de Jesucristo que, como Hombre, se abraza con la naturaleza física, y unido con ella se refiere á la Divinidad.

Acto de incomprensible sabiduría, cada criatura lleva en sí la acción del poder del Creador:—no vemos su economía, pasamos adelante menospreciando su significación, no nos detenemos á pensar en que desempeña algún oficio para lo sobrenatural; y, entre tanto que admiramos la más leve pincelada de un cuadro, y el más ligero golpe de cincel en una estatua;—reveladores del ingenio que ha presidido en ellos con relación al intento del artista,—es sólo en la gran obra de la creación en donde no queremos ver intento alguno de su autor, y dijérase, atenta nuestra soberbia, que no reputamos al universo sino como el gran hacinamiento de ruinas informes de un gran palacio, por cuyos escombros paseamos nuestra soberbia.

No es pedir el quietismo estático de los Brahmanes el querer que espíemos en el universo esta como aspiración y aspiración de vida, de Dios á las criaturas. En tanto que el politeísmo multiplicaba los dioses, nosotros no vemos sino á un Dios en medio de sus criaturas; mientras aquél divinizaba las pasiones, el cristianismo las purifica, como el Angel lo hizo con los labios del Profeta; así la voz de nuestros afectos, se torna en alabanza. De este modo nos consideramos en la creación cual en el ámbito de un templo augusto; así, como vemos que nuestro cuerpo mismo, templo de nuestro espíritu, nuestro espíritu, templo de la Divinidad, merecen más respeto del que les tenemos, para pretender idealizarles con la torpeza; así nuestros afectos se depuran con tendencias inmortales,—así la poesía cantará la elegía de una grandeza perdida, el himno de la esperanza, en voces que, aunque tembladoras con el sollozo, no gruñan con el ronquido de la orgía.

Así, á la luz y por el espacio de tan amplios horizontes, la

(1) *Augusto Nicolás*, JESUCRISTO, pte. 2ª, VII.

poesía y el arte idealizarán la naturaleza, así será como la imitación. La imitación de la naturaleza no es tanto la copia de ella, cuanto su interpretación. Cousin sienta este espiritual principio que apropio á mis ideas:—el arte imita á la naturaleza, en cuanto “le arranca la idea moral bosquejada en cada objeto”, porque la naturaleza, según lo asienta este mismo filósofo—“es un artista que encierra el ideal bajo formas variables contingentes”, (1).—He aquí cómo, Señores, la belleza es el verbo de lo criado, su idea moral, el alma de un simbolismo:—como el poeta, el artista son á su vez ó deben ser el verbo del universo. Harán hablar á la naturaleza, cuando en el éxtasis de la inspiración el alma, desvestida de los prejuicios de la sensación, y alta en las serenas regiones de lo espiritual, alcance siquiera un leve rumor de las voces de la creación que van perdiéndose por las inmensidades de los espacios. Entonces Francisco de Asís canta estimulado por un ruiseñor, y Pablo de la Cruz, como aturdido por el coro de voces del universo,—tocando con la extremidad del báculo á las flores del camino, mudas para los demás transeuntes,—les ruega diciéndoles: “callad, habladorillas, callad”.

Una tradición judaica refiere que, creado ya el mundo, Dios consultó á los Angeles acerca de la perfección de la obra, y uno de ellos dijo que lo único que en tal portentoso faltaba, era una voz que estuviese inundando continuamente de armonías el universo con cánticos de gratitud por tanto prodigio. Esta hermosa invención de una poética teodicea, resume, Señores, simbólicamente los oficios que al alma humana cumplen en la creación: el hombre debía tener los labios siempre bullentes con la palpitación del verbo de la naturaleza, con la transfusión de su idea moral en el lenguaje, en el Arte, en lo íntimo del sentimiento. Todo hombre debía ser poeta; pero no queremos serlo. Entretanto, como lo nota un gran poeta, y místico de los poetas, Fáber, Jesucristo está oyendo; reconcentrando en sí y cantando desde el silencio de nuestros templos, el gran himno de la naturaleza.

He aquí, Señores, el término de mi teoría de la belleza. Me he extendido demasiado, perdonádmelo en gracia de que lo limitado de mi inteligencia no ha tenido poder para condensar los principios fundamentales del sistema. Aun con esta difusión no los he tocado sino á la ligera:—apenas he podido hacer en el magnífico caudal que en este punto fluye de la filosofía cristiana, lo que hace la golondrina,—pasar sobre la linfa de un lago, mojando levemente las plumas del pecho.

A algunos parecerán, acaso, extravagantes mis ideas:—suscitarán escándalo. Se las calificará de híbridas en su generación concurrída por el misticismo y el Arte. No encuentro, Señores, que haya abismo alguno interpuesto entre la creencia, y las ma-

(1) “Du vrai, du beau et du bien”, lec. 29.

nifestaciones del espíritu humano. Por el contrario, creo que así como el estudio las perfecciona, la fe las alumbrá; que así,— como mientras el pintor, embébecido en su inspiración, fija con los colores los juegos de luz en un lienzo—, la luz del sol que penetra en su taller baña y entona el colorido del cuadro;—asimismo lo sobrenatural ilumina nuestras creaciones, luz venida de regiones altísimas, menospreciada luz porque mana de un Sol cuyo esplendor quisiera nuestra perversión se hubiese cuanto antes apagado.

Para mí, la Filosofía no ha reñido con la Fé. Cuando veo lo contrario respecto del espíritu, me parece encontrarme con Agar sollozante, viendo á Ismael morir de sed en el desierto.

La regeneración del Arte no puede venir, Señores, sino con la regeneración del concepto de la belleza. No es pedir, según lo que os habéis dignado oírme, que los hombres vivamos estáticos salmodiando en la tierra; harto degenerados estamos para desempeñar oficios angélicos—; sino reclamar que el himno del trabajo, de la gloria, del gozo, del amor, no desdigan en los labios del poeta de lo que se debe á su propia dignidad, de lo que la humanidad tiene derecho á pedir en estímulo y ejemplo, de lo que Dios tiene también derecho á exigir en sus obras:

La belleza nos sale al camino en todos los pasos de la vida; no podemos evitar su influjo bienhechor: si el alma está inundada como en torrentes de belleza, no desvirtuemos, pues, su valor divino: dejemos pura, siquiera esta atmósfera para este espíritu asfixiado, y no la hagamos servir aun para la corrupción moral.

El ideal del poeta está, Señores, en ser el verbo de la naturaleza, y el sacerdote que, acatándola como la han acatado los santos, reverencie en cada belleza dispersa la ócultá palpitación de un sacramento.

Quito, febrero 11 de 1886,

He aquí, Señores, el término de mi carta de la belleza. Me he extendido demasiado, pero no quisiera que el silencio de nuestros templos, el gran himno de la naturaleza, se perdiera en el silencio de mi carta. Aun con esta difusión no los he tocado sino á la ligera:—apenas he podido hacer en el magnífico canal que en este punto fluye de la filosofía cristiana, lo que hace la longitudina,—pasar sobre la línea de un lago, mostrando levemente las plumas del pecho.

A algunos parecerán escasos, extraños mis ideas:—aun así, tardarán en olvidarse. Se las calificará de híbridas en su generación, concurrida por el misticismo y el Arte. No encuentro, Señores, que haya apasionado alguno interpesto entre la ciencia y la arte.

(1) "Du vai, du beau et du bien", léc. 29.

limitado amar, sino de las almas cautivas en un cuerpo que las señores despiden, y las sálix centrándoles puertas á sus tendones del todo espirituales.

La pluma no es, amigos míos, instrumento de industria. Como podéis verlo! El liceto, digámoslo mejor, el artista de la palabra, las más veces crea sus obras como el tabaloso pelica, no alimentada con su propia sangre á sus hijos: muchas veces tubo de estar en la desolación de Job, á la comparación de unos pocos á la multitud de todos los factores, á la comparación de unos pocos á la multitud de muchos en unas cuantas hojas de papel, un

SEÑORES:

Vuelto, por pocos días siquiera, al suelo natal, después de la tenacidad con que el alma inquiere en circunstancias semejantes por las menores particularidades del hogar doméstico, del hogar de la amistad y hasta de la topografía del lugar,—uno de los primeros cuidados que tuve fué el de que se me noticiase acerca de las particularidades de estotro hogar nuestro, de esta asociación que, desde hace tantos años, con mayor ó menor buena suerte, persevera en reunir á la juventud en la gratísima tarea de adoc-trinarla en las labores literarias. Si me contentó la noticia recibida, hoy mi satisfacción es ya alborozo; pues acabo de escuchar lecturas que revelan que, así como depuráis vuestro gusto literario con un estudio discreto en la elección y constante en las aplicaciones del estudio, sostenéis vuestro espíritu en el apoyo que presta á las labores meramente literarias el justo concepto de lo que deben ser, en su compenetración, el valor filosófico del tema y las galas con que el Arte lo trae al mundo literario. Y esto me regocija tanto más, cuanto es tierna vuestra edad. En vuestras mejillas, queridos amigos y compañeros míos, como los primeros tintes de la aurora en una alborada de verano, están brotando apenas y suavísimamente las llamas con que el pudor se arrebola, cuando despierta en brazos de la adolescencia. Entráis á la vida con el espíritu agujijado por el amor al saber; y como que no queréis pedir á esta efímera vida otros goces que no sean los del espíritu, cuando dejado por allá el camino que lleva á vulgares pasatiempos, habéis escogido el silencioso sendero que conduce á los placeres del estudio, región en la cual un ambiente purificado por emanaciones del cielo nutre al alma con vigor que, al mismo tiempo que la fortifica, la levanta sobre diarias vulgaridades, que á la postre vienen á ser monstruosas deformaciones de nuestra nobleza espiritual.

“¿Para qué estudiar, para qué escribir? No se come con lo que se escribe. Los poetas se mueren de hambre. Los poetas son unos locos”..... Así habréis oído hablar alguna vez á algún compañero que os volvió las espaldas, cuando vinísteis á esta humilde asociación.

Esta es la lógica del debe y el haber, no la lógica de las almas generosas, no de las que comprenden el tiempo como una escuela del alma que se prepara á una vida de pleno entender é

ilimitado amar, sino de las almas cautivas en un cuerpo que las señorea despótico, y las asfixia cerrándoles puertas á sus tendencias del todo espirituales.

La pluma no es, amigos míos, instrumento de industria. ¡Cómo podía serlo! El literato, digámoslo mejor, el artista de la palabra, las más veces crea sus obras, como el fabuloso pelícano alimentaba con su propia sangre á sus hijos: muchas veces hubo de estar en la desolación de Job, para esparcir luego á la curiosidad de todos los lectores, á la compasión de unos pocos, á la malevolencia de muchos, en unas cuantas hojas de papel, un poema escrito con lágrimas; otras veces, asomado al término de una prosaica realidad, como Moisés en la cumbre del Nebo, espacia dolorosamente las ansiedades de su espíritu por las regiones de lo ideal; y, ajeno á las tumultuosas agitaciones de la vida real, es reputado muerto para el tráfago de sus exigencias, y es escándalo para los que no quieren comprender que el alma vive desterrada.

Cuando el Arte guarda sus nobles fueros, el arte literario jamás puede ser industria. Cuando se pone al servicio de lo deforme, degenera en industria si se le pide producción económica; y en elemento de ruina y devastación, si se le emplea en combatir los fundamentos de la verdad y los dominios de lo bueno: la una es la industria del rufián, la otra la industria de Satanás.

Mas, el cultivo desinteresado del Arte es estímulo para la perfección espiritual humana, y escuela en que el alma, aun sin tal fin preconcebido, aprende á depurar sus tendencias y aspiraciones. El mundo del Arte es de interpretación de lo bello y aspiración á lo perfecto, si se ha de entender por Arte la determinación de lo bello en formas adecuadas á la economía de la naturaleza, en su carácter de una destinación sobrenatural, y no la fotografía rastrea de complejidades contradictorias, como lo es el naturalismo de nuestros días, que, después de invadir el campo de la teoría literaria, lleva á lo delicado de la conciencia deformidades que la horripilan y le dejan germen de perniciosos frutos para la vida moral.

“¡No se come con lo que se escribe!” Rechazad esa máxima rastrea. No cultiváis las letras por tan bajo interés, sino por embellecer vuestro espíritu. En efecto ¿qué hace el artista en la composición?

Dos trabajos hay en ella. El reconcentramiento del espíritu en la concepción de la obra, y la realización exterior de lo concebido.

Para lo primero, el espíritu entra á un mundo superior, á un mundo de magnificencias, en el que las ideas brotan en rápida sucesión como las olas del mar al pie de los cimientos que sostienen un faro levantado en la inmensidad de los mares. El espíritu abarca y domina el océano inconmensurable de la verdad, y en esos supremos primeros momentos de la concepción estética,

queda como inmóvil, maravillado de la fecundidad con que la verdad, en determinaciones distintas, viene de playas incógnitas á su mirada; y la belleza, como una fosforescencia de la verdad, salta entre el caudal de esa corriente que circunda el inebriado espíritu del artista.

¿En dónde está entonces el corazón? Sobrecogido ante esa tempestad de vida sobre el espíritu, en tanto éste conoce, él ama; é inteligencia y corazón abstraídos á tan portentosos espacios se están ya en región muy alta, en los primeros peldaños de la escala de Jacob, levantados sobre la piedra ensuciada por el polvo del camino. Y si á espíritu y corazón ascendentes por esa escala, hacéis que siga la virtud, llegaréis arriba, á donde los ángeles cantan con voz entrecortada por un espantado amor, sumidos en las magnificencias de la gloria divina. Os digo más, el vuelo del espíritu á las regiones de lo ideal, hará que la virtud vaya con vosotros. La virtud en el mundo estético es al observador, belleza latente; al artista que asciende por las regiones de lo ideal, guía sabio, sostén poderoso para guardar el apoyo del espíritu en su vuelo, y aun más, fuerza impulsiva para levantarle en la inquisición de los grados esplendorosos de la belleza.

De modo que la virtud en el corazón del artista es ya un elemento poderoso para la percepción de lo bello. Pero hay más todavía, á saber—que el trabajo del espíritu, puramente en el mundo de la belleza, á su vez, despierta la virtud, si estuvo vacío de ella el corazón: entiéndase esto en un corazón que se deja dominar por las convicciones del espíritu, y no por las sensaciones de la materia.

La realidad penosa de la vida, el tráfago vulgar de nuestras pasiones que ahogan al espíritu, ese arrastrarse de reptiles sobre la hojarasca amontonada por tantos veranos que marchitan y secan en torno nuestro lo más querido,—hacen que el espíritu se levante á las regiones por donde va el camino ascensivo á lo bello, no sujeto á esas diarias mudanzas y desapariciones que lamentamos. Mucho hacemos ya con suspirar por lo perfecto en medio de nuestra desolación; mucho el artista cuando entre lo que se halla en torno suyo en la vida, busca lo que no desdice de la nobleza de su alma; mucho, cuando en lo que aparece árido é ingrato á una consideración superficial, encuentra destellos de la belleza eterna; mucho, cuando en la obra realizada descubre á los demás esa belleza que les fué desconocida en objetos sin prestigio artístico, á fuerza de ser mirados nada más que como fenómenos sin trascendencia á la actividad espiritual humana.

Pues bien, este trabajo de investigación del artista en regiones tan espirituales, atrae al alma, sin que lo sienta, á una región elevada y luminosa. Alma alzada á tal región ¿qué necesita ya para el bien, sino levantar los ojos y convertir en adoración los raptos del contentamiento estético?

Homero engrandece la historia patria arrastrando al Olim-

po al campamento; y, haciendo hombrar á los héroes griegos con los dioses, enaltece una empresa humana, empeñando en ella la acción de lo sobrenatural. Virgilio hereda después la historia del poeta griego, y entronca el linaje del Lacio con una generación de Dioses. Milton, del cuchicheo entre la serpiente y Eva, ha sabido desenvolver un cuadro gigantesco en el que se contienen los inefables misterios del cielo, la soberbia espantable del infierno, encerrando á su vez al universo entre luz y tempestades. El simple arribo de una quilla doblando el cabo de Buena Esperanza, pasa hoy de la concepción de Camoens á nuestra maravillada consideración, en una serie de cuadros que absorben nuestra fantasía.

Job, desolado entre los escombros de su palacio, repugnante á la vista de los que pasaban,—de ese mismo abandono, de esos males que ofendían los ojos de los transeuntes, hizo tema de su poema inmortal, en que dialogan sobre el dolor la criatura á quien abruma y Dios que lo permite.

Prudencio nos conduce, el día de la degollación de los Niños, ante el trono del Padre, sin que la augusta majestad del Omnipotente impida se hermanen en nuestro semblante una lágrima y una sonrisa de ternura, al ver á los Niños jugando delante del Señor con las coronas de un temprano martirio.

A este modo, el poeta sube de la realidad, y va en el mundo ideal buscando lo que, congruente con la realidad, la haga aparecer á nuestros ojos vestida de caracteres que encanten á nuestra inteligencia, y la eleven á consideraciones superiores á aquellas á que da origen el concepto ordinario de objetos que nos son conocidos.

Si esto es ser locos, llámese en hora buena locura la tendencia del alma á elevarse sobre sí misma y á adivinar misterios que un día le serán plenamente conocidos. Esta locura es congénita con nuestra alma que va de paso, y, siquiera con esfuerzos sobre sí misma, quiere como abreviar la jornada, no de otro modo que el ave presa tiende el cuerpo hacia adelante, y extiende las alas, aunque sea para estrellarse contra las rejas que la aprisionan.

Nadie como el artista está, pues, en condiciones más propicias para vivir alimentándose con el ambiente de lo sobrenatural, ya que su tarea es subir por el ideal, ya que el ideal acaba donde Dios comienza.

Yo á lo menos, Señores, veo á dos hermanos en el justo y el artista. Este no siempre llega á donde debía llegar: detiéndose en el camino, abstraído de su destinación, y embebecido en el culto de la belleza fugitiva, en tanto que el justo marcha por en medio del concierto universal de la belleza, bendiciéndola, amándola, pero buscando su complemento en el seno de Dios. Oh! si entrambos caracteres se juntasen en un solo sujeto! y no viésemos al artista llegar tarde como Esaú, oloroso á los bosques en donde discurrió, y, saciándose de un plato sazonado de sus pro-

pios campos, dejar que el justo se adelante y reciba en la cabeza oculta en el seno paterno la bendición que justifique á su progenie!

Hoy os he encontrado, amigos míos, cultivando el Arte: os felicito. Sé que no están las aras del Señor vacías de vuestros dones, ¡benedicidos seáis!... Llevaré, al ausentarme otra vez, la consoladora convicción de que vuestras tareas preservarán la pureza de vuestro espíritu; de que, habiendo sido llamados á la vocación de las letras, la cumpliréis solícitos, hermanando las galas del Arte con la severidad de la filosofía y la santidad de la creencia. ¿Dudáis de que haya esa vocación literaria? ¿de que ésta sea de cumplirse, con la misma asiduidad que los otros deberes impuestos por Dios al hombre en otros caminos?

La verdad está huérfana en el mundo: anda mendigando de inteligencia en inteligencia, desechada aquí, abofeteada por allá: pocos son los que, recibéndola bajo su techo, acrecen la caridad del hospedaje, con el beso de bienvenida con que el patriarca recibió en su tienda á los tres peregrinos.

Si Dios no la hubiese puesto para prueba y justificación nuestra en la tierra, tiempos há que la verdad se hubiera vuelto á sus celestiales mansiones, dejándonos entregados á nuestra propia confusión. Pero ella persevera en el mundo, y anda menesterosa de nuestra cooperación. Cuanto tenemos, cuanto somos es de la verdad, y no queremos dárselo. El día más amargo y desconsolador para la verdad en el orden de los tiempos, fué sin duda, aquel en que la soberbia preguntó á Jesucristo: *¿Quid est veritas?* Día en que la verdad estaba presente, y fué desconocida; se la tuvo propicia y fué crucificada entre la grito de la plebe.

Después de ese día, la verdad fué acogida, y para su paso triunfal prepararon los mártires, enrojecida con su sangre, la arena del camino. La verdad triunfó á despecho de los Césares; y Júpiter, al ver la serena faz del Crucificado, descogió el ceño que inmortalizó el poeta, y huyó avergonzado.

Hoy, Señores, vuelven otros días, los días del paganismo cristiano, si me permitís la paradoja,—de esa híbrida confusión de la civilización cristiana con las exigencias del Olimpo que cada uno de nosotros lleva consigo. Hoy hablamos de los bienes traídos por el advenimiento de esa civilización, y adoramos á cada pasión nuestra, divinizada en nuestros actos. La historia anda excéntrica de su núcleo y se naturaliza; la ciencia consulta á la materia; el Arte arranca al pudor la veste que lo preserva. “¡Los dioses se vienen...!” hay que decir, en contraposición á aquel grito de los últimos días del paganismo: “¡Los dioses se van!”—Los dioses se vienen, y Dios se va; la verdad encuentra de hierro las puertas de nuestra olimpo.

¡Cuánto espero de vosotros, jóvenes amigos míos! de vosotros educados en la “escuela de las cosas celestiales”, para valerme de un verso de Manzoni; de vosotros que alzáis el vuelo de

vuestra alma entre las nubes del incienso del sacrificio y las ondas melodiosas que, del campanario de nuestros templos, suben á perderse en los ámbitos del cielo, portadoras de una plegaria. Vuestra vocación es la de tener francas vuestras puertas á la verdad, listo vuestro brazo para su defensa, presta vuestra pluma para su loor. Vosotros regeneraréis nuestra joven literatura, y la haréis digna de un pueblo creyente y no envejecido todavía. No tenéis para qué imitar á los cantores de un mundo que acaba: esos cantos de la desesperación, esos gritos de la orgía no pueden ser modulados por labios que aun paladean la miel virgen de los bosques, como los de Jonatás cuando vagaba por las montañas, joven guerrero y joven cantor.

Yo agradezco en lo íntimo de mi corazón á vuestro digno Director, que hoy me cede este puesto tan honrosamente ocupado por él, una vez que os ha aleccionado en el Arte hermanado con la fe, y os ha dado ejemplo y punto de meditación en esos sus hermosos cantos, brote de una alma creyente y de un espíritu muy levantado sobre el común de nuestra escuela poética; preludios de una poesía regeneradora, de la poesía de nuestro porvenir.

Yo aceptaré esta honra, sólo como un agasajo con que se favorece al deudo que ha vuelto después de algún tiempo de ausencia al hogar paterno. Lo demás sería defraudaros de la sólida enseñanza, del estímulo y ejemplo que él os ha dado y seguirá dándoos.

Hace algunos años, vosotros estábais lejos de este lugar y no sabíais que un día seríais saludados con entusiasmo por los que se van. Hoy hemos venido aquí algunos de los primeros individuos con que esta corporación contó al fundarse: aquí nos tenéis reunidos, aunque sea á unos pocos, para daros la bienvenida, abrazaros y partir. “El consuelo de los que se van, es tornar á ver á los que quedan”, decía Lacordaire en una carta á un discípulo predilecto.

De los amigos de ayer hemos quedado pocos: unos nos esperan en el cielo, otros andan evangelizando á los pueblos, otros defendiéndolos con el arma al brazo, y otros hemos quedado para esperaros en este lugar, dejaros en él, abrazaros, y partir al bullicio de nuestras obligadas tareas, desde donde no os faltará una voz de aliento si la necesitáis, y un aplauso que vuestros merecimientos nos arrancarán.

Adelante, jóvenes azuayos! “Crucificaos á la pluma!” he aquí la vocación que Lacordaire veía en el Arte, y la que habéis elegido vosotros para vuestro apostolado en el terreno de las letras.

NOTA.—El autor era Director del Liceo de la Juventud, asociación literaria de Cuenca, cuando se alejó de esa ciudad. Regresó ocasionalmente, y á fines de Abril le dedicó el Liceo una sesión en la que contestó con el presente discurso al Director de entonces, el distinguido poeta cuencano Señor Doctor Don Remigio Crespo Toral.

ILMO. SR. ARZOBISPO, EXCMO. SR. PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA, SEÑORES:

Hoy cierra sus sesiones el Congreso Eucarístico en celebración del Centenario de Santa Rosa, Patrona de América. ¿Qué obras ha ejecutado? Ninguna, si se lo ha de apreciar con un criterio detenido en lo ostensible; pero mucho, si ha de juzgarse el espíritu de este Congreso en sus sobrenaturales aspiraciones.

Acción de gracias á la Providencia, he aquí el objeto primordial que se propuso, y he aquí el motivo por qué se llamó Eucarístico. Dios, Providencia del grano de arena perdido en el fondo de los mares, Providencia de las tempestades que lo agitan, lo es, y mucho más, del hombre, ú olvidado en las selvas ó hermanado con sus semejantes, bien en el concierto de la vida social, bien en el torbellino de las convulsiones políticas de los pueblos.

Mas, entre el Gobierno de la naturaleza y el de los hombres, hay una gran diferencia, Señores:—en las conmociones y cataclismos de la naturaleza pasea la majestad del Señor con la serenidad de lo eterno, y saludada con el magnífico bullir de los seres que cuchichean maravillados ante la incontrastable eternidad de su Rey; al paso que en las conmociones de los hombres, en los remolinos de polvo de la arena del combate, entre la grito de la pasión, y el alarde del tumulto, la majestad del Señor está eclipsada: hemos quedado soberanos de nuestra confusión, puesto en olvido lo sobrenatural, cerrado los horizontes de la vida entre los límites de nuestras ambiciones, y levantado ante la Providencia, soberbios Hércules, el “no más allá” que cierre sus pasos á los dominios de nuestro reinado.

Hemos alejado á Dios de nuestra sociedad, y dejándole sólo el gobierno de la naturaleza física, no esto mismo sin que nuestra ciencia haya entrado á atisbarla para venir luégo á pregonar que Dios está ausente de su palacio. Para el corazón del creyente ya este mundo desligado de Dios, es desorden y amargura, mucho más cuando advierte que no sólo entre los hombres sin fe, sino entre los mismos que fraternizan en la comunión del dogma, han quedado ya los derechos de la Divinidad en las sociedades como reminiscencias históricas ó como teorías de la filosofía de la historia, buenas para las investigaciones filosóficas, inútiles para la práctica de la vida social. Así como los cirios

no se queman sino en las aras del templo, hemos restringido también el tributo de nuestra adoración á la Divinidad al silencioso oculto ámbito de la vida privada. Aceptamos á Jesucristo como doctor y maestro en esta escondida escuela, como filósofo en la historia moral de la humanidad, como Dios en el secreto del alma, como Providencia en la saciedad de nuestra mesa, como Juez en los terrores de la conciencia manchada. Hemos aceptado al Verbo, aunque sea entre la vacilación de las palmas arrojadas á sus pies el domingo y las espinas hincadas á sus sienes el viernes, hemos saludado al Mesías, agradecido al Reparador, adorado á la Hostia de gracias; le hemos elevado templos; hemos regado de lágrimas sus aras; ensangrentado penitentes su pavimento y amontonado oro, piedras y flores en el santuario: he aquí hasta donde avanza, satisfecha de heroísmo, nuestra abnegación por Jesucristo.

Pero, entre tanto, hemos dicho á Jesucristo: "He aquí tu morada. Aquí dentro, reina: somos tus súbditos. Fuera de las "puertas del templo,.....no; te prohibimos pasees tu soberanía. "Afuera somos nosotros los soberanos. Habla dentro del corazón compungido de vergüenza, mas no importunes al espíritu "encargado de la gobernación de la vida social y política"..... y así, hostigados por nuestros intereses nos lanzamos á la tribuna, á la mesa del tribunal, á la silla del legislador, al solio presidencial, desligados de la creencia y, muchas veces, haciendo del Evangelio el escabel en que afianza el pie que nos alza á las regiones de nuestra menguada grandeza. Unos hostigamos á los que suben, otros bregamos en el ascenso, quiénes caen, quiénes alcanzan la eminencia, y en la confusión del gobierno no vienen á orear nuestras sudorosas sienes las brisas del Santuario, recibidas sólo cuando la piedad solitaria dobla ante él nuestra cabeza, no cuando la ilumina el sol en las faenas de la agitación social.

He aquí, Señores, cómo el reinado de Dios, se comprime y reduce al desierto santuario individual del corazón, combatido por la acción conquistadora del reinado del hombre extendida por un campo que Dios mendiga recorriendo sus fronteras. Parece-me ver á Jesucristo en torno de la sociedad política, vagando como ese proscrito francés que en los días de la Revolución, presa de una nostalgia dolorosa, sin poder resignarse al abandono de la tierra patria, vivía en una barca del Rhin, y que, cuando el sueño cerraba las ojos de los guardias de la frontera, allegaba silencioso la barca á las riberas de la Patria, se arrodillaba, besaba el ambicionado suelo, recostaba en él la frente entristecida, y se lanzaba otra vez á la ribera extranjera cuando el alba podía denunciar ese crimen de amor ante los ya despiertos centinelas.

Jesucristo, rey de lo criado, quiere entrar al gobierno de la humanidad, y la humanidad le rechaza; Jesucristo pide un voto de adoración á la multitud, llamada Reino, República, y la entidad así llamada, niega rendir la soberana cabeza, y tolera tan

sólo que la adoración pública se disemine en fracciones de adoración. Esto se traduce en la indiferencia oficial de los Gobiernos, en la legislación divorciada de los preceptos evangélicos y en la falta de actos de culto social de parte de los pueblos.

Entre nosotros no podemos deplorar la existencia de esas dos primeras manifestaciones; pero hasta hoy habíamos echado menos la última, la más espontánea, la más general, la más fácil y la más necesaria, porque en aquéllas opera una ó más corporaciones, una ó más autoridades obedientes á escuelas políticas, y en la última se trata de cada individuo ligado con otro en sociedad, y para un objeto en que, si no hay sanción ninguna para la garantía de los acuerdos, si falta el poder para ordenarlos imponiéndolos á la actividad individual, hay, á lo menos, una espontaneidad de adoración, una ofrenda solemne en representación del pueblo, una oración general levantada públicamente junto á las plazas donde, públicamente también, se acata á la República, y no pocas veces se saluda con tiros de fusil y gritos de furor el triunfo de nuestras libertades.

El Congreso que hoy cierra sus sesiones no ha sido, pues, sino la expresión de un culto social. Las Diócesis de la República han encomendado su representación á algunos ciudadanos. No se han tratado aquí sino cosas de Dios, ya de culto directo, ya de asuntos, si bien individuales para los asociados, pero con todo, tales que, llevados á la práctica, serán actos de culto privado, y, multiplicados por el ejemplo, del culto social debido á Jesucristo.

Los primeros cristianos se juntaban también para la adoración y el ejemplo, y para la enseñanza del valor moral cuando se lo hubiese de poner á prueba. La Iglesia nacía entonces; la Iglesia viajaba con Esteban por las calles entre las turbas, y era lapidada; la Iglesia con Pablo ante los tronos, y evitaba el vilipendio del siervo, reclamando los derechos legales del ciudadano; la Iglesia con Juan, y enseñaba doctrina de amor, y en éxtasis de amor hacía columbrar los misterios de la eternidad. Hoy la Iglesia está fundada, pero la raza de Pilatos no ha muerto: sus nietos ocupan aun los tronos y las sillas presidenciales; continúan abiertas las sinagogas, y hay circos sangrientos, bien que no para el cuerpo de los mártires, para el martirio y vergüenza de la verdad; hoy es menester todavía, sin embargo, de los prodigios que ha visto la raza humana, retirar el alma á Patmos y echarla por las regiones de lo sobrenatural, creer y, amando la creencia, esperar. Y todo esto en medio de las turbulencias de la vida pública que no consiente el retiro del yermo, sino la actividad febril de la pasión. No tanto hay que salmodiar en el retiro, cuanto cantar delante del Arca reconquistada, herir gigantes con una pedruzuela del camino bendecida por el Señor, facilitar en el alma el reinado de Dios, y, á la postre, y por lo que á nosotros toca, patentizar nuestra acción de gracias con el surco que se abra en esta tierra

para sembrar los cimientos de un templo, símbolo de nuestra aceptación social del reinado de Jesucristo. Modesta entre las naciones es el Ecuador, pero así acude á Jesucristo. David, hijo de pastores, pudo empezar la casa del Señor: después, dentro de ese recinto logró hablar la Sabiduría en himnos inmortales. Las obras del Señor encomendadas á la actividad del hombre son lentas: nuestra soberbia se apresura, pero Dios desde su alteza mira pasar, como las olas al pie de una montaña, á las generaciones sucediéndose y empujándose, y llevando como miserables gotas los propósitos individuales, que no tienen economía perceptible sino en el caudal de la comunidad humana dilatada en el tiempo y el espacio. Esto ha de tenerse presente cuando se salude con burlas el propósito de elevar una nueva casa al Señor de las Naciones: los ecuatorianos de hoy no la veremos; mas la verán los de mañana, la verá América, y la saludará el mundo como un testimonio de fe levantado en uno de los rincones de los Andes. Déjese á la fe del pueblo ecuatoriano este hermoso presentimiento, déjese al pueblo de Dios vagar por el desierto. Moisés no entrará á las glorias de la promesa, pero los hijos de Israel asentarán el Arca en un trono y serán dueños del lugar santificado por el Señor, Mas estamos solos. ¿Qué es el Ecuador en América? Una nación olvidada; no derrama oro, no dibuja fronteras con la espada. Es nación que espera. No lee los anales de lo pasado: presente la historia de mañana. Déjesele, pues, olvidada en el concierto de las demás naciones, si se pide su contingente en los alardes del poder autonómico y en los escándalos de la fuerza; repútesele, como á aquél pobrezuelo que al reconocer á Jesucristo en uno de los caminos de Judea le apellidó, "¡Hijo de David!" y proclamó así la real prosapia del Peregrino, escandalizador de Consejos y Sinagogas.

El Ecuador será juzgado en la historia moral de la humanidad antes que en la historia política. Nosotros no hablamos aquí como políticos, no es tal nuestra tarea: hablamos como individuos venidos del seno de la familia ecuatoriana; del hogar de nuestros mayores, no de los círculos de partido político alguno. En la casa del Señor no se habla sino de cosas de la familia cristiana: por esto hablamos de Jesucristo; á la casa del Señor no se trae el mercado de las pasiones políticas, sino la ofrenda de la adoración y el beso de paz entre hermanos.

Los ecuatorianos, vuelvo á repetirlo, estamos solos, no porque echemos menos las líneas de batalla contra el enemigo, sino porque nos hallamos desligados de un centro de actividad americana en la obra del culto social á Jesucristo. Cruces y reñidas batallas tenemos que sostener, cierto es, pero esas batallas que libraron los Apóstoles, no cuando Pedro esgrimió la espada, sino cuando sollozante le dijo á Cristo, enviándole el alma en la intensidad de una mirada: "Señor, Vos bien sabéis cuánto os amo, no lastiméis mi corazón con esa duda mostrada en la insistencia de

la pregunta". No es el tumulto de la Revolución el medio para lograr las conquistas de Jesucristo en la sociedad, sino el "Apelo al César" de Pablo, y más el sueño del Apóstol Amado en el seno de Jesús, recurso soberano, Señores, para los que creemos, ineficaz para los que, como los soldados de la sinagoga, ven á Jesucristo, sólo como al hombre indefenso de Getsemaní, ó como los del César,—á un cadáver que debía volver á la tierra, oprimido por una piedra y guardado por el sello de un Gobernador.

Lo que ansío, es, Señores, no tampoco la unión en el quietismo, sino en la actividad del espíritu cristiano bullente de vida en cada una de sus operaciones, hábil y fecundo en ingeniosos recursos para el bien, infatigable en la propaganda, uno en el propósito, armónico en un solo espíritu: el espíritu de amor, de sacrificio, de esperanza, el espíritu de Jesucristo.

El apostolado de hoy como el Apostolado de ayer, no ha de esperar conquistas por medio de la fuerza, sino por medio del amor. No es ya el tiempo de lanzar Cruzadas sobre el mahometano, sino el de volver á recordar á este mundo olvidado de la historia de su regeneración, que nació del amor. Este es el siglo de la ciencia y de la filantropía, siglo que, amante de los grandes inventos y de la humanidad en el foro público, no quiere amarla en la intimidad de sus inmortales esperanzas: estamos idolatrando al hombre, y nos resistimos á adorar á Dios; besando los umbrales de la morada inviolable del ciudadano, y rompiendo las puertas de la casa del Señor;—erigiendo estatuas y monumentos á nuestros hermanos, y escandalizándonos del óbolo que se pide para un monumento al Rey de las Naciones;—enronqueciendo la voz de nuestros afectos en el cántico de nuestras pasiones, y cerrando obstinados los labios enrojecidos en la orgía, para que no den paso á un acento de adoración al Señor. Legislación, artes, poesía, andan lejos de la creencia, y la creencia, si es teoría para el espíritu, es ya sólo ceniza de un fuego recóndito para el corazón.

A lo que debemos atender es á la restauración del espíritu cristiano en la sociedad, aquí en el Ecuador, aquí en la América. Confraternicémonos los católicos americanos en este espíritu, cuyo programa se resume en aquella fórmula en que el Apóstol establecía la gerarquía de la vida al ver hechas las cosas para el hombre, el hombre para Jesucristo, Jesucristo para Dios. Esta América despertada á la vida al pie de la Cruz, esta América que, cuando no quiso que el Poder moviera un cetro sobre su cabeza, la conservó sumisa delante de la Cruz de sus antiguos reyes; esta América que aun hoy corona sus palacios con una Cruz, aunque ¡pena da decirlo,! á veces la envuelve en el salvaje incienso de la pólvora con que nos asesinamos entre hermanos;—esta América, Señores, debe volver á Jesucristo. Ella no le ha traicionado todavía como Judas; pero, siguiendo á Jesucristo al atrio del Pontífice, ha vacilado como Pedro junto á la fogata que el espíritu des-

creído enciende delante de Jesús para la tentación de los cobardes.

Los católicos americanos, como los peregrinos de Emaús debemos hallarnos en uno en el conocimiento que adquiramos sorprendidos en la fracción del pan. . . . En esa mesa del camino, allí en donde tiembla sobresaltado el corazón agujado á buscar al Verbo, allí está el lugar de la cita para nuestra confraternidad. Hubo, Señores, en los primeros días de América una fracción del pan, cuyo recuerdo se me viene á la memoria dolorosamente. Dos soldados conquistadores, á quienes dividía la discordia, se reconciliaron ante las aras del sacrificio eucarístico, y para que Dios viniese á confirmar el empeño, un misionero dividió la hostia sagrada y dió á cada uno una parte de élla. Esa fracción del pan, no impidió que los que así banquetearan aquella mañana en la mesa de la paz, se encruelciesen días después en las celadas de la ambición y la ferocidad.

Poco valdría que nos citásemos los católicos de América al pie del altar, si esa cita ha de dudar lo que aquella venturosa mañana; poco, si no llegamos á resolver en las relaciones internacionales el culto del corazón; poco, si el culto social no se levanta sobre el íntimo, como los ecos de la campana sobre la cabeza de los sacerdotes y del pueblo congregados en oración. Lo que importa es unificar el propósito: los medios, ellos se presentarán; la eficacia, esperarla del que cimienta en un granillo de mostaza un árbol en que bajan á cantar caravanas de aves peregrinas por los cielos.

Los días de la juventud son los días que se templa el carácter y se pone el sello de sus destinos. Estamos en los días de juventud de América: puede el espíritu de sus hijos, preparar desde hoy la historia de América; mas no la historia vaga de hechos que se amontonan sin lección para nuestro espíritu inmortal, sino la historia que palpita al pie del Calvario, al rededor de Jesucristo, á quien cupo en herencia de su Padre el señorío de los pueblos, de los pueblos en sus relaciones, para que sobre las fronteras se cierna un solo espíritu; de los pueblos en su conciencia para que eleco de sus afectos sea un himno, no un grito de afrenta.

La historia proclama como una de sus grandes enseñanzas la renovación del mundo desde la aparición del Cristianismo; pero aún falta, Señores, que el Cristianismo deje de ser en el caudal de la humanidad lo que sólo es la luz de los astros,—un hermoso reflejo que vacila con las ondas en el vaivén de la calma, y se pierde en girones de luz, rota en la turbulencia de la tempestad. Es preciso que el Cristianismo nos penetre en todos nuestros actos como la luz, el aire, el agua penetraron en los misterios de la vegetación y engendraron riquezas de aroma en los jardines de Judea; y que nosotros devolvamos al Cristo el tesoro de nuestros afectos, como esa mujer que vertió, escandalizando aun á los buenos, la esencia de esos jardines á los pies de Jesucristo.

El espíritu cristiano no profesa el principio de "si quieres la

paz prepara la guerra". El espíritu cristiano ve en la humanidad una familia, en cada ciudadano un hermano, en cada nación un hogar, no guardado por el algunas veces llamado honor, sino por la justicia.—El espíritu cristiano, pide libertad; él es soplo de Dios, ese veintecillo suave que recreaba al Profeta, y que pasa regalando el ambiente camino de la eternidad, y que debe volar desembarazado porque viene de lo alto.—El espíritu cristiano no reconoce fronteras, ni distingue entre nacionales y extranjeros para discernir la justicia y para repartir el pan de la beneficencia. El espíritu cristiano es respeto á la autoridad, en el ciudadano; en el magistrado, respeto al derecho; amparo suyo en el juez. El espíritu cristiano es amor al enemigo, es persuasión en la palabra, propaganda en la amistad, seducción de dulzura para atraer al extraviado, aunque sea inflexibilidad de lógica para combatirlo. El espíritu cristiano es también guerrero, pero guerrero que batalla evangelizando.

He aquí á donde deben tender nuestros esfuerzos tocante á la vida política y social de nuestros pueblos.

Dejadme, Señores, entrar á un terreno que acaso se juzgue demasiado profano en estas circunstancias; pero que, bien mirado, no lo es. Dos palabras, y concluiré, acerca de la poesía americana en la instauración del espíritu cristiano.

La juventud, como es la edad en que se determina el carácter, lo es también la en que canta el corazón. En esta época el espíritu espacia sus miradas por horizontes sin límites, en tanto que el corazón es vela henchida por vientos perfumados. La juventud navega así por regiones vagas, y no pocas veces desacuerdan entre sí la infinidad de las aspiraciones y su gentil linaje, y la índole de los sentimientos en sus manifestaciones, sobre todo en el Arte, y dentro del Arte, en la Poesía. Entona cantos durante ese viaje por regiones de luz; pero no se pregunta á su conciencia: crea ideales, pero destrona al juez que ha de juzgarlos. Entra al mundo interior de los afectos, pero es sólo á mirarse en la linfa de esas aguas, no para sondear su profundidad y dar con el lecho en que reposan. Por último, y hablemos con lealtad, creemos que nuestras obras como artistas, que nuestros cantos como poetas, son acción independiente, desligada de lo sobrenatural, irresponsable ante Dios. Creemos que no estamos obligados á otro culto que al de arrodillarnos ante el altar, y olvidamos que lo que Dios tiene derecho á exigirnos es lo más puro, lo más tierno, esa nidada de afectos que reposan en nuestro corazón, como las avecillas que implumes aún en el nido, llevaban en los tiempos mosaicos las vírgenes á la ofrenda del altar. De este olvido nace que nos autoricemos en poesía á inundar con luz de prestigio lo que no nos sería permitido en sociedad, lo que la urbanidad desecha, lo que la moral condena. El verso es ya el disfraz con que puede el presidiario arreararse y reclamar aplausos en la república de las letras.

Pues bien, venga el espíritu cristiano también á nuestra poesía; penetre en el asilo íntimo del sentimiento y tradúzcase en la nobleza y excelsitud del ideal; no tome el poeta la lente del fotógrafo para reproducir vulgaridades, no el microscopio para analizar lo deformé: levántese sobre sí mismo, despliegue las alas de fantasía, como la paloma del Arca, sobre los charcos dejados por las tempestades del alma.

Y si el poeta es intérprete de la época histórica de un pueblo, no halló, Señores, por qué el poeta americano cante con voz de anciano, y de anciano descreído, se corone de pámpanos rociados por las copas de los banquetes paganos, y renuncie así á la genialidad nativa de su tiempo y de su patria. La América es joven y pide poesía joven, esperanzada, arrebatadora al presentimiento. La América es cristiana, y pide fe. La América va al progreso, y el progreso necesita amor para la eficacia, esperanza para el aliento, y la fe enciende el amor y nutre bríos á la esperanza. La América es de Jesucristo, y es el ideal poético el Tabor en que le hemos de hallar transfigurado, cegando de gloria nuestros ojos, dialogando con el poeta en las fruiciones de la contemplación. Fe y amor, y el Transfigurado será siempre Dios, por más que, terminado el dialogar de la inspiración, vuelva á presentarse Jesucristo sólo como el humilde Nazareno oculto en el taller, insultado en las plazas públicas, infamado en el patíbulo de los malhechores.

Pues reine Jesucristo aun en la poesía: infúndase á élla espíritu cristiano, alteza de miras, inmortalidad de afecciones. Cántese á las criaturas, bien lo merecen! tan perfectas son! pero cánteselas con voces de hombre, no con acentos de esclavo. No soy, Señores, de los que aceptan esta fórmula literaria:—“El Arte por el Arte!”;—seré extravagante, si así se quiere, pero á lo menos, quédame la satisfacción de ser leal á mis ideas, al decir: “El Arte por el bien”, más todavía: “El Arte por Jesucristo”.

En la vida política, social y literaria, he aquí en donde debemos ansiar penetre el espíritu cristiano. Tras el deseo, vendrán lentamente los medios; en silencio será su propagación, largo el plazo; la consecución, obra de muchos, y Dios presidirá los esfuerzos del hombre si son sinceros, los avigorará si son humildes.

Mucho debe el Ecuador á Dios; por esto el Congreso Eucarístico, al acudir á sus aras, trae hacimiento de gracias, y al haber excogitado algunos medios que lo patentecen, trata de que continúe esa ofrenda en adelante.

Obra de hombres, será ineficaz y acaso defectuosa: pero á lo menos, es obra de gratitud, de fe, de amor y de inefables esperanzas.

Dios reciba como un himno estos humildes actos del Congreso Eucarístico. Los recibirá, Señores, ya que van por el intermedio de Jesucristo, Dios para la recepción de la ofrenda, Hombre para santificar el don. Que nuestros hermanos los cató-

licos de América, escuchen nuestros votos, nos abran los brazos para la cooperación, apoyen nuestra debilidad, y canten las últimas estrofas de este himno que hoy alza el Ecuador á Jesucristo, Señor Nuestro, Rey de las Naciones.

Este discurso fué pronunciado por el autor como Diputado por la Diócesis de Cuenca, al clausurarse el Congreso Eucarístico, en el templo de la Catedral de Quito.

ahí estamos; pero no cuando, considerado el arte como manifestación de la libertad, se trata de ajustarle á los deberes de la libertad consciente y responsable.

Los griegos y romanos encarnaban la creación poética en su teogonía; los orientales en las aspiraciones de su filosofía vaporosa. En todo pueblo la poesía balbuce sus primeros acentos en brazos de su teogonía; la poesía es, pues, hija de la creencia y en su regazo modula los primeros acentos de sus cantares. La crítica reconoce este hecho; la teoría literaria preconiza como mérito del poema su fidelidad histórica, impone como deber á la poesía ser intérprete de la civilización de los pueblos, y, no obstante, nosotros huímos de ser intérpretes de nuestras creencias en nuestras creaciones poéticas, en nuestra enseñanza, en nuestro mundo literario. Me confundiría, Señores, esta contradicción si ya no se hubiese hablado por la Verdad estas palabras: "Hay ojos, y no ven; oídos, y no oyen", sombría realidad que presta los tintes negros para las sombras de la filosofía de la historia. Me confundiría, si hubiese en mi individual criterio, la ansiada inflexibilidad de la creencia trascendente á la práctica; pero al entrar dentro de mí mismo y ocultarme en lo más íntimo y callado, oigo á la Verdad decirme: "tienes ojos y no ves; oídos, y no oyes". Es la voz que en todo corazón resuena, como aquella del Señor, cuando, por la temerosa extensión del mundo despoblado aún, recorría la inmensidad de la tierra y el espacio preguntando por Abel.

Rara viene siendo, pues, Señores, la confesión de la verdad, y así cuanto es rara, es notable su profesión desenfadada. Hoy, y me regocijo, acabamos de escucharla.

Recibimos á un nuevo compañero en la Academia; y si, al saludarle en vuestro nombre, como me habéis encargado, he hecho preceder mi contestación de estas consideraciones preliminares, ha sido porque nuestro bienvenido colega me las ha sugerido en una antítesis satisfactoria á la enfermedad moral que, como os he dicho, inficiona el ambiente de nuestra república literaria.

El Dr. Tobar no es de los que creen, en el silencio de la vida privada, y olvidan la fe en sus escritos. En él se compenetran el arte y el espíritu cristiano: diríase que sus creaciones artísticas no adquieren sér sino al soplo vivificador de profundas convicciones. Hay en los trabajos de nuestro compañero una persistente atmósfera de severa moral, no de la moral orgullosa del filósofo, sino de la moral del cristiano ferviente, moral no acomodaticia según el partido, vacilante con la escuela, insegura en sus manifestaciones, sino de aquella moral que, como un rayo de luz venido de lo alto, derramado en haces sobre los escombros de un edificio, los alumbraba con imperturbable serenidad, por más que el polvo de las ruinas vague arremolinado en ese torrente luminoso. La moral cristiana debe subsistir serena, grave en

medio de la inquietud de nuestra vida; soberana sobre las agitaciones y desvaríos del corazón.

Examinad los escritos de nuestro amigo, y no encontraréis nada que desdiga de los derechos de la moral, nada que haga sospechar que el autor tenga vergüenza de la verdad: en su personalidad literaria, lo veo muy arriba de esta vulgar timidez de hermanar al renombre de literato el título de creyente amoroso de su fe. No ha escrito para contentar á las exigencias de nuestros caprichos, sino para aleccionarnos, ya con el tono grave del moralista, ó bien con el ligero de un amigo que bromea. Mas, antes que en sus otras obras, en la que acabamos de oírle es donde con mayor evidencia se precisa su lealtad con lo que cree. Acabáis de escucharle, cómo, partiendo de la civilización griega por cuyo ámbito ha hecho pasear interesada á nuestra imaginación, cansado y afligido al hallar vacío el hogar del pagano, ausente de él la mujer-compañera, y usurpadora de su lugar la mujer del gozo y la servidumbre moral, nos lleva de esa región de desconcierto á otra en que las afecciones delicadas del corazón hallan una plácida inmensidad, donde la reverencia del culto no es parte para impedir al artista sueñe con la rehabilitación de las afecciones en la vida moral, y la regeneración del arte en la vida de la belleza.

La misma relación que entre la Física y la Química en las Ciencias Naturales hay, Señores, entre la Historia y los fenómenos íntimos de la Psicología individual. La Física estudia el cuerpo en su determinación general atomística, la Química en su elemental existencia: aquélla sorprende al cuerpo en sus evoluciones; ésta en sus secretas afinidades generadoras del sujeto de esa evolución. La Historia, y, por consecuencia, la civilización de los pueblos, es sorprendida por la observación en el movimiento trascendental de la actividad individual, y queda á la Psicología, especie de Química de la Historia, la investigación de los secretos fenómenos de la libertad en las afinidades de los afectos individuales.

Entre ellos hay uno, el origen de la familia, lazo que se entreteje invisiblemente entre los corazones y determina la acción moral humana en la economía de las afecciones,—el amor. El amor que prepara la vida del hogar, la vida de familia que educa la vida social, la moral social que hace la moral política; he aquí la gradación elemental de la historia, la genealogía de la civilización de los pueblos. En la apreciación de los fenómenos políticos, frecuentemente no nos detenemos sino en los resultados ostensibles: basta esto al político, mas no al filósofo. Este estudia al hombre moral en el foro público y en la amena región de las letras. En el campo de la historia política vaga el hombre con el disfraz de la escuela ó de la ambición; adentro de esa ficción exterioridad está el hombre moral: ese es el hombre, no lo busquéis en las mascaradas de la vida exterior; y si allí que-

reís sorprenderlo, si ahí queréis estudiarlo, desembarazadlo primero de lo que le oprime, y oiréis latir su corazón con las normales palpitations de genuinos sentimientos. Ellos son, Señores, los que, multiplicados, enredados en las vicisitudes de la vida, tejen la red de la historia: en la ley, en la administración, en las cavilaciones de la ciencia, más ó menos ocultas, disfrazadas con mayor ó menor astucia, habéis de dar con las afecciones como germen del carácter; con el carácter, como protagonista de la historia; con la historia, como poema en que cada hombre no es sino la encarnación de la varia índole que ha adquirido la afección influida por el gobierno de la voluntad.

Pero me limitaré á hablar de entre estos sentimientos, del amor, y del amor con relación al carácter y á la poesía.

La Eva de la higuera,—la seducción, el origen de los males, peligro constante pero buscado, no sin que una sonrisa de desdén vague cautelosa entre los labios del varón, he aquí lo que ha sido la mujer en la historia pagana. Incentivo de la pasión, halago del hombre, pero disolución de la familia;—Eva cautivadora, pero siempre Eva que, tras la vergüenza de la seducción, habría, no de alimentar el fuego del sacrificio de expiación de sus hijos, sino de llorar, ensangrentado el seno, sobre la víctima de un fratricidio.

Al ver este carácter constante de que la antigüedad pagana reviste á la mujer, dijérase, Señores, que en la dualidad de su sér había el hombre reservado la materia como único testigo favorable en el enjuiciamiento de la mujer, y al espíritu como á su juez inexorable. Catón la miraba con desprecio, y, recordando entre soberbio y abatido á la mujer de la seducción, la llamaba *animal indomable*, é iba á ahogar su mal humor con el vino de los esclavos, no fuese talvez que en la copa de los grandes hubiese bebido la cortesana; se envolvía en una vieja toga que le confundiese con los pordioseros, y, tendido en una piel, llamaba á las consolaciones del sueño.

¿Queréis ver á la mujer en la poesía? Nuestro colega ha desarrollado ante vuestra vista un cuadro hábilmente colorido, en el cual la historia se mueve en torno de una mujer. Aunque el poeta ha sabido rodearla del prestigio de celestial hermosura, animarla con el sentimiento del deber sobrecogido ante el espectáculo del mal, Helena no es sino la seducción, Paris, su víctima, Ilion el sangriento trofeo de un criminal amor. Homero puso las quejas de Troya, las maldiciones de la humana moral en las palabras con que los ancianos del imperio, mirando con espantados ojos llegar hasta Príamo á la desventurada esposa, la despedían hacia los bajeles del invasor, para que no atrajese á toda una raza la maldición de un crimen de amor. Y para rebajar más la dignidad de la mujer, le opone en saliente contraste, la nobleza del varón, en la ternura con que el viejo Rey sin acordarse de la ofensa, olvidado de que el cetro se le cae roto á los pies

del griego, la perdona, y atrae á su pecho á esa pobre mujer, tristemente acreedora á las maldiciones de la Corte de Príamo.

Para Hesíodo ¿cuál es la acción del elemento femenino en la historia? Entremos al laboratorio del mal.

Júpiter ordena la formación de una mujer:—á sus órdenes, Vulcano toma barro y modela formas hermosas, remedo de las de las Divinidades femeninas. Minerva le enseña á tejer; Venus le infunde la vida de afectos tumultuarios, Mercurio la impudencia. Ha nacido Pandora, he aquí el dón de los dioses. De un vaso que ella tiene en sus manos, empiezan á diluviar desconocidos males sobre la tierra: sólo la Esperanza ha quedado cautiva en el fondo de aquella infausta redoma.

¿Se preparan grandes destinos á la raza prófuga de las víctimas de Helena? Eneas salva los Penates de la desolada Ilion, se arroja á los mares para sembrar vástagos de su raza en amiga comarca, y tropieza con Dido: allí, como en todas partes, la mujer de la seducción y del mal. Es necesario que un dios venga á salvar al futuro padre del Lacio. Pero no se detiene aquí la tradicional encarnación del mal. Virgilio nos hace subir al Olimpo para mostrarnos á Juno preparando la ruina de los peregrinos de Troya; nos lleva á las cavernas de Eolo, y asistimos á la tentación del Rey de los vientos ante la perspectiva de Deyopeya.—Basta ya de seguir investigando.

La humanidad, Señores, no quiso ver en esos tiempos sino á la mujer artífice del mal, mediante los encantos del placer. Sin saberlo, la Humanidad se vengaba desapiadada y soberbia, encarnando el mal en la mujer asociada á los goces, relegándola al desprecio y la venganza en la vida de la historia, y reservándola solamente á ser la Pandora enriquecida de dones por Mercurio.

En esa época mal podía, Señores, la poesía crear el ideal de la mujer:—el ideal, aspiración á lo perfecto, presupone la conciencia de una actualidad en que el espíritu ansie perfección; y tal estado no puede hallarse respecto de cosas que suscitan recuerdos de venganza ó se tienen como secundarias en la acción de la libertad humana. ¿Cómo idealizarían griegos y romanos á la mujer, cuando la mujer no era para ellos sér igual, no era operaria en la grandezamoral humana, sino origen perjudicial aún á los intereses económicos de la familia, vinculados en la indivisión de la fortuna privada? ¿Cómo idealizar á la mujer, cuando el ideal es ascenso, y el paganismo la ponía abajo del nivel de los grandes intereses del ciudadano?—Por esto, no han podido hacer otra cosa los poetas de la antigüedad, sino encarnar el criterio moral de su época en tales ó cuales personalidades de mujer, dejándonos manifestaciones poéticas, apreciables como documentos históricos de la filosofía moral, no como símbolos de una aspiración espiritual humana. Así es cómo nuestro colega encuentra en Helena no más que un carácter histórico exornado por la poesía, asociada

do á lo teogonía, por esa corriente rápida con que comunicaban en el politeísmo la Historia y el Olimpo, enaltecida la primera con la deificación de lo humano, rebajado el segundo hasta la rastrera mancomunidad de Dioses y hombres en el desorden moral.

Para que la poesía pagana pudiera idealizar á la mujer, era preciso que la mujer fuese admitida en la humana comunión como igual al hombre en su destino, como superior en el poder del afecto, como apoyo en las luchas de la vida, como maestra de la familia, y como cómplice de la degeneración moral humana, para que, en cambio, llegase á ser cooperadora de su rehabilitación.— En tanto que el hogar pagano encerraba solitario y silencioso á la mujer, en otro pueblo que avanzaba á lo futuro por entre los cataclismos de los imperios, el hogar bullicioso con los juegos de la infancia, animado con las fiestas de los niños, era tanto más bendecido, cuanto la vida se hubiese ostentado fecunda en su multiplicación. El pueblo de Israel que guardó la tradición de la común responsabilidad del hombre y la mujer, y que en la fecundidad de la vida esperaba el cumplimiento de las inefables promesas que había recibido, supo guardar sus afecciones armónicas con la historia de la pareja humana. Así es cómo la madre de los Macabeos, en el cuadro que ha dibujado nuestro amigo, al recordar las afecciones de esposa no ve en ellas sino el comienzo de una ofrenda que en sus hijos, hijos del amor, se reservaba presentar á Dios y á la Patria, sacerdotisa entonces en el sacrificio, como lo fué en la santificación del amor. El amor fué, pues, santificado con la esperanza, y el padre vivía con el presentimiento de la rehabilitación de su linaje, y generaciones sucesivas se transmitían esa herencia de esperanza. Ah, Señores! Cuando en la teogonía de Hesíodo veo á Pandora verter el vaso de dolores sobre el mundo, y observo que allá en el fondo ha quedado escondida la Esperanza, admiro cada vez más este presentimiento de la humanidad ansiosa de regenerarse, este anhelo de lo por venir, este soñar en la inmortalidad, enviados providencialmente por Dios á la conciencia de los pueblos entre las extravagancias y monstruosidades de la corrupción humana. Ese mito de Hesíodo es toda una revelación de lo sobrenatural: tempestades de males descendieron sobre el género humano, pero quedó sobre ellos, inaccesible á su turbulencia, arriba, callada y cautelosa la Esperanza.

Se cumplieron los tiempos: bien podía el viejo Hesíodo salir del sepulcro despertando por la noche al paso de los magos que caminaban á Belén: no habría necesitado preguntarles á dónde iban. Hubiera hallado en el cielo una estrella nueva, y en ella á la Esperanza viajera al porvenir.

Aquí es donde aguardo al nuevo Académico para loar su fe. Fatigado después de haber recorrido el vergonzoso espectáculo de la antigüedad, en el terreno moral, no porque sea admirador de los tesoros literarios de aquellos pueblos, puede acallar los

sentimientos que nacen de la fe. Para él la fe no sólo es el venerando ámbito en que se recoge el alma para la adoración, sino también el paraíso del Arte. La adoración implica amor, y lo que ama el corazón viene á ser el centro á donde converge el pensamiento.

Saluda en la región del Arte el advenimiento del Cristianismo como la regeneración del ideal, y, al salir del Olimpo y la ciudad paganos, se allega reverente á Nazaret. Los Angeles, ya no los Lares, guardan una casa silenciosa. Una Mujer vela el sueño de un Niño: su alma es un mar cuyas olas tembletean en armonioso movimiento á las inspiraciones de vida del Señor. Pensamientos, afectos, su sér todo tiene la transparencia y limpidez de la primera mañana de la creación. La naturaleza ha sido corregida por una nueva creación del Eterno. Esa Mujer se levanta en el cielo de la historia, como la luna en la primera noche serena tras el diluvio, sobre un mundo en putrefacción. Noé, contristado y confundido en medio de la soledad del universo, al centro de ese colosal cementerio de la miseria humana, habría, Señores, en penosa vigilia llorado sobre esa desolación, y alzando los lacrimosos ojos á la inmensidad de los cielos, seguido con melancólico recogimiento el curso de la luna, ansiado la imperturbable serenidad de ese mundo, donde no, como el en que vagaba, banquetaban los cuervos en inmundo festín. Noé en esa primera noche de luna me parece, Señores, el símbolo del poeta de la regeneración humana.

Nueva fe, nuevo ideal. Purificación de la mujer con la pureza casi divina de María; la mujer entrando en el desenvolvimiento de los planes del Eterno con cooperación inmediata; asociada á los consejos de la Sabiduría y á las manifestaciones del Poder y á las generosidades del Amor; la maternidad y la virginidad admirablemente unidas, como una nube y la luz que la dora en un cielo primaveral, y cual si estuvieran destinadas á simbolizar esa prodigiosa armonía del amor santificado, engrandecido por la pureza; todo esto se realiza en la sobrenatural persona de María. He aquí, Señores, cómo lo que el hombre prostituyó, regeneró la Divinidad; la seducción á la caída, llamada, urgida á la elevación del perfeccionamiento.—De hoy en adelante, la mujer puede ser idealizada ya por la poesía, si la poesía levanta al tipo de la mujer, á María, la ansiosa mirada de Noé desde las soledades del Ararat.

Cuando el Cristo sesteaba junto al pozo de Jacob, fué la mujer con su ternura y afecciones quien era llamada á las grandezas de la inmortalidad, al hablársele de un raudal que saciaba eternamente, manando en lo infinito, no entre los arenales del desierto.

La mujer era enaltecida, al admitirse á conversaciones con el Verbo á las hermanas de Lázaro. La mujer regenerada en Magdalena, resto de un naufragio que las aguas de la corrupción

humana arrojaban á las playas de la misericordia divina.

Empéñase la lucha entre las civilizaciones cristiana y romana, y ahí está la mujer para burlar el furor de los emperadores con el vigor de la fe, para sostener al hermano, atraer al prometido, en medio de lo conflagración general de la malicia humana que tentaba un último vano esfuerzo contra la verdad.

La mujer tenía poder para rehabilitar humanamente mediante sus afecciones. ¿El amor la había degradado? Pues se levantaba por el amor y engrandecía su correspondencia.—Los vientos vespertinos nos traen el rumor de un diálogo apasionado. Valerio está una tarde junto á Cecilia: habla el amor alentado por la esperanza. Mas, oíd cómo habla, en idioma que el paganismo no podía balbucir, el amor femenino engrandecido por el Cristianismo: “Valerio, tengo un ángel que vela en mi cuerpo ‘con tierna solicitud: si tú me ofendes ¡ay de la flor de tus días! ‘Mas si me respetas y amas con amor sincero, también mi ángel ‘te pagará con el mismo amor que me tiene’.—¿En dónde está ese ángel? exclama asombrado Valerio. Ah! era preciso que recibiese el bautismo para que después, enlazadas las manos, inclinadas una sobre otra las cabezas, fuesen los esposos coronados de rosas, y oyesen al ángel que les decía: ‘Puros en el alma, puros en el cuerpo, haceos dignos de estas coronas tejidas con flores del cielo, que jamás se marchitan, que guardan perenne aroma en su seno. Ansiará el hombre verlas, pero sólo aquel lo merecerá que, como vosotros, haya merecido ser complacencia del Señor!’”

Con razón, Señores, al relatar este idilio entre el paganismo que muere y el Cristianismo que nace, mira Federico Ozanam en esas coronas “el símbolo de la poesía del amor cristiano que pasa por la Edad Media sin que palidezcan esas flores ni se extinga la riqueza de su olor”.

La Edad Media es la edad de oro para la mujer. Espiritualizado su carácter en la doctrina del Cristianismo, respetada porque la engrandeció María, pudo oír como la síntesis de la dignidad á que por él había sido elevada, esta magnífica confesión en labios de Enrique Susso: “Señora, no temáis de mí: desde ‘que rindo culto á la Madre de Dios que está en el Cielo, sé ‘prestar homenajes y respetar á las mujeres’”.

Enrique Heyne al estudiar la aparición del romanticismo en Alemania, y la revolución que en los corazones y el arte había sobrevenido, encuentra que no sólo en el arte, sino aun en el campamento presidía constantemente un sér prodigioso á las empresas de esos tiempos:—María. Por esto, y graciosamente la califica de la “Dama castellana”, de la Edad Media, Señora de esas empresas en que el ardimiento del guerrero debía ser también perfumado con la poesía de esa santa personalidad de la Religión y la Historia.

La mujer ha adquirido ya la conciencia de su grandeza en

esa edad que, si por algunos se desprecia por serlo del misticismo, se ridiculiza por otros á causa de la galantería que se estilaba en las relaciones de sociedad, muestra por estos mismos signos una tendencia depurada de todo elemento grosero depositado por la civilización antigua.—De la Edad Media adelante la mujer se enaltece.

Matilde de Toscana atrae á un centro de benéfica actividad á guerreros y hombres de letras. Clara, arrastra á las austeridades de la penitencia á jóvenes en cuyo tierno corazón palpitaban las esperanzas de la corte.

Nina de Sicilia, vive poetizando; pero, orgullosa de su dignidad, si bien dice á su amante: “deseo oíros”, agrega “mas es preciso que vuestra pluma armonice con vuestro corazón” (1).

Hortensia de Guglielmo, presa de las conmociones del espíritu que batalla en la vida, se reviste de fuerza varonil, doma las inquietudes del corazón y lo levanta al Cielo (2).

Livia del Chiavello recorre los espacios admirando las bellezas creadas, pero descontenta de no hallarlas extremadas como quisiera, sedienta de perfección asciende á Dios y regala con su magnificencia la sed del corazón (3).

La Señora Scarampi Guidoboni, sobreponiéndose á los cuidados femeniles por una belleza pasajera, se resigna á los estragos de la edad á trueque de la primavera del alma (4).

Si queréis la poesía santificada por el deber, alimentada de nobles afectos, atraída al centro del hogar, constituida ella misma en deber conyugal, ahí están las poesías que á sus esposos dedicaron con tan esmerado empeño y tierna solicitud las señoras Victoria Colonna Pescara y Verónica Gambará Correggio, acrecentando la placidez de la vida del hogar con los cantares del afecto consagrado por la Religión; y para que el deber conyugal embellecido de ese modo perseverase á par del recuerdo, no lo limitaron á sólo cuando vivían sus bienhadados esposos, sino que, cambiada en voz de gemido la de las canciones de ayer, esa lira continuó arrullándoles el sueño cuando muertos.

Si queréis la poesía de la virtud que se sobrecoge de temor entre las inquietudes del sentimiento, la poesía del corazón que

- (1) Se vostra penna ha bona consonanza.
Col vostro core”.
- (2) “Anima, dice, alla celeste porta
Diammo l’assalto; e se il nemico aggrava,
Sai che il regno del ciel patisce forza”.
- (3) “Poi grido al fin: se tal bellezza alloggia
Nel cielo, or qual sarà quella di Dio,
Appresso al qual é questo cielo un’ombra?”.
- (4) “Fugga pur gioventù venga vecchiezza,
Che sol nella virtù mi fido e spero,
E per lei il mio cor sdegnoso e altero
Disprezza quanto il cieco vulgo apprezza
.....
Poichè beltà senza virtù non vale”.

lucha consigo mismo, ahí está la de Margarita de Valois que llama á Dios con filial confianza (5).

Y cuando la desilusión dejaba vacío el corazón sensible y amoroso de la mujer, no se proclamaba, Señores, en esa época el escándolo de la pasión, no se la analtecia con los alardés de la inverecundia; nó. La mujer sabía que sobre las debilidades del espíritu están las consolaciones del Señor. La paduana Gaspara Stampa, poetisa de gran ingenio y espíritu sagacísimo, sintiéndose un día herida en sus ilusiones, llamó á Dios, proclamando que el vacío del alma no podía llenarse sino con Él y por su amor, antes de que fuese inundado temerosamente por su justicia (6).

Adrede os he citado á estas insignes poetisas, aunque algunas de ellas no pertenezcan estrictamente á la Edad Media: he avanzado adelante de ella, porque he querido seguir el impulso que en esa época dirigió la civilización de la mujer, y volver luego al punto de partida. Este enaltecimiento del espíritu de la mujer, esta dignidad de la vida, hijos de la vida cristiana que en la quietud de la familia germinaban en la Edad Media, fueron brotando después, porque desde esa época el ideal de la mujer fué enaltecido. Y adrede también os he hablado de la mujer italiana, porque Italia recibió más que ninguna nación, la herencia de las antiguas civilizaciones griega y romana, purificadas eso sí por el Cristianismo: el sentimiento griego, la constancia romana se juntaron en el corazón de la mujer italiana estrechados en un solo íntimo abrazo por la caridad.

En esta época la mujer, conquista honrados afectos, porque ella misma se ha dignificado. Hay plaza para el ideal, y ese ideal fué creado, Señores. Esa grande transición de la historia pedía un gran poeta, lo tuvo, lo dió Italia, nació el Dante.

Dante es en las letras una de las mayores glorias del Cristianismo. Ningún poeta ha sabido interpretarlo, ninguno entretejer como él en red maravillosa los castos sentimientos, las debilidades del corazón, las consolaciones del dolor, la ternura de la pasión, las esperanzas de una ilusión perdida, todo con la severa trama de la moral. Pocos corazones habrán sido más fuertemente combatidos como el suyo. Recordad las deliciosas vaguedades de su íntimo poema la *Vita Nuova*, lleno de la espiritual atmósfera que rodea á la adolescente hija de Folco Portinari, esa espiritual encarnación del amor cristiano, esa casta pero melancólica beldad de cuyos labios, según ponderaba el desgra-

(5) "Guidame à te, che ció far solo puoi,
Che da me non vagl'io, se ben cio bramo;
Mercè sol grido, è in te mio scampo chiamo,
Perchè il nemico mio piú non m' annoi".

(6) Véase el soneto que empieza:
"Mesta e pentita de' miei gravi errori"
y que termina:
"Dolce, signor, non mi lasciar perire".

ciado poeta,—iba exhalándose un dulcísimo espíritu que iba diciendo al alma:—"suspira".... El primer día de un Mayo venturoso, mentido agüero de felicidad, la vió por primera vez: entrambos entraban en la adolescencia. Silencio de nueve años. Al cabo de ellos vuelve á encontrarse con Beatriz, y allí un saludo, un desvanecimiento del poeta y no otra cosa. Más tarde Beatriz es la esposa de Simón de Bardi. Una noche despertó llorando el Dante; soñaba que Beatriz había muerto: á la postre, murió poco tiempo después de tan funesto presentimiento.

La vida del poeta estaba como truncada, y, faltándole aquel complemento de su sér exquisitamente tierno, guardó en la reconcentración del dolor la viudedad del alma. Mas, no siempre la filosofía solitaria del dolor es un preservativo del corazón. El poeta lo distrajo del cielo donde le aguardaba Beatriz, y agitado en las faenas públicas, en las controversias de escuela y en los dolores de la proscripción, no fué insensible á nuevos afectos. Pero al fin esa alma volvió al reconcentramiento de la propia reconvencción, y, postrado un día en una iglesia de Roma, hermanada á la plegaria del arrepentimiento concibió la satisfacción con que debía compensar, inmortalizando á Beatriz, aquel pasajero olvido. Beatriz espíritu continuó, Señores, preservando el corazón del poeta. Recordad aquella escena del *Purgatorio* en donde el pecador se humilla.—Dante perpetuó su amor á Beatriz, pero lo que más elocuentemente perpetuó el poeta es su regeneración moral; y para que todo fuese cumplido, é idealizado en su inmortal poema, hallando tan pura á esa mujer, agradecido al poderoso influjo moral que ejerció en su corazón, simbolizó, Señores, bien lo sabéis, en Beatriz á la Teología, ciencia de Dios, escala ascensiva de amor y conocimiento por donde sube nuestro espíritu cuando empolvado, abatido en las asperezas del camino, se acuerda de que anda desviado de los senderos de la Patria.

Y personificar en esa ciencia sublime á la mujer ¿no es extremar ya su ideal hasta lo más grande que, después de la Inmaculada Virgen, puede imaginar el espíritu humano? María es un sér providencialmente creado, sabia y poderosamente enriquecido; la humanidad no podía hallar criatura más digna para su loor, la Divinidad misma había como agotado su poderío para crearla. Nada podemos imaginar superior á Ella, fuera de Dios. Mas, como María vino, madre de la luz, á guiar á la humanidad á su singular destino; madre del amor hermoso, como columbraba la profecía, á santificar las afecciones tornándolas ofrenda del altar,—fué la mujer la dignificada en la madre de Dios, fué la mujer la que debía continuar en la sociedad del afecto santificado, esa ofrenda constante, ese vuelo de los sentimientos, huéspedes queridos del corazón, á las regiones de la inmortalidad. Y esto es precisamente lo que ha hecho el Dante en su magnífico simbolismo, este el ideal que ha creado de la

mujer en la poesía cristiana, no para que fuese un tipo curioso para la crítica literaria, sino para que se impusiese á la moralidad humana entre los encantos de la más exquisita poesía.

Nunca la poesía ha podido encumbrar á tanta altura á la mujer. Con el Dante ha acabado ya su ideal. Su tradición que debiera haber sido guardada en la historia literaria, ha andado vacilante. El conceptismo erótico que siguió en la escuela italiana, el frío amaneramiento bucólico, la vacía galantería cortesana, no alcanzaron á levantar el ideal poético de la mujer hasta la serena altura de la inmortal creación del Dante. Pero al fin, en medio de los esfuerzos de imaginación, alma de aquellas poesías de moda, fingidas como todo lo que no interesa al corazón en la dignidad de sus aspiraciones, se hallaba á la mujer digna todavía de respeto, señora de su nobleza.

Estaba reservado para la edad actual el rebajarla con esos escandalosos tipos que vienen sucediéndose en la escuela realista. Señores, el paganismo se viene: el de ayer consideraba á la mujer como el término de la sensación, y la esclavizaba á la casa; el de hoy, proclama su libertad escandalosa de pasiones como germen de virtud, protesta contra la santa dependencia del afecto á la sombra del deber y del sacramento, disuelve á la familia, entroniza sus ideales femeninos entre la grita de los banquetes, las celadas de la traición, los caminos tortuosos de la pública impudencia.

En el Dante el amor rehabilita como fuerza de atracción espiritual que guía á la depuración de los sentimientos. En la nueva escuela hay la propaganda de la rehabilitación de un crimen de amor, mediante otro crimen de amor, el crimen salvador del crimen; la pasión bastarda, artífice de otra pasión, círculo vicioso en que el alma gira por entre el vértigo de una agitación en que la fuerza centrífuga que tiende á lo inmortal se halla atormentada, arraigada á un centro de infamia. "Un poco de amor vuelve á la mujer su castidad perdida", ha dicho uno de los corifeos de esta escuela: en este apostolado, ya lo veis, es menester que los vasallos de Cupido anden redimiendo corazones mediante el mismo mal que trata de curarse: esta poesía, peregrina vacunación del alma debe relegarse á los hospitales, y cierto que allí resuena resuelto en elegía lastimera el eco de sus cantares.

Y cuando á tanto escándalo no avanza, quédase la poesía en la región de un sentimentalismo afeminado, rebajando la dignidad varonil del poeta, postrándolo á los pies de febriles bellezas, absorbiendo en la ineficacia moral la riqueza de inspiraciones dignas de ideales más elevados, capaces acaso de producir tipos que continúen inmortalizando la raza de Beatriz en el mundo de la filosofía del arte. Pero ¿qué queréis? La poesía erótica es la poesía del momento, de estados psicológicos en que el corazón se sacude á merced de golpes galvánicos que, por sólo el hecho de ser sentidos, se cree están justificados para su

servil interpretación externa. El poeta erótico, hablo del que degenera de la gentileza del ideal, por fuerza de la moda se cree autorizado á revelaciones, á deseos, que muchas veces rechazaría el compañerismo en un diálogo de sobremesa de figón. No es esto sólo: rebaja su propia dignidad humana con exhalaciones de un dolor pueril, con peregrinos anhelos, sin que sea raro ver en este género manoseado, al hombre ansioso de convertirse en el polvo que huellan los zapatos de una dama, ó en el perrillo que juega en las faldas de una melindrosa filis.

¿De dónde, Señores, la degradación de este género de poesía? De que el ideal es rastrero, y el ideal no se eleva porque no queremos estudiar el carácter sobrenatural de nuestras aficciones, ni ver á la mujer sino como á la Eva de la seducción. De aquí que otra vez esta carencia del ideal cristiano haga que resucite, sin que en ello pensemos, el ideal pagano. La tradición del Dante se halla oscurecida entre las sombras de la Edad Media, y Beatriz espera en vano compañeras en el cielo de las letras. La raza dantesca se ha extinguido: es preciso amar y creer como el Dante para poder resucitarla, amar con espiritual anhelo; creer para inmortalizarlo, y, como el sublime poeta, ennoblecer el tipo de la mujer purificándolo, vistiéndole de prestigio, modelándolo con María su tipo soberano. Esa exquisita ternura de sentimientos de la mujer, esa previsión del cariño, esa vaguedad misma de impresiones afectivas, esa debilidad que busca arrimo, pero que al mismo tiempo sabe prestarlo cuando se le pide en el santuario del corazón habitado por Dios,—todo esto reclama, Señores, que el tipo de la mujer vuelva á su grandeza literaria.

Y esto es lo que ha pedido el nuevo Académico, desenfadado en la confesión de su fe, campeón de la verdad á despecho de cualquier preocupación que pudiera oscurecer la luz de sus imprescriptibles derechos. La fe, debe ser no sólo la auréola que resplandezca al rededor de las espinas hincadas en las sienes de la Penitencia, sino en torno de la pudorosa frente del Amor. Así la ha admirado la humanidad en Beatriz, casta mujer cuya infancia se deslizó á los pies de María como nos lo muestra la tierna *Vita Nuova*, cuyo inmortal cantor exhaló su último acento de cisne moribundo también ante María en un soneto que, como sabéis, le dedicó y fué el último de su vida poética;—acentos modulados cuando los dolores de la vida, oprimiéndole el corazón, minaban las fuerzas de ese anciano envejecido en la esperanza y que, ansioso de la inmortalidad, buscaba en el Cielo al través de lágrimas de nostalgia, los misterios que nos hizo columbrar en su poema, y el radioso semblante de Beatriz que le esperaba.

Ah! ¿qué nos importa el Dante güelfo ó gibelino, qué el Dante naturalista, embajador, controversista ó guerrero? El Dante inmortal es el Dante de la Divina Comedia, el amante de Beatriz; el Dante que ama hasta el Cielo, porque cree que el

Cielo es la patria de los afectos, el Dante que proclamó en inmortales versos, como nuestro compañero en el discurso que le hemos escuchado,—la alteza y unidad soberana de la verdad y de la fe sobre la historia, el arte y las conmociones de amor del corazón.

Profundo pena sufoca al espíritu al contemplar la infiel correspondencia de la raza humana al criterio de la verdad, y al verla, inconsecuente consigo misma, deshaciendo la tradición de diez y ocho siglos, é infundiendo á la política, á la filosofía y á las letras un ambiente de eclecticismo en todo, no porque quiera hallar el acierto, sino porque con el disfraz de lo múltiple quiere encubrir con remiendos de andrajos, soberbio para ocultar el dón de que se le ha hecho merced, la cándida veste de la verdad.—No podemos ser, hoy como se quiere eclécticos, porque ya hemos dado hace esos mismos diez y ocho siglos con la Camino, la Verdad y la Vida. Sólo para el espíritu que no las hallado hay caída á un eclecticismo ascensivo, el de Diógenes, si queréis un símbolo, cuando sabía menospreciar la sombra de un rey por un rayo de luz del Cielo; pero no el eclecticismo de aquel cínico, cuando, llamado al banquete de Platón fué, adrede encharcados los pies, á esmaltar de lodo las sedas del filósofo. Para el corazón en la ternura de sus afectos, en la vaga revolución de sus aspiraciones; para el espíritu en el tipo del ideal, no hay sino un eclecticismo posible, aquel cuyo tipo trazaba Jesucristo,—el niño, el niño, no con su nativa debilidad, sino con el candor y la transparencia nítida de la vida, hermanados, como se penetrarían armónicos en un vaso de diamante, el agua que lo colmase y la luz que se transparentara por ella.

He aquí lo que serían las encarnaciones poéticas del afecto si no tuviésemos vergüenza de la verdad, vergüenza de la infancia del corazón, vergüenza de la fe. Se dirá:—á corazón envejecido no hay como volverle la frescura de la niñez; pues bien, háganse espirituales, siquiera las esperanzas y aspiraciones de mañana; y es posible esa atmósfera juvenil del corazón: el corazón será entonces un anciano que sonría con sus netezuelos tomando el sol de la mañana. Se dirá acaso, aquello sería la hipocresía del sentimiento. Pero ¡ah Señores! no se echa de ver que hay otra hipocresía más escandalosa, la hipocresía del vicio, la hipocresía de la vejez de un corazón juvenil. Cuántos cantares, cuántas elegías, cuántos desacordes ayes de anciano escuchamos exhalados por corazones en primavera!

La moda del prematuro desaliento, de una amarga misantropía, de dolores no saboreados, de maldiciones que no parten del corazón, de desengaños que no se han sufrido, esta peregrina moda en poetas adolescentes, esta sí que es poesía convencional, esta la hipocresía del vicio. No califiquemos de hipócrita á la poesía que lucha con el corazón y se rehabilita sobre sus dolores: ella lleva al altar el óbolo bañado de lágrimas ó acaso

de la sangre de un íntimo combate; pero sí llamemos hipócrita á la poesía que miente el mal; ella no se rehabilita, porque rehabilitar es levantar y mentir es arruinar.

Vengan la verdad y la fe á nuestras letras. Pedirlo aquí, proclamarlas entre vosotros, Señores Académicos, es ser consecuentes con nuestra misma Institución, hija de la fe, y que en su larga vida en la Madre Patria, no ha desmentido hasta hoy tan noble filiación. La Real Academia Española puso como lema de su escudo,—“Limpia, fija y da esplendor”, emblema del trabajo científico que depura la palabra fonética; pero sobre ese trabajo en la palabra como sonido, guarda, Señores, la Real Academia, á la Fe que preside en la palabra como verbo de la Verdad, á la Fe que purifica el pensamiento, lo determina en la creación moral y lo baña con resplandores celestiales.

Este Discurso fué pronunciado en contestación al de incorporación del Señor Dr. D. Carlos R. Tobar en la Academia Ecuatoriana.

de los autores de un tiempo combatido por el mismo espíritu de la poesía que anima el arte; ella no se rebeldía, porque rebeldía
fuerza es levantar y mantener es armar.
Vengamos la verdad y la fe a nuestras letras. Pedido aquí
proclamadas entre vosotros Señores Académicos es ser conse-
guentes con nuestra misma institución, hija de la fe y que en su
larga vida en la Madre Patria, no ha desmentido hasta hoy tan
noble misión. La Real Academia Española puso como lema
de su escuela: «Almá, fíj y de esplendor», esplendor del tra-
bajo científico que depura la palabra fonética; pero sobre eso
trabaja en la palabra como sonido, gracia, Señores la Real
Academia, á la fe que preside en la palabra como verbo de la
Verdad, á la fe que purifica el pensamiento, lo determina en la
operación moral y lo hace con resplandores celestiales.

Señor D. Carlos R. Torres en la Academia de Literatura.

misma es hallazgo de los grandes ingenios en las ciencias que van
su patria y su siglo, ejemplo que ha de imitar, doctrina que
ha de aplicarse para unificar y unificar, sube estas dotes
morales y estéticas del alma del poeta, y el poeta es el
debe tener en la división de escuelas literarias, exclusivas
acerca de la forma poética. Ni debe excluirse una escuela de
la belleza, que no es original de una escuela, tal á cual
región, este ó aquel tiempo. El conjunto de las obras poéticas
comparte de belleza en el fondo y en la forma; como nacional
es bello, pero nacional, el poeta de nacionalidad española de
los buenos modelos á que se debe dar cuenta de su actividad
distinto estado de civilización, ó de victorias á una nación
poética.

SOBRE

EL CARACTER NACIONAL DE LA POESIA. (1)

Una idea anda muy en boga entre nosotros, á saber, que de-
biendo darse carácter nacional á la poesía, es preciso relegar al
olvido el estudio de los autores clásicos, crear un lenguaje poéti-
co, que á fuerza de ser nacional, se corrompa con el empleo de
construcciones y voces extrañas y desmaye con una vulgar fami-
liaridad de expresión á cuya compostura no hayan presidido los
recursos del arte literario.

Esta innovación tiene la ventaja de favorecer la desidia en el
estudio; nos engaña, adulando nuestros sentimientos de patrio-
tismo, y sobre todo, como innovación tiene gran prestigio para
nuestros inquietos espíritus juveniles.

Un concepto de esta naturaleza, lejos de favorecer el progre-
so de la literatura patria, contribuirá á perderla. Ni el culto cie-
go de la literatura clásica, ni el entronizamiento de una literatu-
ra vulgar, ninguno de estos extremos puede sernos aceptable.
Lo que queremos es la belleza expresada en lenguaje bello. Es-
ta correlación requiere estudio, se aprende con el ejemplo, se sor-
prende con el análisis. Por esto si yo, como vosotros, ansío se
infunda carácter nacional á nuestra poesía, quiero que al mismo
tiempo en que trabajemos por este propósito, procuremos se lo
cumpla sin menoscabo de las exigencias de la cultura literaria.
Podemos armonizar lo primero con lo segundo. Espíritu nacio-
nal de la poesía y forma artística, son cosas que, lejos de contra-
decirse, se completan entre sí. De esta armonía quiero hablaros,
á fin de prevenir los resultados de un juicio contrario. La for-
ma poética no es griega, ni romana, no es programa de escuela,
es determinación bella de una idea bella; distribución de la for-
ma interna, de la organización de la obra, arreo exterior de la

(1) Esta y las siguientes lecciones fueron dadas por el autor á sus discípulos de
Literatura.

misma, es hallazgo de los grandes ingenios cualesquiera que sean su patria y su siglo, es ejemplo que ha de imitarse, doctrina que ha de aprenderse para una práctica juiciosa, supuestas las dotes morales y estéticas del alma del poeta.

Debe terminar ya la división de escuelas literarias, exclusivas acerca de la forma poética. Ni cabe exclusivismo tratándose de la belleza, que no es originaria de una ú otra escuela, tal ó cual región, este ó aquel tiempo. El conjunto de la obra poética es conjunto de belleza en el fondo y en la forma: cabe nacionalizar el fondo, pero nacionalizar la forma en el sentido de apartarse de los buenos modelos, á pretexto de anticuados ó expresivos de un distinto estado de civilización, ó de violentos á una inspiración genuina, no traerá otra consecuencia que desmayar la expresión poética de la idea.

La forma determina la concepción poética. La belleza del concepto percibida por el poeta, necesita se la realice exteriormente por medio del lenguaje: cual sea la condición de la forma, cuales sus perfecciones, tal será también la mayor ó menor fidelidad con que el lector interprete lo que el poeta sintió. El trabajo de éste en la forma estará, por consiguiente, consagrado á traducir la belleza de la concepción, mediante la belleza expresiva del lenguaje. Energía, sobriedad, movimiento, combinaciones y recursos para producirla, son medios que emplearon los antiguos, y emplearán los modernos si quieren que la perfección interior de la obra aparezca también perfectamente expresada.

Créese por algunos que, al prescribir el estudio é imitación de los clásicos, se trata de adoptar los recursos sugeridos por su mitología, y entonar el colorido con los tintes locales de la naturaleza griega y romana. Esto sí sería ciertamente violentar la ingenuidad de la inspiración y escribir anacronismos poéticos. No se trata de poblar de sátiros, faunos, ninfas y delfines nuestras montañas y rios, de andarnos lloriqueando desdenes de qué se yo qué fantasmas que, en hora menguada, creamos quijotes de un maltraido erotismo poético. Lejos de aconsejarse, de proscribirse sería el estudio de los clásicos si nos trajera á tales consecuencias.

A lo que debe llevarnos éste, es al estudio del pensamiento en su expresión; á comparar lo que concebido por el poeta tuvo realidad exterior mediante la palabra, con lo que esta vale ante la idea, á estudiar la disposición del conjunto en correlación á los pormenores, á sorprender la armonía de uno y otros, á avaluar la sobriedad y elegancia de los recursos de la forma, en fin, á penetrar en los secretos del buen gusto que sólo al análisis ilustrado es dado conocer.

En tanto que la arquitectura y la pintura estudian los modelos antiguos, no para copiarlos á todo trance, sino para inspirarse en los medios de ejecución, inexplicable fuera que sólo á la poe-

sía se negara acudir á las fuentes de donde deberían manar los recursos para informar el concepto inspirador de sus obras,

Nacionalizar la poesía no es romper con la tradición literaria. El espíritu y tendencia de la poesía, su relación con la historia y civilización y hábitos de los pueblos, el colorido local de los cuadros, esto sí presta tinte distintivo á las obras poéticas: no sólo es factible nacionalizarla en este sentido, sino que á ello debe tender el poeta si ha de ser eco fiel de su época, de los sentimientos y tendencias de un pueblo. Pero crearse un lenguaje poético tejido de palabras exóticas y vulgares y, sobre todo, desmayarlo de vigor, á pretexto de darle naturalidad, será rimar la prosa de la conversación común en salones y aldeas, llevar la vulgaridad á donde es privativa sólo la perfección artística, y por más que la idea sea bella, presentarla descabalada de perfección al desnudarle de la belleza formal.

Clásicos exagerados no se avienen con nuevas formas poéticas; románticos de igual estofa reputan la tradición clásica como estorbo á la ingenuidad poética. La terquedad de entrambas escuelas es fuente de odiosidad mútua, y que de aquí se forme en estos tiempos de radicalismo literario un concepto errado de lo que significa aquella tradición del Arte.

Como en política las revoluciones se acogen al nombre de libertad para hacer de él la consigna de los prosélitos, prestos á la campaña emprendida á sus auspicios, también el grito de "Libertad en el Arte", viene revolviendo la pacífica república de las Letras.

Pero, ¿qué es esta libertad en el Arte? ¿Es la misma libertad de las revoluciones políticas? Entonces tendremos el fracaso de la tradición literaria y de los principios imprescriptibles del buen gusto. Éste no se funda en títulos hereditarios y preeminencias solariegas, como los derechos de la nobleza, ni en leyes promulgadas en días de revuelta por algún dictador afortunado, para que pudieran efectuarse los *pronunciamientos* literarios, justificándolos con el grito invariable de todo abuso que no halla discurso para sincerarse: "¡Viva la Libertad! ¡Abajo la Tiranía!"

La Libertad en el Arte será la espontaneidad de la inspiración, su armonía con la civilización de un pueblo, la exención de las trabas facticias de escuela, la soberanía del ingenio en el mundo de la belleza; todo esto podrá ser la Libertad en el Arte, pero no la independencia de los órdenes lógico y moral. Será el vuelo del águila que se lanza á los espacios, no el de la que se hundiera á aletear en el fango; la airosa carrera del corcel lanzado en las pampas, no los ridículos corcovos con que pretendiera levantarse á donde vuelan las águilas.

Libre es el Arte, porque no obedece á leyes que fuercen la elección del asunto, libre en sus manifestaciones, sin que tenga

otro límite que el que la razón y la moral ponen á las tendencias de la actividad humana.

La tradición literaria, las perfecciones de las obras maestras del ingenio humano, la persistencia del acierto en los recursos empleados para la realización externa del concepto psicológico, todo esto viene á ser la lógica del poeta, lógica no enseñada en áridos preceptos sino latente bajo la gala de los grandes poemas. No contravenga el poeta á la razón, no violente á la moral, y su libertad es amplia.

Salidos de las clases de colegio, cuando "la imaginación está rica de las bellezas de Virgilio, y bullente en los labios la elocuencia de Cicerón", entonces todavía tributamos algo como culto á las edades remotas de la Literatura; mas, si nuestra educación literaria no está discretamente dirigida, y cae en nuestras manos alguno de tantos libros de la moderna escuela, pródigos de gritos de indignación contra la tiranía de los clásicos, de voces de aliento al espíritu á que desprecie la forma y atienda sólo al fondo, á que se regenere al influjo de total independencia; entonces nuestro espíritu juvenil listo siempre á responder á toda voz que le hable de libertad, se lanza á la demagogia literaria. Esos rancios poetas de Grecia y Roma con su cortejo de frailes y caballeros españoles que supieron hablar el idioma de lo bello en sobria y discreta frase, son los Capetos y su servidumbre contra quienes marchamos á bandera desplegada; y á medida que corren estos días de agitación, vamos entronizando reyes surgidos de la plebe, decapitándolos luégo, vagando en nuestro entusiasmo por éste ó aquél á merced de las impresiones de cada día.

Cuando al fin nos reconcentramos en nosotros mismos y nos pedimos cuenta de lo que somos ante nuestro programa literario, no podemos definirnos: hemos tenido tantos programas, cuantos han sido los poetas cuyas obras se nos han venido á las manos; de modo que, al seguir atentamente la gradual lectura de nuestros ensayos, podemos señalar el poeta á quien entonces leíamos, y decir: esto se escribía á orillas del Tormes, en el huerto del Maestro León; aquello entre las orgías del Estudiante de Salamanca; aquí nos tomamos del brazo con Mürger y entramos á las escenas de Bohemia.

De este modo vacilamos en nuestro criterio, y estamos contradiciéndonos diariamente en nuestras obras al soplo de la moda.

Pueden los poetas ser genuinos en la inspiración, nacionales en el colorido, hijos de su siglo en el estado de civilización que interpreten con sus obras, y nada de esto está reñido con la tradición clásica. A ella se acude para el estudio en el modelo, para la apreciación de la manera cómo adquirió vida y primor el sentimiento encarnado en la palabra, para recibir lecciones mudas pero persuasivas en el parangón que establezcamos entre el

concepto del poeta que apropiemos á nuestro sentimiento y la expresión con que lo sensibilizáramos, y la realización externa que ha tenido mediante la maestría del artista.

Las obras maestras nos muestran la determinación de una belleza dada, concebida por el espíritu, realizada por la forma, expresada por el lenguaje, gradación en que preside una constante armonía, á saber la unidad del concepto de lo bello con relación á un solo propósito. Esta unidad es la que se persigue en la contemplación de la obra, en el estudio de sus pormenores, hasta en el análisis gramatical de la expresión: de otro modo el estudio será infecundo. Buscáis impresiones momentáneas para el corazón, algún sonoro martilleo de sílabas, algunas expresiones de problemática naturalidad, algo raro, y nada más: concluís la lectura, y ávidos de curiosidad, pasáis á otra con igual procedimiento. No esperéis fruto alguno de tales pasatiempos: las bellas letras no se estudian con la futilidad de una lectura superficial. Debéis penetrar al fondo de la obra, y estudiarlo relacionándolo con la forma; tenéis que acompañar al autor en el procedimiento que ha seguido, componer y descomponer, trabar las partes, escudriñar el secreto de las transiciones y gozar con el espectáculo de la obra, perfecta ya en virtud de la destreza empleada en su formación.

¿En dónde, pues, como en la contemplación de los modelos, habéis de aprender los secretos del arte literario? ¿Y no sólo se les ha de relegar al olvido, sino que se les ha de concitar odio y desprecio? Esos eran griegos, aquellos romanos, los de acá españoles, ninguno de los cuales tiene que ver con la poesía del siglo XIX, con la poesía americana. Así discurren muchos á quienes justificaríamos, si con pedir el estudio de los clásicos pidiéremos nosotros la imitación rastrera de la forma y fondo de sus obras. Nosotros vemos en las obras clásicas los ejemplares, no de copia sino de estudio, esto es, de discurso, de ejercicio discreto é ilustrado de nuestras facultades creadoras; no la tiranía de una medida, sino la espontaneidad del espíritu creador, dueño de los secretos de perfección de la materia en que ha de encarnar sus creaciones.

"Los demás pueblos dicen: Homero, Dante, Shakspeare. Nosotros decimos: Boileau". Así increpaba Víctor Hugo á los franceses. Justo, si se pretende que la aridez de los preceptos y una estrechez exclusiva de procedimiento han de presidir en las creaciones del genio; pero nó si se quiere indicar la absoluta prescindencia de los principios del buen gusto, principios latentes en Homero, Dante, Shakspeare, deducidos en forma de cánones del arte literario por las investigaciones de un atento estudio crítico, aunque no siempre lo sean por las Poéticas, códigos que cuando se limitan á ser meros programas de moda, merecen un razonable desvío de nuestra parte. La disciplina del espíritu

en los eternos principios del bien y la verdad, el estudio de la belleza en sus manifestaciones, son el resumen de una Poética universal (1). Estas manifestaciones sorprendidas ya por el espíritu humano, se encuentran en las obras maestras de la literatura, con la ventaja de que el mundo psicológico del poeta está ya encarnado en la palabra, y en ella pueden apreciarse los secretos de correspondencia entre el espíritu que piensa y siente y la palabra que lo revela.

Ahora, si el lenguaje común se presta con maravillosa ductilidad á los primores que le imprime la poesía, y reviste en este caso formas nuevas que, si varían según la índole de los idiomas, con todo se asemejan en cuanto á lo pertinente al embellecimiento de la forma; ¿por qué se ha de pretender se desatienda el estudio de la forma de las obras antiguas, bajo el pretexto de que á poesía nueva ha de adaptarse forma nueva, esto es, forma descuidada, familiar, tejida de voces extrañas y de barbarismos, que es á donde quieren conducir á sus adeptos algunos de los que piden una regeneración de la poesía nacional á su modo? ¿Quién les ha dicho que queremos el arcaísmo, el amaneramiento de la frase, la nomenclatura mitológica en todo, la teodicea pagana en lo sobrenatural, el refinamiento cortesano y conceptuoso del afecto, el paralelismo temático de disquisiciones pastoriles en monótonos paisajes? Nosotros queremos el estudio de la forma como revelación de la idea poética, no como recurso postizo y fingido, y cuando deseamos aquello, queremos estudiar la belleza ideal compenetrada con la palabra humana; nosotros pedimos que la poesía disponga de los elementos que presta la tradición del buen gusto, que los amalgame discretamente sin discernir siglos ni escuelas y los ponga al servicio de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo bueno; queremos con Chénier que se imite el ejemplo de los grandes poetas, sin seguirles mezquinamente los pasos; que se haga, apartándose de ellos con celoso cuidado, lo que ellos mismos harían si viviesen entre nosotros, que "Calliope, discípula de Urania, levantando las voces de su áurea lira sobre un más noble tono, haga hablar á Newton el idioma de los dioses" (2).

(1) "Sentir y meditar, hé aquí en dos palabras, el jugo de toda una Poética. No finjáis pasiones que no sentís, no andéis á caza de frases de escritores de otro siglo; amad lo bueno y lo bello, amadlo con lealtad, predicadlo con valor, enseñadlo á los demás, pero antes albergadlo en vosotros mismos: todo lo demás de los preceptos es mera vanidad".—El compilador de "Scelti versi sciolti italiani".

(2) Con el título de "Justa Literaria, con una carta-prólogo de Carlos Guido y Spano", se publicó en 1883 en Buenos Aires una hermosa correspondencia en verso entre los distinguidos poetas D. Rafael Obligado y D. Calisto Oyuela, acerca del espíritu nacional de la poesía y de sus relaciones con la tradición clásica. R. Obligado quería que

Al esplendor de la verdad marchando,
Cumpla el Arte en la Patria los destinos
Que se vaya á sí mismo señalando;
No prefiera ni griegos ni latinos;

La belleza es una, no tiene tiempo ni patria: es una como la moral, la verdad. Cuando sus manifestaciones están ajustadas á la razón ontológica de las cosas, y armonizan con lo que cuadra á su realización perfecta, esas obras han sido y serán modelos de perpetuo estudio. Nada podía en el orden de los tiempos abrir una sima tan profunda entre dos edades, dos civilizaciones humanas, como la

Y para ser ante los pueblos grande,
Tenga forma y espíritu argentinos.
Oyuela, menos absoluto, pedía la regeneración de la poesía, su concordancia con la fé y la civilización, pero también, como es debido, su solicitud por el provecho reportable de la literatura clásica:
Mas no pretendo yo que encadenada
La inspiración en el altar pagano,
El vuelo tienda hacia la edad pasada.
El verso de la forma soberano,
Mayor intensidad, mayor altura
Luégo alcanzó del ideal cristiano.
Láncese pues allá donde fulgura
El sol del Porvenir; mas siempre esplenda
Rica y sencilla, transparente y pura.
Y en vez de entrar en criminal contienda
Con los pasados siglos, procuremos
Que el nuestro los reuna y los comprenda.

Guido y Spano fué llamado á decidir en la contienda. Sin decidirse por ninguno de los dos, partió por enmedio armonizando los propósitos de uno y otro, pidiendo la naturalidad de la poesía, pero también el estudio de la antigüedad, para que se compenetrasen así los recursos de inspiración local y las galas de la forma poética de las obras maestras de la antigüedad. Hé aquí algunos fragmentos de la hermosa carta de Guido y Spano (Marzo 26 de 1883):

"¿Quién no diría que Oyuela tiene razón en su culto por las dos familias divinas, la griega y la cristiana (aunque de esta no trata al presente), volviendo la vista sin cesar á la hermosa patria desheredada de los dioses y los héroes, en que cantaba Píndaro, que vive más que las acciones, la palabra escapada de una alma profunda por labios amados de las gracias? "Es allí donde Citeréa ama todavía bajo el mármol, y donde esparcida su hermosura en la límpida atmósfera, aspiramos una parte de su inmortalidad". Lo ha dicho bien el poeta: "una miel pura fluye aún sobre el Hymeto. Apolo dora siempre los largos veranos de aquella tierra consagrada, y los mármoles de Mendeli resplandecen todavía al fuego de sus rayos". Encadenados al carro del Arte victorioso, somos sus cautivos, y mi amigo el cantor de *Eros* ha podido repetir con Byron: "Bella Grecia, de hielo ha de ser el corazón que te mire sin sentir lo que siente un amante inclinado sobre las cenizas de su amada".

"Mas, por grande que sea nuestra admiración, atraídos de los prestigios de la belleza clásica; por intensa la sed que nos lleve á beber en las fuentes inspiradoras donde las Náyades suspiran, no debemos olvidarnos ni de nuestro tiempo, ni para refrescar nuestros labios en la fiebre ardiente de la vida, del manantial que surge en la tierra nativa, dando lozanía á los prados en que corrió nuestra niñez, acompañamiento rumoroso á nuestros ensueños juveniles, y vigor al alma siempre ambiciosa de nuevas impresiones.

"Y viniendo ahora á tí ¡oh Rafael! poeta de los dulces cantares argentinos, adorador del Sol y de la pampa; también se creería, si se juzgase sólo por el sentimiento engendrado en las blandicias del hogar, que arrebatas la palma á tu adversario. ¡Es tan bella la patria, su historia tan dramática, sus aspiraciones tan altas!... Campo y más campo, cordillera tras cordillera, el espacio, los anchos y solitarios rios, el cielo fulguroso, la inmensidad, los Andes. Ahí, según tu criterio literario, joven, fresca, inviolada, existe la inspiración, la poesía de América, que no necesita las guirnaldas marchitas de los templos paganos ni las rosas de Jericó para realzar su hermosura, cuando tenemos por esos *cercos* la del país, con un olor exquisito de serrallo recién inaugurado. La melancólica guitarra vale tanto como la lira de Orfeo, y los *tristes* de aquella no son menos tiernos, que las lamentaciones del amante de Eurídice en el fondo del Hémus... ¡Qué necesitamos del valle de Tempe, valle de abanico, de las palomas de Venus, ni de los cisnes de Erimanto, que en resumidas cuentas no eran sino una especie.

aparición del Cristianismo; pues bien, el Cristianismo que trajo á tierra dioses é instituciones paganas, no por esto relegó al odio, ó siquiera al olvido, las perfecciones de la literatura pagana. San Jerónimo al contestar á Magno, que había reparado la afición del Santo á los autores paganos, afición que utilizaba para realizar la nueva doctrina que predicaba, con la gala literaria que en ellos aprendía; le hacía ver que los doctores de la Iglesia se ha-

de patos más blancos y con el pescuezo más largo? Nada falta para nuestros cuadros bucólicos, ni el chirrido de las carretas *stridentia plaustra*, que decía Virgilio. Y si remontamos el vuelo, pediremos á la ficción lo que la realidad nos ofrece? A nuevo mundo, nuevos cantos. Cuando se posee inmenso y rico territorio, nobles tradiciones; ensanchada por el empuje de los siglos la órbita del pensamiento y de la actividad material, no es cuerdo el irse á vivir encaramado en el Pindo, sin otro prospecto que el de petrificarse en el arrobamiento de un arte envejecido.

“¡Desventurado! ¿Ignoras que al lado de la nuestra, y detrás, hay otras civilizaciones que vienen transmitiéndose en el tiempo su luz y sus tesoros? ¿Has recogido ampliamente la herencia, y aparentas desconocer el beneficio! ¿De dónde aprendiste las sencillas modulaciones de tu lira, pues por más que quieras negarlo, lira es la tuya á que las mismas Gracias pusieron cuerdas de oro? ¿Rehusarías, te greguntaré con un grave humanista, reconocer lo divino porque aparece en el Arte y el placer, y no sólo en la conciencia y en la acción? No se trata de someterte a estrechas reglas, ni á los preceptos de una pedantería tiránica: pero tu misma originalidad envidiable nos está revelando que el fruto no se ha colorido en el árbol sin que una sávia robusta sustentase sus raíces. La planta humana se desarrolla, es cierto, en cualquier zona; mas ha de ser á condición de no dejarla, antes de estar crecida, á la intemperie. En donde hay vida, sin duda, existe la belleza, y por consiguiente la poesía. Empero las formas nobles y graciosas con que la traducimos á nuestro lenguaje limitado, no se aprenden con solo descender al fondo de nuestro corazón, ni contemplando embelesados una naturaleza exuberante. Es menester pasar por la Academia, adornada con las estatuas de las deidades antiguas. Tu *Flor de Seibo* (*) habría muerto desconocida á la margen solitaria del río, si no la hubieses presentado á nuestra admiración en vaso fino de cristal.

Al clásico Oyuela le prescribe que se “domicilie en Cañuelas, donde á falta de ambrosía se alimentará con matambre y picana asada”, y vaya á pasar el invierno “en la laguna Pichí, próxima del Nahuel Huapi, tomando después de cada baño un *verde*, mejor que el néctar de los dioses”. . . . “De este modo su espíritu se irá tiñendo poco á poco con el colorido local, que tanto le recomienda su émulo, con quien se haría luego la paz al són de una habanera quebrada, bailada por puros criollos con sus *minas flexibles*”.

“Respecto de Obligado, soy también de dictamen, que inmediatamente se ponga en viaje, aunque sea en una balandra con *troja*, poniendo el rumbo al mar Egeo, sin parar hasta Atenas, y allí, en la augusta ciudad de Minerva, la de los ojos azules, diosa de la sabiduría, que según malas lenguas no inspiró nunca á ningún poeta, aprenda el griego, reverenciando las ruinas que han venerado las naciones. Pero antes, por vía de bautismo clásico, atravesará á nado el Helesponto de Abydos á Sestos, munido al efecto de vejigas hinchadas; visitará luego las sagradas márgenes de Delfos, y dirigiéndose, en seguida, al bosque antiguo de Dodona, permanecerá en él, sólo su alma, dos ó tres olimpiadas, sumergiéndose en sus fuentes habitadas por ninfas, y evocando en la soledad sus divinos oráculos. En todo este tiempo no probará el mate, ni fumará un cigarrillo de tabaco negro, teniendo por único sustento la dorada miel fabricada por las abejas del monte Hybla. Con este régimen. . . volverá con impresiones indelebles, trayendo en el oído el eco de la verdad noble y sencilla, y en la mente un reflejo del esplendor olímpico, para iluminar sus cuadros argentinos, sin mengua de su originalidad y frescura.

“Ejecutada esta receta, me persuado ¡oh jóvenes amigos! que acabaréis por entenderos, sin que ni las Musas, ni los manes de los Incas puedan quejarse de vosotros. Seréis más completos abrazándoos. La poesía, de origen divino, no tiene patria, ni escuela. Sus dones están esparcidos en la tierra, y aquél será más feliz que pueda juntar en su guirnalda á las adelfas del Eurotas, las flores silvestres de nuestro suelo bendecido”.

(*) Bellísimo idilio de Rafael Obligado.

bían nutrido en la escuela del buen gusto artístico de las letras paganas para emprender una contienda en que la lucha de la doctrina fuese acompañada del prestigio de lo bello. “Ellos, decía con ese vigor de imágenes que le es característico, esos grandes hombres aprendieron de David, que es preciso arrancar la espada de manos del enemigo, y decapitar al soberbio Goliath con sus propias armas. Habían leído en el Deuteronomio este precepto del Señor: Y si entre los prisioneros de guerra vieses una mujer hermosa, y te enamoras de ella y quisieses tenerla por mujer, la introducirás en tu casa, donde se cortará los cabellos y se roerá las uñas, y dejará el vestido con que fué hecha prisionera. ¿Y hago yo otra cosa que, prendado de la sabiduría de los antiguos, admirador del encanto de su palabra y de la exquisita belleza de sus rasgos, traerla á cautividad, adscribirla á la servidumbre para hacer de ella una israelita? (1)

San Isidoro hallaba también otro símbolo, en el pueblo de Israel, para el embellecimiento del discurso humano. “¿Qué prefiguraron los israelitas al llevarse el oro y la plata y las vestiduras de los egipcios, sino el estudio que hemos de poner en las obras de los gentiles y la utilidad que podemos sacar de ellas? (2)

El celo de los enemigos de los clásicos antiguos debía empezar por proscribir el espíritu pagano de los afectos, porque una civilización, una fé nueva, el Evangelio, piden su regeneración. Pero nó; muchos de los campeones de la poesía de los nuevos tiempos, gritan contra la escuela del buen gusto literario de los antiguos, y siguen perpetuando el paganismo del corazón naturalizando la vida, profanando sus relaciones morales y prostituyendo los afectos.

No queremos la resurrección de la poesía pagana; proscribimos la imitación servil, y lo único que queremos es suscitar la maestría de los procedimientos literarios, por medio de la acción simpática de las obras monumentales de la literatura, en el espíritu del poeta.

Mas la contemplación de los modelos del arte sería estéril si se limitase á aprehender los caracteres accidentales de la forma. Queda todavía al artista el espíritu que debe animarla; el barro está preparado, y espera el aliento de vida. Éste partirá de lo íntimo del alma y marcará lo genial y subjetivo de la obra, y así aparecerán en ella, como lineamientos que señalen el aire de familia, la índole del sentimiento, sus tendencias y la teodicea que ha presidido en su desenvolvimiento y finalidad.

Limitarse á la veneración de la forma, lo hacen también cier-

(1) V. Amadeo Thierry, “Récit. de l’Hist. Rom. aux IVe. et Ve. siècles”.

(2) V. Menéndez y Pelayo, “Hist. de las ideas estéticas en España”, tomo 1º, cap. 2º

tos maestros de Humanidades, urgentes en pedir á sus discípulos nada más que la reproducción de las frases del modelo. Atender á la mera perfección del período, al donoso recorte del verso, y olvidar lo demás, daría hábiles rimadores, pero no poetas; críticos tacaños y apocados, y no maestros de buen gusto: limitarse á no exceder las proporciones y manera de procedimiento técnico del modelo, hacer que el estudio degenera en copia, producirá imitadores serviles que á la pobreza de sus obras añadirán la afectación del sentimiento.

La espontaneidad de la inspiración trae consigo la belleza del pensamiento; porque sólo de ese modo puede revelarse lo que pasa en el alma al influjo de lo bello: esa genuina irradiación de las ideas y sentimientos influidos por la acción de la belleza, muestra tanto el grado de perfección espiritual del poeta, como la fuerza inspiradora que anima al objeto que le impresiona. Esta mutua simpatía es lo que produce lo que se llama la naturalidad del pensamiento, cualidad que implica, no sólo esa acción simpática sino la adecuación de una forma bella en que ha de encarnarse esa creación concurrida por la belleza y el espíritu.

De este modo, la inspiración revela el mundo subjetivo del poeta, y en la perfección de la manera de revelarlo, se nos mostrará la educación de su gusto artístico.

De todo esto nace el carácter especial de la poesía. Si no hay sentimiento exquisito en el alma, si el concepto de lo bello está estragado, si la expresión no corresponde en sus cualidades artísticas á la belleza espiritual concebida por el poeta, no hay que esperar obra poética perfecta: sin lo primero no hay sujeto para la creación; falta la materia de ella, en el segundo caso; y en el último, aun dadas las primeras condiciones, habrá creación espiritual, apreciable sólo por el poeta y no por los que, extraños á los secretos de las impresiones íntimas de aquél, no pueden gozarlas, por cuanto la manera como las sensibiliza dista de la perfección que requiere el medio de realización externa de la belleza concebida.

Cualesquiera que sean el género que cultivemos y la escuela literaria á que pertenezcamos, no podemos prescindir de esas tres condiciones indispensables para la creación de una obra bella. La crítica no tanto nos preguntará sobre los secretos de nuestros sistemas, cuanto nos fiscalizará por el esfuerzo que hagamos en mentir que sentimos lo que somos incapaces de sentir, por la desmaña con que deformamos la belleza de las cosas ó damos prestigio á lo innoble, por nuestra incapacidad para dominar la palabra, aprovechar de sus virtudes y arrearla con primor.

Supuesta la existencia de la sensibilidad espiritual, vuestra tarea es la educación de vuestro criterio artístico, criterio único, el de la verdad que encierra en sí, el bien,—he aquí vuestro guía; lo demás lo hallaréis en el estudio de los buenos modelos, en la

maestría de su disposición, en el juicio paralelo de la idea fundamental y sus accesorias de adorno, con el propósito final de la obra; y de todo esto á su vez, con la forma de la expresión por medio de la palabra.

Clásicos ó románticos, americanos ó cosmopolitas en vuestra poesía, no podéis prescindir de esta labor si queréis perfección en vuestras obras. Y por lo que mira á la forma, es menester pongáis diligente cuidado en el análisis de los recursos que presta la lengua castellana con prodigiosa liberalidad á la manifestación poética de las ideas, recursos que hallaréis aprovechados por los clásicos españoles, por medio de la fuerza de condensación del pensamiento en una lógica unidad y parsimonia de vocablos, de la majestad de la frase, y de aquel ennoblecimiento constante de la expresión que hace disten tanto Fr. Luís de León y Herrera de los modernos propagandistas del menosprecio de la forma. En aquellos, el lenguaje poético sin dejar de ser natural, se eleva á una alteza soberana, nobilísima, propia de la poesía; en estos se rebaja al descuido de la conversación familiar, ó adopta el estilo ligero del periódico y, á veces, aun las fórmulas de cierto filosofismo que tanto quita galanura á la frase, cuanto hiere los fueros de la verdad y la moral.

Si nacionalizar la poesía es hacerla eco fiel de lo que creemos y sentimos, impregnarle de los olores de nuestros campos, ponerla al servicio de nuestra historia y al de los intereses del porvenir; no encuentro por qué razón empecemos por crearnos estados psicológicos ficticios, contradictorios de nuestra fé y costumbres, y concluyamos por divorciar nuestros estudios del recto sendero trazado por los maestros de la poesía.

Nosotros, gracias á Dios, no hemos perdido aún la fé de nuestros padres; nuestra vida, aunque desfloreándose de virtudes á la acción de nuestra congénita flaqueza, con todo, se anima con la esperanza é instaure siquiera sea á tropiezos con el recuerdo de lo que creemos y esperamos. Tranquilo y humilde, morada de virtud, el hogar nos presta su abrigo; vivifica nuestras aficiones, educándolas; las ennoblece, preservándolas, y, morada de nuestros padres, al fin, retiene todavía con sus encantos este corazón que, llegada la plenitud de la vida, les olvida y, abandonándolos, como las aves dejan el nido cuando han aprendido á volar, como ellas ya tampoco suele volver á alegrar con las generosidades de un afecto virginal el entristecido hogar paterno, cuyas puertas en vano, muchas veces, se abren para esperarnos.

¿Queréis nacionalizar vuestra poesía? Pues bien, empezad por radicarla en el templo y en el hogar, porque tales sois, queridos amigos míos, que aun vivís para dicha vuestra, mimados por Dios en sus aras, oyendo aun el “dejad á los niños que vengán á Mí”, y llegáis al seno materno olorosos al beso regalado de Jesús. Si nacionalizar la poesía es hacerla ingenua, sed inge-

nuos trasladando á vuestros ensayos la belleza de vuestra vida ¿qué tenéis que inventar, y fingir cuando estáis rebosando en poesía? Dejad hablar á vuestro corazón, no lo pongáis en la tortura de situaciones que aun no conocéis, no le obliguéis á sentir lo que han sentido esos poetas cuyas obras devoráis sin daros cuenta de que sus ayes son eco doloroso de una enfermedad del alma. El amor de la patria empieza en el hogar, se extiende por la primera circunscripción seccional, y avanza hasta las fronteras del Estado (1); término desde el cual, á medida que regresa á su centro, aumenta en vigor y ahonda en ternura é intensidad. Este mismo grado tiene que seguir la expresión de nuestros afectos: partid del templo, centro del hogar; del hogar, centro de la patria, y nacionalizaréis la poesía. Nuestra poesía para ser nacional debe ser eminentemente cristiana, templada al calor de los afectos domésticos, honrada en fin, por lo que toca á su espíritu (2). ¿Por qué? Porque lo requieren el deber, nuestra vida, la sencillez de nuestras costumbres, nuestras tradiciones de familia, el ambiente moral que respiramos. La duda, el pesimismo, el cansancio de la vida son enfermedades que nos traemos las más veces con nuestras lecturas, sin poner cuidado en precavernos del contagio: cuando menos lo pensamos, nos hemos inficionado ya de una enfermedad cuyo germen no teníamos en el alma, y desnaturalizamos á tal influjo el espíritu de nuestra poesía.

Estos estados de enfermedad moral sobrevienen realmente en ocasiones, por desgracia nuestra: entonces, lo mejor sería ahogar esos sentimientos y no esparcir escándalo en torno nuestro. El poeta es libre, dirán algunos, ¿por qué impedirle expresar lo que siente? El poeta es hombre, os diré yo: ¿por qué declarar-le exento de las obligaciones morales en sus relaciones con Dios, con los hombres y consigo mismo?

Después de lo subjetivo, ¿queréis nacionalizar la poesía? Ahí tenéis los cuadros de nuestra espléndida naturaleza y las tradiciones y la historia patria. La descripción no es un género literario especial, es un recurso general de la poesía, que se aviene con el lirismo tanto como con la narración. La historia acepta á entrambos en las creaciones poéticas que le son relativas: de modo que lo subjetivo y lo objetivo pueden de este modo, armonizados por vuestra inspiración, crear una poesía nacional que partiendo del hogar, entrando á la historia, sea un reflejo de lo que

(1) De Gerando.

(2) Manzoni, la más pura y grande gloria de las letras italianas de este siglo, selló la originalidad de sus obras poéticas desde que al través de las tradiciones clásicas, de las vicisitudes de la moda y de las tendencias contradictorias de su época, llegó á definir el espíritu de su poesía "que subordina la frase al concepto, extrae los adornos de la misma excelencia del tema, identifica la estética con la moral, se nutre de pensamientos elevados y santos y se atribuye un magisterio, un apostolado, utilizando la literatura para la vida, armonizando con el tiempo y el país"—(Cantú. "Alessandro Manzoni, reminiscense", IV, t. 1º). Sólo así se ennoblecen las letras y se inmortalizan los hombres en la historia moral de la humanidad.

sois en los secretos de vuestra alma y en el pueblo en que vivís. Mas, de esto á rastrear por las vulgaridades de lo deforme, con el propósito de copiarlo á fin de lograr una mal entendida naturalidad, hay la misma distancia que de la pintura, determinación de la belleza ideal mediante la selección de los recursos de la material, á la fotografía, determinación de lo puramente real con todas sus imperfecciones sensibles. "El fin de las bellas artes es el de representar una idea, más que retratar solamente la realidad. Tan cierto es esto que no les pertenecen las fotografías" (1). Ni lo deforme del naturalismo en el fondo, ni lo vulgar del prosaismo en la forma, no pueden tener cabida en una obra literaria, so pena de su imperfección artística. El naturalismo es la caricatura del ideal; el prosaismo, el aplebeyamiento de la natural cultura del lenguaje literario.

¿Queréis reflejar en el lenguaje la educación, los sentimientos de una determinada clase social? Pues procurad hacerlo, más mediante el pensamiento, el tono general del estilo, que por las imperfecciones de locución del vulgo. La destreza de los escritores que se proponen aquel fin, está en transparentar por la diafanidad de la forma los caracteres del fondo: para distinguir el lecho de un lago es menester que las aguas reposen limpias y serenas: revolvedlas con el cieno del fondo, y todo encanto habrá desaparecido y nada distinguiréis á través de ellas, ni en su enturbiaada superficie jugarán los cambiantes de la luz. Estudiad el lenguaje que Bretón da á su inimitable Don Frutos: no hay esas barbaridades de locución que, según los partidarios de la fidelidad en la copia del lenguaje, habrían sido menester para retratar al campesino. Pero el mismo Don Frutos que habla castellano en la locución, habla campesino en la índole del pensamiento. ¿Por qué? Bretón retrataba una alma, creaba un tipo, y no hacía maniqués vestidos de trapos.

Rarísimas veces vienen bien, para la naturalidad de un lenguaje determinado, sus imperfecciones gramaticales: casi siempre producen el efecto que darían los andrajos que se adhiriesen á una estatua para remedar más á lo vivo los que no pudo imitar el cincel del estatuario.

Estudiad el idioma, como un medio de trasmisión del pensamiento; cuanto más bien poseáis sus secretos, mayor facilidad tendréis para expresar vuestros sentimientos; pero estudiadlo en la práctica de los grandes poetas. Allí lo encontraréis sometido á la idea, no como esclavo sin voluntad, sino como auxiliar consciente de la obra. ¿Teméis llegar sin sentirlo á ser imitadores? y escrupulizaréis en esto, cuando no lo hacéis con los que no deben guiar vuestro espíritu? La ciega imitación, la copia, son escollos que debéis evitar cuidadosos; mas no aquella que se os

(1) Cantú "L'arti belle compagne alla nostra Esposizione Nazionale".

insinúe suavemente con el carácter de guía en las exploraciones del buen gusto. La familiaridad con los buenos nos hace virtuosos, merced al impalpable ambiente del buen ejemplo: la familiaridad con los maestros de vuestras tareas literarias os despertará el ingenio, os iniciará en los secretos procedimientos de la obra poética, y, como el sol en el universo, siendo luz que os alumbra, os será también calor que vivifique los gérmenes de vuestra inspiración. No creáis que sean tarea vulgar los estudios de una elevada imitación, ni que perjudiquen jamás á la originalidad cuando se los toma, no como recurso de la infecundidad del alma, sino por principio simpático generador de la inspiración. Lejos de ser esto esclavitud, es un viaje de dos almas por las regiones de la belleza, comprendiéndose y aleccionándose. En esas serenas alturas encontraréis viajando á Homero, Virgilio y Dante; á Horacio, Fray Luis de León y Olmedo; á Demóstenes, Cicerón y O'Connell, satélites de un solo astro, la belleza.

De la imitación que no excede de la copia, que nada crea, que oculta su pobreza con lo que usurpa á tesoros ajenos, de esta sí debéis huir diligentes: no hará otra cosa que dejaros estacionarios en las labores literarias, y teneros como perpetuas sombras al lado de las perfecciones de los modelos. (1)

Haced honrados vuestros sentimientos, disciplinad vuestra razón y escoged maestros que á la belleza de alma acompañen la de la creación poética, y partid por donde queráis. Sed cosmo-

(1) "Saber imitar bien, es obra sólo de los grandes hombres, decía Forner. Para expresar la sublimidad de un Homero, es menester no menos que la grandeza de un Virgilio. Solamente Cicerón podrá copiar dignamente á un Demóstenes. El que no sepa por sí hacer cosas grandes, no espere imitar jamás grandemente. ¿Quién sino un Velázquez traducirá bien un lienzo de Rafael? Porque es cosa certísima que para definir con perfección unas mismas figuras, es menester una misma destreza. . . . Cosas distintas son la copia y la emulación de las excelencias ajenas. El que copia es esclavo; el que emula es competidor. Así se aventajó Platón á Cratilo, así Cicerón á Craso, así Virgilio á Ennio, Lucrecio y Hesíodo. El copiante nunca sale de las huellas de su original, y, por lo mismo nunca le debe su arte un paso más en su práctica. El émulo, ó llamémosle imitador, se pone al lado de aquellos á quienes desea emular, y siguiéndolos á la par por la misma senda, tal vez los deja atrás, ó por lo menos procura no ser vencido en la carrera". — "Exequias de la Lengua Castellana".

Erasmo veía que el estudio de los modelos es estéril si se limita á un estudio superficial, á una mera imitación de pormenores, y no tiende á ponerse en las condiciones del autor estudiado apropiándolo á las condiciones que la materia exige. He aquí lo que, exponiendo la más hermosa teoría sobre la imitación, y desenvolviendo un sabio programa de estudio de los clásicos, decía á los que querían ser ciceronianos de aquel modo: — "La palabra supone el pensamiento. Para haceros Cicerones es necesario empezar por sobrellevar las penosas labores que Cicerón se imponía, y que ni os imponéis vosotros ni prescribís á los demás. Será un Cicerón el que emprenda, con el mismo ardor que ponía Cicerón en el estudio de la filosofía y sociedad paganas, el estudio de la religión y sociedad cristianas y de los hombres y cosas de su tiempo. Llegará á ser un Cicerón el que acuda á la fuente de los salmos, de los profetas, de los poetas cristianos con la misma avidez con que Cicerón acercaba los labios á las fuentes paganas. Llegará á ser un Cicerón el que vele perseverante meditando los orígenes, las leyes, las glorias cristianas y nacionales, los comienzos y la propagación del Cristianismo, como Cicerón velaba perseverante sobre la historia, costumbres, leyes, usos de las ciudades y provincias, de los municipios, de los aliados de la República Romana".

politas ó nacionales; vagad por lo imaginable en el tiempo y en el espacio, cantad la vida, recreaos en sus perfecciones, diciendo como Sócrates: "yo soy ciudadano del universo"; ó ponderando como Aristipo este pensamiento: "soy extranjero en todas partes"; ó más bien como David que lloraba ver prolongado su destierro, recogeos dentro de vosotros mismos y, asfixiados del vacío que se extiende en torno, adivinad con la sed de lo inmortal las delicias de la vida que nos está destinada. Partid por donde queráis, pero sed hombres, esto es, seres morales vinculados á Dios y á vuestros semejantes por estrictos deberes; pero sed artistas, esto es, diestros exploradores de la belleza en sus manifestaciones naturales y en las creadas por el genio.

das de aquí, hay otras que no se secan como las rosas, que no se apagan como el sol, que no brillan diminutas y errantes y desligadas unas de otras como las arenillas que corren entre el caudal de los ríos, que son, en raudal inextinguible, reposo final de nuestras ansiedades.

La naturaleza no las llena, por esto la poesía la hace hablar sacándola de esa mudez desesperante, y descontenta de ese lenguaje prestado que al fin no constituye sino un eterno monólogo del alma, se lanza fuera de esa vida efímera de lo criado, buscando á tientas el camino de la inmortalidad. No hay, pues, poesía sin ideal, ni ideal sin ascenso.

Decidme ¿vivís contentos de esta vida que se consume cada día, de las contradicciones de vuestro corazón, de esas ansiedades de afectos que se nos resuelven en hastío cuando no en vergüenza, cuando no en remordimiento? Halláis tan perfecta esta sociedad de familia en que, á trueque de nuestros devaneos, sollozan nuestras madres y se ocultan avergonzados los ángeles que guardan el hogar; esta sociedad civil y política que sanciona códigos para la guarda de la moral, y que necesita levantar cárceles y armar á los hombres contra los hombres para precaver á los inocentes, para conservar la sociedad premunida contra nuestros actos, que no son sino la irradiación de nuestros ocultos sentimientos? (1) Tanta belleza hay en esta vida de crímenes que la hemos de idealizar, no depurándola, sino enaltecendo lo mismo que la mancha; no buscando la perfección en ideal contrario, sino haciendo ideal la misma deformidad existente?

Porque esto es lo que hace el naturalismo. Halla tan bueno, ó procede como si así lo creyera, tan bueno todo lo que existe en el mundo de nuestra actividad moral, tan hermosamente ingenua la producción de nuestras acciones por indignas que sean, que, sin satisfacerse del diario desorden que traen á la vida real, se empeña en multiplicar su influjo extendiendo su acción por la propaganda de la copia.

El naturalismo en la Historia, cuando no la aísla de un centro providencial, es la mera sucesión de cuadros novelescos don-

(1) Con posterioridad hemos encontrado confirmada nuestra opinión respecto del carácter corruptor de la literatura realista, con una idea análoga de César Cantú en una de sus últimas obras, "Alessandro Manzoni, reminiscenze" (Milán, 1882). La presenta "deseccando las fuentes del ideal, preparando materia para que procesen los jueces y lloren las madres".—Sentimos que este precioso estudio sobre uno de los más grandes poetas de este siglo, no se halle traducido todavía al castellano. La propagación de este libro entre los jóvenes sería en alto grado benéfica. Cantú, cuyas obras nunca recomendaremos lo bastante como historiador y crítico, desenvuelve en él una elevada Poética, que ligada con la moral y estudiada en un hombre con relación á su época, la hace fecunda en sus aplicaciones y la ilustra. Sólo de este modo pueden estudiarse las Bellas Letras, pues si no se juzga al hombre moral, si no se lo coloca en su época para examinarlo con relación á su historia, si se prescinde de la atmósfera con que la escuela, la moda, el partido rodeaban su actividad, podrá formarse un minucioso inventario de versos y períodos, más no la crítica sabía que guía y enseña presentando al hombre y sus obras, la sociedad y su literatura en juicio comparativo.

de no hay sanción para los actos humanos sino prestigio para lo teatral del carácter: no se reúnen en torno de los personajes los datos para su enjuiciamiento, sino los rasgos para su apoteosis en el mundo de lo raro. No hay enseñanza sino divertimento: acudirán á tal historia los lectores de novelas y las gentes desocupadas, para matar el tiempo; los poetas, para buscar temas de creaciones fantásticas; no los filósofos y políticos. ¿Qué han de deducir de relatos sin enseñanza, repletos de condescendencia para con las pasiones humanas? Preferible sería que un pueblo quedase sin historia, si la historia hubiese de ser la elegante y aduladora biografía de los grandes criminales. La historia no es la curiosidad de edades posteriores que ascienden á inquirir en su pasado, sino la moral que, siguiendo la genealogía de los pueblos, va en nombre de ellos absolviendo ó condenando, maldiciendo ó glorificando las acciones humanas: y si la moral es una como Dios, la historia es la auxiliar de Dios en la enseñanza y guiamiento de los pueblos, y en la sanción humana, previa á la final sanción divina.

Pero, fijándonos en la poesía, el estrago es mayor, por cuanto refiriéndose ésta á los estados diarios de la vida, interpretándolos inmediatamente y revistiéndolos de la magia del Arte, impresiona más activamente el corazón y hace que nos acostumbremos á revelar inverecundos lo que las más veces nos ruborizaría en una culta conversación de amigos. El lirismo de la pasión desenfadada pasea libremente por el mundo corrompiendo corazones y literaturas; pues, á la par de la desvergüenza en lo moral, anda arrastrado muchas veces el buen gusto por el polvo del amaneramiento, de la exageración, de la ridiculez de cierto género de poesía erótica.

"Sentid, y expresad lo que sentís", es una máxima que se proclama para la práctica de la naturalidad de la poesía, pero cuyo valor se desvirtúa por una mala inteligencia de su significación. Esa máxima no justifica el sentimiento por su existencia: supuesta la excelencia del sentimiento, pide su interpretación fiel, como alma del poema. Esta relación entre el afecto y su expresión es del dominio del Arte; pero antes que el Arte, y sobre el Arte está la conciencia humana, y sobre la conciencia, Dios. El afecto es, primero y ante todo, del dominio del deber moral. Apenas brotado en lo íntimo de nuestro corazón, cuando sentimos su impulso que nos despierta á la actividad, súbitamente y á la par surge á su lado la conciencia, que si aparece con la severidad de juez cuando ya somos reos, viene á nuestro lado como madre cuando apenas vacilamos conmovidos. Ningún hombre, sale, señores, de las impresiones de lo meramente psicológico á la actividad real, sin haber recibido y devuelto el beso de paz con que la conciencia le despide á ese viaje cuyo término es el cielo, ó bien sin haberla abofeteado en cambio de que nos ce-

rraba el camino de la degradación. El poder de la conciencia, poder de justicia ó de preservación, precedente al acto humano, debe influir en nosotros antes que el de la ambición de glorias efímeras, de programas de escuela, de propósitos puestos al servicio de sentimentalismos momentáneos.

Nuestros afectos habrían permanecido puros si la herencia del primer pecado no hubiese venido á corromperlos. Dios creó un sólo hombre en Adán: nosotros desde él nos hemos creado esa dualidad contradictoria del hombre que escucha á la conciencia y del hombre que la menosprecia; del que tiende al cielo, y del que se arrastra por la tierra; del que conoce la extensión del deber, y del que la limita con hábiles sofismas imaginados por nuestro egoísmo. ¿Cúyo es el triunfo? Digámoslo cada uno de nosotros mismos, recordando la todavía corta biografía de nuestro corazón juvenil.

“Sentid y expresad lo que sentís”. Los que se aprovechan de esta fórmula para el naturalismo, limitan su aplicación á los sentimientos humanos degenerados de la primitiva pureza. Lo que quieren es que se los retrate, no en el estado de lucha entre la pasión y el deber, sino en el de esclavitud á la primera. Para la poesía sublime de la conciencia que se agita en nombre de Dios, para la del deber que triunfa, y se sobrepone á las agitaciones del corazón y, empalidecido por soberanas luchas, si-gue conmovido pero sereno el camino de la vida; para esa realidad, para esa varonil y noble poesía, no tiene aplicación aquella máxima.

Mas si la tiene para el naturalismo cuando nos dice: Caed, y cantad vuestra caída; degradaos y poetizad vuestra degradación: sentid siquiera algo que halague vuestras pasiones y despierte las ajenas, dadles voz pública; seréis ardientes poetas, habréis saciado la sed de expansión de vuestro espíritu, habréis sido fieles al sentimiento que os corroe el corazón. ¿Tenéis miedo de aparecer ridículos? la pasión nos hace niños. ¿Blasfemos? Dios nos ha dado el tormento del corazón. Cantad, la pasión es santa.

¿Y qué viene á ser después de todo esto esa poesía infecunda del sentimentalismo de nuestras pasiones fomentadas, sino la proclamación de nuestras miserias? Desperdiciamos los tesoros del corazón, prodigándolos sin pensar en que más tarde, cuando los necesitemos para serenar y embellecer la vida haciendo de ellos la cuna del deber, los buscaremos con ansia para talvez no dar con ellos; nos avergonzaremos de nuestras puerilidades y caeremos confundidos ante nuestra conciencia. Dios nos ha dado el tormento del corazón, cierto, mas no como tormento, sino como prueba, como medio de perfeccionarnos, como instrumento del bien en la sociedad de los corazones, no como germen corrompido para la corrupción de ellos en las relaciones simpáticas del afecto. ¿Sabéis cómo se ennoblece la pasión?

sacrificándola: entonces la inmólación la engrandece y fecundiza. El cabritillo enredado entre las zarzas de la montaña del sacrificio no era, en los momentos en que Isaac tendía el cuello á la cuchilla, sino una bestezuela que pugnaba por desasirse: mas, puesta en las aras del Señor, holocausto de la obediencia rescató al mismo tiempo la vida del padre de un pueblo glorioso.

¿Pretendo por lo que os he dicho que no ha de servir la poesía para la expresión de nuestros nobles afectos? De ninguna manera. Lo único que quiero es que á la composición artística preceda el juicio de la conciencia, la depuración moral del afecto: que sintáis con nobleza para ennoblecerlo, que, señores de vuestro corazón no esclavos suyos, gobernándolo en la escuela de la moral eduquéis sus sentimientos, reconcentréis su ternura cercándole de precauciones que, así como lo guarden, acendren la riqueza del afecto. La reconcentración dentro de la belleza moral del alma es la preparación suprema del poeta: de corazón que por sí mismo es belleza, no ha de fluir sino la más exquisita poesía. Oid lo que decía el gran poeta Milton de la educación del alma:—“Puede considerarse el piadoso respeto que nos tenemos á nosotros mismos como la fuente de donde manan las aguas vivas necesarias para fecundar toda loable y grande empresa”.—Educados en esta escuela, entónces sí “sentid y expresad lo que sintais”; habréis atesorado poesía en el alma, y defraudaríais los derechos de la humanidad, que lo son de Dios, acallando la voz de esos sentimientos purificados. Se puede, si no justicar nunca, á lo menos explicar que el lirismo en determinadas circunstancias, obedezca como los actos humanos á impresiones momentáneas para cuya sujeción no estuvo lista la acción preservadora del deber; y que, en la fiebre que nos domina por la publicidad, aprovechemos el primer momento para lanzar á sus vientos esos repentinos arrebatos del corazón; pero no de modo alguno que en la labor lenta y prolijamente ejecutada del género objetivo, se hacinen acontecimientos, se modelen caracteres, se entretejan historias cuyos medios de ejecución y propósitos adrede se escojan en el mundo de la corrupción moral y en la deformidad de lo grotesco.

Dijérase al ver esta transgresión de la moral y del gusto, que, hallando imperfectas las obras de Dios, nos empeñamos en corregirlas á nuestro modo y que, en la imposibilidad de lograrlo, nos contentamos con siquiera mantener constante contra el orden la antítesis de nuestros desvaríos.

La naturaleza os dije, corresponde en todo á un fin sobrenatural: no lo comprendemos ó porque poco nos cuidamos de verla á la luz de los eternos principios de la verdad, ó porque esa luz apenas puede abrirse paso al través de las nieblas de nuestra corrupción. Cada sér en general es un cuidado especial de la Providencia en el inmenso mundo de su amor para el hombre:

la vida moral del hombre es una preparación; la social, el ejercicio de ésta, en medio de las luchas de la libertad, de los sobresaltos de la conciencia. El bien que practicamos no es virtud que permanece inactiva: irradia bienhechora á los demás, y extiende perfumado ese ambiente de bienestar moral que se respira allí en donde la caridad del corazón, amando y sufriendo respeta los derechos de Dios en la comunión de las almas: donde no, se envenena el ambiente, se trastorna la vida, el hombre es enemigo del hombre y enemigo de Dios. El egoísmo en las pasiones afectivas lo sacrifica todo á su satisfacción, piérdese la noción del deber, ciérrase el camino de la generosidad, rómpese los lazos sobrenaturales de las criaturas, se las acepta sólo en cuanto cuadran con nuestra degeneración, y queda naturalizada la vida.

Para el programa de acción del naturalismo el crimen es un mero accidente de la libertad, un tema de interés para las imaginaciones novelescas, no un desorden cuyas consecuencias han de precaverse por la lección que deduzcamos para moralizarnos. Lo grotesco no es sino el aspecto risueño de la sociedad, el donaire de esta vida que no se explica sino por la risa y los placeres aquí, y por el vacío de la nada después de la muerte. El Arte no tiene más fin que el de agradar, y tanto cumplirá su destino, cuanto mantenga vivo el interés de la imaginación de los lectores, sin que para esto se tome en cuenta la índole de ese interés ni sus efectos en la voluntad humana. Lo novelesco y cómico de la vida, lo excitante de la pasión, he aquí los recursos para interesar al público, ávido no de enseñanza sino de curiosidad, no de que se le contraríe moralizándolo, sino de que se le halague con lo raro, con la multiplicación de copias tomadas de lo natural de nuestras degradaciones, y así el Arte no será responsable sino de la semejanza de la copia; pues, intérprete de la naturaleza, su obra es de fiel imitación de lo que en ella existe.

El naturalismo con este programa de acción no hace sino multiplicar la acción del mal. Harto corrompido está el mundo con la corrupción individual de cada uno de nosotros y con el escándalo que de ella se propaga á nuestros semejantes: corrupción en las relaciones afectivas, trastorno en la familia; corrupción, en las relaciones sociales, trastorno en el Estado político. Pues bien, sobre este desconcierto de la humanidad entregada á sus propios desafueros, viene la literatura naturalista á fomentar en cada corazón pasiones de suyo encendidas, ó á despertarlas cuando la conciencia del deber las ha domeñado; de modo que, cuanto han logrado el poder de esta conciencia en lo secreto de nuestras luchas, y el de la ley civil con la expectativa de la sanción, se pierde con el poder corruptor de una literatura consagrada á la propagación del mal. Y lo más amenazante de esta propaganda está en el prestigio de que se la ha rodeado. No extra-

ñamos lo desvergonzado de ella, en fuerza de verla tranquilamente recibida en el hogar doméstico y públicamente estimulada.

Por esto en las creaciones de la novela y el drama, se halla un medio en que sin escrúpulo alguno, y libertados de los obstáculos que talvez el decoro pusiera para delatarnos corrompidos, se tejen historias encarnando en sus personajes mucho de nuestra individualidad, mucho de lo sentido por nosotros mismos, cuando no es algo de lo que, como descontentos de no haber extremado las pasiones, imaginamos ávidos de la fiebre de su plenitud.

El naturalismo amenaza no sólo la moralidad de la familia, sino la de la misma sociedad política. Pueblo en donde la literatura fomenta las pasiones, es pueblo carcomido por su base: no nos admiremos de los grandes cataclismos políticos, pues son consecuencia lógica de los cataclismos morales. Espíritus para quienes se ha oscurecido la noción del deber en lo privado, en el secreto de las relaciones consigo mismos y con Dios ¿serán capaces de sacrificios en aras de la Patria? Porque el patriotismo no es la vocinglería de partido, no el orgullo y la envidia de los ciudadanos de un Estado en sus relaciones con los de otro; sino el espíritu de sumisión á la ley, el respeto á la autoridad, el amor á los conciudadanos en el respeto de sus derechos morales y legales, el sacrificio de la pasión en cuanto su satisfacción puede menoscabarlos, el acatamiento de los derechos de Dios en los derechos de la humanidad. ¿Podrá pues quedar ilesa virtud alguna con la propaganda de la poesía del vicio, con el escándalo que pervirtiéndonos sentimientos y afectos, nos predispone á asechar la inocencia, á hacer de la vida una novela, á sacudirnos de toda ley que nos contraríe, á vivir de sensaciones, en vez de sacrificios y esperanzas?

Se necesita haber perdido por completo la noción de lo real de la vida, para poder poetizar sus miserias; y para extremar la consecuencia con la lógica, al limitar la copia de la naturaleza á sólo la de sus deformidades, huyendo hacer la de sus bellezas. La vida es bella. Señores, á despecho de todos esos pesimistas malhumorados que gritan y maldicen porque pusieron muy altos sus anhelos en esta vida, sin curarse de que esta vida de hoy, mero tránsito á otra, no puede satisfacer á un espíritu llamado á la inmortalidad. La vida es bella; no porque sacia nuestras pasiones, sino porque nos prepara, si las morigeramos, delicias inefables para esta alma que tan hambrienta de ellas, es con todo, incapaz de imaginarlas. La tierra es bella: no la queremos como patria última del alma, no pedimos morar perpetuamente en ella, como el maravillado apóstol del Tabor, sino pasar por ella bendiciendo al Señor glorificado en la belleza de sus criaturas transfiguradas por Él ante nuestra devota contemplación. En la vida, á la par del mal, hay también lucha del alma que se

engrandece elevándose á Dios sobre los escombros de las pasiones: en la vida hay sacrificios del alma, aprendidos al pie de la cruz de Jesucristo; en la vida hay regeneraciones del corazón celebradas con júbilo por los ángeles ante el acatamiento divino: en la vida están nuestro hogar y, dentro de él, el amor de nuestros hermanos, la providencia de nuestro padre, la ternura de nuestra madre; y fuera de él, nuestros amigos y enemigos, nuestras castas afecciones, medios para enaltecer nuestra alma en la abnegación y generosidad. La vida es bella ¡ah! decidme ¿no ha de serlo si tenemos en ella á Jesucristo viviendo con nosotros, respirando este aire que respiramos, alumbrado por este mismo sol, regalado por estos mismos campos que dividen las primicias de sus flores entre nuestras mesas y sus altares, que son tema de nuestros cantos y ofrenda de nuestra adoración? Vivimos de esperanzas: ¿no es bella esta vida del universo, que ha de acabarse cuando la humanidad vuelta á la vida por un momento, salga con Jesucristo á la inmortalidad, y vea volver á la nada este gran palacio levantado para la breve mansión de su viaje?

Pero el hombre para el naturalismo es un tema de tan ruín condición como el bruto; la vida, una pocilga. ¿Cómo han de buscar los naturalistas las realidades hermosas de la vida, si la vida para ellos no es bella sino como sensación? Incapaces de tratar con las delicadas afecciones del alma, con esa poesía que todo hombre honrado lleva palpitante en el corazón, tratan con las sensaciones y encantan de esta manera á sociedades que, como decía Philarète Chasles "hastizadas del sentimiento, buscan la fisiología".

La novela y el drama necesitan el contraste; representaciones de la vida, deben tener los fenómenos que en ella presenta la libertad humana. Mas, lo que es un medio no ha de convertirse en fin del Arte, ni por su condición de medio abonará la libre selección de los datos suministrados por la vida real. El mal ha de venir en esas creaciones como sombra del bien, y como sombra, no sólo para realzarlo, sino con la vaguedad de contornos propia para dejar indecisa su desnudez; porque si hay pasiones que, para que sean odiadas, conviene se las retrate en su deformidad, otras son de tal naturaleza, que el detenerse en siquiera su bosquejo daría por resultado, no su desprestigio, sino su fomento con estímulos de inmedia transcendencia.

Y son precisamente estas pasiones, de las que un místico español dice debe triunfar el hombre con la fuga, á la manera de los soldados partos que, al huir, iban hiriendo al enemigo; son estas las preferidas por el naturalismo para agotar sus esfuerzos pictóricos en el retrato de aquellas minuciosidades. ¿Pueden proponerse moralizar poetas y novelistas que empiezan en el proceso de la composición á juzgar de la viveza de las descripciones, puesta por criterio la sensación individual? Lo único que se pro-

ponen es cautivar la atención de los lectores interesando la fiebre de pasiones desarregladas y, por este medio, lograr una popularidad productiva de dinero vendiendo su pluma á empresas editoriales, que ganan tanto más cuanto es mayor el escándalo que difunden. La pluma no es medio de granjería, sino de moralización de la humanidad; pero hoy el capital pluma sigue todas las fases de los demás capitales de la Economía Política; ciencia á cuya devoción se ha puesto, rotos en lo absoluto los vínculos que debían ligarle á la economía moral. Uno sólo de los hechos fenomenales estudiados por aquella ciencia es el que no presenta este capital, á saber,—la huelga. ¿Cómo ha de haber huelguistas en una empresa en que operarios, capitales y consumo se multiplican con la misma prodigiosa actividad de nuestras pasiones?

Es necesario, se dice, el estudio del corazón humano para moralizar al hombre. ¿Pero podrá curarse una enfermedad estimulando su contagio? ¿Tenemos necesidad de tan peregrino estudio cuando dentro de nosotros llevamos, en nuestro corazón abierto, el manchado libro de las vergüenzas de nuestra libertad? No necesitamos poetas inverecundos que nos revelen sus miserias; sino héroes que para las luchas del alma nos alienten con el ejemplo, nos enseñen con su vida. En este punto es de indeclinable aplicación lo que exigía Zajotti al tratar de las condiciones que debía tener el novelista para la regeneración de este género literario:—debe conocer, decía, las pasiones; pero, con el triunfo adquirido sobre ellas, conocer la ciencia de vencerlas.— Quien conoce esta ciencia, sabe la de las precauciones que deben guardarse para la custodia de la inocencia, para evitar el escándalo con el embellecimiento de las pasiones humanas, para no constituirse en enemigo de Dios en el imperio de las almas.

El naturalismo encuentra el hecho de la pasión y de sus afectos como un fenómeno digno de estudio, y lo encarna en las creaciones artísticas. ¿Escrupulizará por temor del escándalo? Es el escándalo, disfrazado con el nombre de popularidad, lo que busca en cada una de ellas. Contando con corazones corrompidos que las propaguen, ó con víctimas que, contagiadas del mal, las reciban entre tímidas y audaces para una secreta contemplación de tanta miseria,—busca cuanto en la vida real contribuye á postrar las fuerzas del espíritu con las creces que tomaron las de la materia. El naturalismo ve al hombre como un cuerpo orgánico: es la zoología de la literatura, zoología perversa por cuanto extrema el mal mediante el carácter psicológico dentro del que envuelve el estudio de la fisiología. ¿Puede ir ya más lejos de la dignidad humana una literatura tan abyecta? Esto no es analizar el corazón humano, sino propagar el mal idealizándolo, y aun más calumniar al hombre; sí, porque aunque él se arrastre por el fango, prescinde el naturalismo de los gér-

menes que para el bien se encuentran en todo hombre en la lucha precedente á la caída, en el remordimiento que levanta y en la esperanza que alienta.

Scalvini, hablando del romanticismo, decía que esta escuela fué inventada por Cam, hijo de Noé, quien "en los cuarenta días pasados en el Arca, hizo un poema en que describió cuanto le rodeaba". Apreciad conmigo el valor de este ingenioso epigrama del crítico italiano, que debe más bien ser aplicado al naturalismo. Cam estaba entre animales: no tenía horizontes de luz, sumido en la oscuridad de esa arca flotante entre un cielo entenebrecido y una tierra sepulcro de cadáveres inundado por las aguas; no recordaba de la sociedad humana en que vivió, sino los desórdenes que concitaron la ira de Dios; Cam, se curaría poco de asociarse á la vida de oración y afecto de los escogidos de Dios, preservados para la regeneración de la especie humana, ya que estaban reservadas para tan mal hijo las carcajadas con que se burlaría de la desnudez de su padre.

De Cam á Zola uno solo es el tema en esta literatura:—el hombre animal; unos mismos los procedimientos:—la fisiología en la pasión, el epigrama en la desnudez (1).

(1) Zola es hoy el representante de esta escuela que, aunque existía latente en la literatura universal, no se ha constituido en secta sino en estos últimos tiempos, bajo el régimen de Zola, el "gran sacerdote de la nueva religión literaria del porvenir", como le llamaba De Sanctis.—Zola no ha hecho sino continuar, llevando al extremo, la disolución moral de sus predecesores. En Francia, sede principal de esta secta, Balzac, Michelet, Stendhal, Flaubert, Feydeau, P. de Kok, &c., han precedido á la aparición del gran sacerdote, constituyendo, unos, como recurso de sus obras, el análisis fisiológico, otros la representación desnuda de los cuadros para el libre examen, para la justificación del crimen, ó siquiera para exponer lo sucio como tema de risa. Toda innovación, sobre todo si parte de Francia, cunde con rapidez. Zola ha conquistado secuaces en novelistas y lectores. Necesario es que uno se resigna á vivir ahogando al alma bajo el peso de lo innoble para tener simpatía por una literatura tan soez.

Por felicidad los triunfos de Zola llegan á su ocaso; pues no puede augurarse prosperidad á un género literario que viene alarmando ya, no sólo á la crítica sino aun á los Gobiernos.

"Tierra", última obra de Zola, le ha producido una reacción adversa de sus mismos adeptos. El manifiesto publicado últimamente por varios de ellos tendrá gran trascendencia: "Se publica la "Tierra", dice: ¡Qué dolor tan grande y profundo para todos! No sólo la observación es superficial, inusitados los medios de acción, vulgar y sin carácter la narración, sino que lo inmundito llega á una exageración inverosímil. El maestro al entrar así de lleno en la suciedad, se ha hundido en la inmundicia. Esta obra termina la aventura. Desde hoy repudiamos esas ficciones de tal literatura realista; repudiamos enérgicamente á esos héroes de la retórica zolista, esas enormes siluetas, disparatadas, sin interés, lanzadas torpemente en masas pesadas. No sin tristeza, pero sí resueltamente nos alejamos de la última obra nacida del gran cerebro que compuso el *Asommoir*: nos duele rechazar al hombre á quien tanto hemos amado".

León Hugonnet, herido en su patriotismo, lamenta que Zola venga á desprestigiar á Francia ante las demás naciones menoscabando la gloria de su literatura, única compensación que ha tenido á sus desastres. "En nuestra patria, reclama, tan digna de interés, que tanto necesita de las simpatías de los extraños, ha surgido una escuela de especuladores inconscientes, ciegos lucradores que han emprendido la difamación de este pueblo francés que por universal admiración ha sido llamado grande. Nunca nuestros más implacables detractores, los que cada día proclaman la inmoralidad francesa, se habían atrevido á mancharnos hasta el punto de atribuirnos las inimizias con que cada día nos mancha Zola. Mientras comenzábamos á entendernos,

¡Cómo se ha ofuscado, Señores, la noción de los deberes morales del escritor!

Cada hombre está constituido en la vida para el bien de sus

con los pueblos eslavos que aprenden á conocerlos leyendo las obras de nuestros grandes escritores, Zola, cuya última novela reproducían varios periódicos rusos, ha indignado á sus lectores de tal modo, que el Gobierno de San-Petersburgo ha debido prohibir la inmundita publicación para impedir que lleguemos á perder la estimación y el respeto de una nación amiga. Este es un ultraje que será vivamente sentido por todos los patriotas".

La *Epoca* de Madrid, correspondiente al 3 de Setiembre, acaba de publicar un notable artículo de Eusebio Blasco titulado "Principio del fin de Zola", del que entresacamos algunos fragmentos.

"En casa del editor Charpentier, donde dos ó tres veces durante el invierno reunen los dueños de la casa á toda la literatura contemporánea; vi á Zola una noche, al Zola de quien son fanáticos todos los que gustan de pasiones repugnantes, de vicios al desnudo, de palabras soeces y de novedades asquerosas.

—Voy á presentarle á V. al maestro, me dijo Charpentier.

—; De ninguna manera! respondí. No tengo el menor interés; no quiero ver de cerca al que me ha repugnado de lejos, ni estaremos nunca de acuerdo, ni soy tan fuerte que no me dejara influir por algún razonamiento bien presentado. Todo se pega menos la hermosura.

Y entonces era yo de los prójimos que no se dejaban influir, entonces aun era falta de respeto en París, ó pretensión aparente de orgullo decir que las obras de Zola no eran admirables. Con mi habitual independencia solía yo chocar con la opinión general. Parecía ganas de hacer frases lo que no era en mí sino convicción profunda cuando le decía á uno de los discípulos de este profeta del rebajamiento literario:—Así como al ver pasar por la calle tal individuo pálido, ojoso, encorvado, macilento y triste, solemos pensar: "ese hombre no vivirá seis meses", del mismo modo al leer *Nana*, me dije y me lo repito á cada obra nueva de tal maestro: "Esta literatura no vivirá diez años".

Y ahora, cuando empieza á levantarse el clamoreo general; cuando los mismos discípulos protestan, y cuando el público comienza á sentirse herido en su dignidad personal con la lectura de la *Tierra*, y cuando no se oye sino repetir *esto ya es demasiado*, el tiempo y el autor han venido á darme la razón. El libro de la *Tierra* es un insulto literario.

Cuanto se pueda imaginar de brutal, de indigno, de bajo y de rastrero en la forma y en el fondo, todo está allí. Y no podía suceder de otra manera, dados los antecedentes del autor (entiéndase que hablo del literato y no del hombre, á quien no tengo por que ofender, ni tal es mi intención en manera alguna). La pendiente en que se lanzó en sus primeras obras tenía forzosamente que atraerle á este abismo sin fondo de podredumbre. Ni siquiera tiene la disculpa de lo real, que en otros libros suyos está tan bien pintado como groseramente escrito. Los personajes son monstruosos, y lo que hacen y dicen no pueden ser sino monstruosidades. Así ha resultado una protesta general en la cual va envuelto, á la par del sentimiento de la dignidad personal, el del amor propio nacional justamente herido. Es el principio del fin de Zola, no hay que dudarlo. Desde los que le consideran enfermo, hasta los que le tratan con lástima, todos, lo mismo aquellos que lo dicen á la faz del público en la prensa, que los que lo declaran en la conversación particular, todos se revuelven contra esa indecencia literaria que no podía pasar sin correctivo en una nación tan ilustrada, tan correcta y tan distinguida como esta nación francesa.

Aun al Gobierno de un país (agrega respecto de España) á cuyo frente hay una señora y un niño, debiera pedírsele que imitara la conducta de otros países, donde la introducción de estas asquerosidades literarias está prohibida. Ya sé yo que hay siempre lectores para tales obras, como hay siempre público para ver ahorcar y para oír canciones desgarradas cantadas con voz aguardentosa, y para acudir á la buñolería á la salida del *Club* ó del sarao, y que á este público precisamente se dirige el autor, conocedor de la afición oculta que hay en todo sér humano á lo que en estas obras se expone y describe. Pero hasta ahora habíamos tratado todos de ocultar tales miserias, porque todos, menos él, creemos que la literatura ha de ser algo más noble y delicado que una colección de plagas y postemas expuestas por un autor como las expone el mendigo purulento que quiere con sus llagas interesar al transeunte".

Esta reacción de literatos y Gobiernos, esta proclamación consoladora de los derechos de la moral, son una elocuente protesta contra el envilecimiento de la literatura, y una lección de que debe aprovechar la juventud.

semejantes: en qué proporción, en qué circunstancias y manera, no lo sabemos; pero, sobre nuestra ignorancia en este punto, gravita un plan providencial cuya armonía no se perturba sino con los desórdenes de nuestra libertad, desórdenes entre los que son más graves los de una literatura corruptora, por la indolencia con que se consuman, la rapidez con que se propagan y el mayor número de víctimas á quienes alcanzan. Los más hermosos dones del Señor, la luz de la inteligencia, la ternura del corazón ¿han de ser empleados en ofuscar esa luz en nuestros hermanos, en encallecerles el corazón para la delicadeza de los afectos?, y lo que es más grave todavía, en llevar esa tarea asoladora no sólo á conciencias combatidas ya en la vida, sabedoras de las desventuras, sino al alma pura del niño, á la casta imaginación de la virgen, criaturas únicas que, después de las angélicas, guardan la integridad de la soberanía del Señor sobre las almas?

La literatura debe tender á la rehabilitación del hombre. Obra nuestra es el desorden moral, y por esto debemos esforzarnos, siquiera cuando no somos víctimas actuales del mal, en levantar las aspiraciones de esta naturaleza degenerada, en dar tregua al desorden de la imaginación atrayéndola á un mundo fantástico en la invención, pero real en cuanto nos represente factible el perfeccionamiento de la vida. Esto sí es idealizar la vida, sorprender aun en medio mismo de su corrupción gérmenes de qué pueden brotar virtudes que, con la lucha, con nobles aspiraciones, con la conciencia y previsión de la inmortalidad vayan levantándonos y encaminándonos á nuestra final destinación.

El mundo de los combates de nuestra libertad moral es inmenso en su trascendencia, fecundo en situaciones dramáticas: encierra en sus horizontes, no sólo los senderos polvorosos en que nos arrastramos reptiles, sino el cielo sereno, inconmensurable por donde en coro con los ángeles vaga el alma de los justos. Idealizar la vida en este sentido, buscando arriba paralela la línea á que hemos de ajustar nuestro camino, esto sí es secundar la acción de la Providencia en el gobierno de las almas (1). Hoy, doblegados por el peso de los dolores de la vida, confundidos por el recuerdo de nuestra miseria, ansiosos de felicidad, solemos de vez en cuando transportarnos con la imaginación al Paraíso de nuestros primeros padres, y apurar con ella las delicias de la breve mansión en esa morada que así magnífica para el cuerpo y el alma, no era, con todo, sino morada de un día. Si no tenemos

(1) Las realidades de la vida descubren por sí mismas á un espíritu honrado bellezas que, ni aun imaginadas serían tan ricas en poder inspirador como lo son cuando se las trata á la luz de los eternos principios de la moral. Cantú dice (Op. cit. VI, T. 1.º) de Manzoni: "Retratando lo verdadero lo idealizaba, y para él idealizar era moralizar". Admirable doctrina sobre el carácter sobrenatural que deben tener aun las invenciones de nuestra fantasía. Todo en el hombre es un poder; no hay facultad alguna estéril para el bien, y siendo don de Dios, debe operar en el mismo sentido que Dios.

fuerza de espíritu para la previsión de la inmortalidad, tenemos siquiera nostalgia de corazón para retroceder desconsolados al derruido hogar de nuestros padres. Tendemos, pues, naturalmente á suplir con lo imaginado el vacío que asfixia á nuestra alma; y la poesía, perpetua palpitación del alma entre el dolor que la hiere y la esperanza que la alienta, no cumplirá sus altísimos destinos sino cuando de esos dolores haga apoyo para el vuelo de la esperanza al seno del Señor. Cuando inquiero sobre el nacimiento de la poesía en el corazón humano, la busco, Señores, en Adán y Eva justos, y la hallo en la tranquila reverberación de la presencia de Dios en sus corazones; la busco en Adán y Eva pecadores, y la hallo en el sacudimiento con que esos corazones espantados querían arrancarse del pecho y lanzarse tras de ese Dios que se alejaba. Así llevamos hoy nuestro corazón: llora, grita con ayes de dolor, se retuerce agonizante, y esa voz y esas convulsiones no son sino la poesía, el sentimiento íntimo, que buscan las huellas de la Divinidad. Esa nuestra tristeza que se cierne por la vaguedad de regiones desconocidas, la ansiedad por lo bello en condiciones de inmortal perfección, ese continuo lanzarse de nuestra alma á otro mundo de perfecciones adivinadas por la imaginación, esa sensibilidad con que nuestro corazón responde á toda voz como una cuerda armónica que suspira con el viento que pasa, ¿qué otra cosa han de ser sino las ansias de un espíritu que peregrina entre las criaturas preguntándoles por un Dios que, al alejarse por entre ellas, ha ido perfumándolas, señalando con tan delicada manera la huella de su paso, que no es dable hallarla sino cuando el espíritu se yergue sobre las atracciones esclavizadoras de la carne? Entonces el ideal se aleja para él, pero creciendo en magnificencia va atrayéndole irresistiblemente con una fuerza cuyo poder se extrema en proporción del decaimiento de los apetitos inferiores domeñados ya por el espíritu que ensaya el poder de su soberanía, levantándose sobre ellos urgido al ascenso por la luminosa estela del ideal: el poeta se ha levantado ya, Señores á volar con los ángeles, buscando á Dios con amoroso reclamo:

Ay! quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no sabe decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué quedan balbuciendo.

¿Por qué,—pues has llegado
 A aqueste corazón,—no le sanaste?
 Y pues me le has robado,
 ¿Por qué así le dejaste,
 Y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
 Pues que ninguno basta á deshacellos,
 Y véante mis ojos,
 Pues eres lumbre de ellos,
 Y sólo para tí quiero tenellos.

Descubre tu presencia
 Y máteme tu vista y hermosura;
 Mira que la dolencia
 De amor, que no se cura
 Sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,
 Si en esos tus semblantes plateados
 Formases de repente
 Los ojos deseados
 Que tengo en mis entrañas dibujados!

Juan de la Cruz, llegado á las alturas de la contemplación ya deja aquí de ser poeta solamente, es el santo arrobado por un amor ascensivo de las criaturas á Dios. Esos ojos "dibujados en las entrañas", esa luz de amor en una mirada intensa, perpétuamente fija en el alma de todo hombre, bien como una llamada, entre los suaves arreboles de la virtud, ó como terror á través de la noche del mal, son, Señores, el término del ideal ante el que se va arrastrando nuestra vida, son un reclamo de Dios mismo presente, sereno, infinito entre las agitaciones y hambre y desconsuelo de nuestra alma.

El alma está ante los seres criados mirándose en ellos como en esa cristalina fuente de que habla el poeta: hundida la mirada en su caudal en arrobamiento de amor y de deseos indefinibles ¿qué hace, qué espera? Desconsolada de ver en ese espejo la monótona reproducción de sus ansiosos ojos, aguarda espiondo, con tesón ver dibujarse en él siquiera la sombra de su Dios.

¡Oh cristalina fuente,
 Si en esos tus semblantes plateados
 Formases de repente
 Los ojos deseados
 Que tengo en mis entrañas dibujados!.....

He aquí, Señores, cómo se idealiza la vida y se ennoblece el Arte. ¿Esto es fingir, es contradecir á la naturaleza? Nó: esto es interpretar esa perenne agitación de nuestro espíritu en pos de lo que, si no es un recuerdo de haber visto á Dios, es una esperanza de hallarlo un día, terminada la peregrinación del alma que anda preguntando á los seres el camino que ha llevado su Señor. Esta poesía es la más ingenua, esta la más natural: allí juzgar de otro modo debíamos empezar por la negación de nuestra alma.

Poetas de la duda ¿por qué lloráis? Poetas pesimistas ¿por qué maldecís? Habéis lanzado el alma en pos del ideal, pero habéis caído por tierra. Vuestro desengaño es la más elocuente protesta, adversa al materialismo de la vida, favorable á sus espirituales destinos. Buscáis el ideal, queréis acercaros á Dios, ser dioses vosotros mismos, y porque fué la soberbia quien os movió, dais en tierra y revolcándoos en ella, no halláis en vuestro despecho otra venganza que la de idealizar el fango en que nos revolvemos cuando olvidamos que el progreso del alma no se logra sino cuando el amor, apoyado en la humildad, recibe la mano que desde el Cielo le tiende la esperanza.

Y vosotros, amigos míos, ¿para qué habéis de guardar vuestra fe si no la hacéis práctica aun en las secretas expansiones del corazón y en las quejas y cantares de vuestra poesía? No es fácil ciertamente espiritualizar la vida sino en la lucha con nosotros mismos; pero, caída tras caída, podemos levantar la frente y gritar ¡*Excelsior!* al corazón. Arriba está el Dios de los fuertes, el Dios de los poetas, el Dios de Jonatás y de David,

El poeta norte-americano Neal nos pinta en un maravilloso cuadro el nacimiento del poeta. Una tarde de estío, cuando en el cielo las estrellas languidecían engolfadas en luz, y en la tierra desmayaban las flores en atmósfera embalsamada, apareció en un bosque una figura humana: azules eran sus ojos, húmedos estaban, como las nubes que guardan en su seno, á la par de la lluvia, el fuego de las tempestades; y brillaba su majestuosa frente entre los undulantes bucles de su nutrida cabellera. Creció como crecen las flores bañadas de rocío; su espíritu se conmovía con sucesivas impresiones. Alma apasionada, virgen y altiva, revelaba algo temible en su frente, é incógnita tristeza y espanto en la mirada, como si contemplasen sus ojos los ojos de la muerte. Revuelve en torno sus miradas por la extensión del bosque, detiéndose inmóvil, lleva adelante sus pasos y al punto lanza un grito de alegría: ha visto el mar confundándose con el horizonte, y arriba la espléndida bóveda de los cielos!.....

He aquí, Señores, al poeta: ante el mar de la vida, debajo de los resplandores del cielo, entre el naufragio y la esperanza, entre la pasión y Dios. Nacido cuando las flores se marchitan y lloran las estrellas entre aromas y resplandores, habría muerto.

de dolor: necesitó ver el mar y contemplar el cielo para erguirse varonil, aguardar á la lucha y soñar y fortalecerse con la esperanza.

Este es vuestro ideal: ¿qué hay aquí en esta vida capaz de absorber vuestro espíritu? Las pasiones, flores de un día que mueren para dar frutos de maldición ¿pueden ser tema de vuestra noble poesía? Adelante, á bregar por esas olas sin probar su amargura, pero arriba los ojos á ese cielo mudo é impasible, tan sólo para quien nada ama ni nada espera.

Ennoblecios, amigos míos, ennobleciendo vuestra poesía. Hacedla digna de vuestra alma inmortal; y ya que el culto de la pasión y de la materia es el escándalo de la inocencia en esta literatura corrompida por el naturalismo, sea vuestra la reparación por medio de la depuración del sentimiento, por la dignidad de vuestras afecciones y por la espiritualidad de vuestra poesía.

Hoy no tolera en lo general el espíritu humano esa lentitud del estudio que investiga profundas y creas: es hambriento de renombre y exige multiplicada y pronta abundancia y por esto improvisa y multiplica las improvisaciones y aprovechos de las horas periódicas llamadas á conservar distintamente vivo el interés que inspira el autor por la frecuencia de sus apariciones ante el público.

EL PERIODISMO.

El periodista es hoy ante los conocimientos humanos lo que un general en día de revista de ejércitos: pasa á galope de caballo ante los cuerpos formados. Investigación científica debe hallar ante los cuerpos formados.

La ligereza de nuestro siglo, la movilidad constante de nuestro espíritu inquieto, la discusión diaria de los acontecimientos, el espíritu de propaganda inmediata, han hallado en el periodismo un medio de extraordinaria actividad. De la noche á la mañana se improvisan discusiones, se prepara la historia, se forma la biografía, se moraliza, juzga, absuelve ó condena la conducta de los hombres, manteniendo así un permanente tribunal cuyos fallos interesan á las turbas en su curiosidad ó maledicencia pero las más veces afligen á la moral.

Antes, en siglos pasados, el hombre era consumidor para producir luego en ciencia lo que consumía en el trabajo intelectual y hacía sustancia propia mediante el tesón del estudio. De allí esos trabajos enormemente prolijos, eruditos, sostenidos con la fuerza distendida de un sologismo. No urgía tanto la ambición de un inmediato buen éxito, cuanto la de satisfacer la inteligencia agotando esfuerzos en una obra, en el desenvolvimiento del plan, extremando muchas veces este empeño en su amplificación como si se dudase de su claridad é integridad, descendiendo á las últimas dependencias orgánicas del razonamiento, empleando, en fin, un esfuerzo constante y prolijo para agotar la riqueza del tema. Los antiguos no podían halagarse con el aura popular, porque ella no corría sino por la propaganda oral de lectores y discípulos: no había aún la crónica del periodismo. La solemnidad del silencio con que un auditorio escucha al maestro, reinaba en el mundo literario de la época en que aparecieron la Suma Teológica y la Divina Comedia: la obra del gran filósofo y la del gran poeta, fruto de estudio é intuición en el mundo de la verdad y de la poesía, atrajeron la inteligencia de los contemporáneos á un trabajo de detenido análisis concordante con las investigaciones de que fueron prodigioso fruto esas inmortales producciones de la Edad Media, de modo que el estudio abrió origen al estudio, la labor sabia fecundizó las inteligencias y continuó la elaboración de ideás comenzada en la concepción de la obra. El aura popular de entonces era la admiración que convida al estudio.

Hoy no tolera, en lo general, el espíritu humano esa lentitud del estudio que investiga, profundiza y crea; es hambriento de renombre y exige multiplicada y pronta alabanza, y por esto improvisa y multiplica las improvisaciones, y aprovecha de la hoja periódica, llamada á conservar diariamente vivo el interés que inspira el autor por la frecuencia de sus apariciones ante el público, y propicia á halagar la vanidad, pero inconveniente para guardar, ante las tentaciones de la publicidad, al espíritu abstraído en un trabajo lento, profundizador y proficuo.

El periodista es hoy ante los conocimientos humanos lo que un general en día de revista del ejército: pasea á galope de caballo ante los cuerpos formados. Investigación analítica, detenida,—ninguna: mirada sintética, soberana, desenfadada, mirada de soldado, y nada más.

El periodista tiene más desenfado que un sabio, decide en todo con tal manera de decisión, que se dijera ser sentencias sus opiniones. Si ya no fuera motivo de risa lo sería de confusión para los lectores ese magisterio con que el periodista se impone en lo más arduo al acatamiento de ellos. ¿Cómo? Con decidir sin vacilación, aunque la materia requiera estudio, controversia, dilucidación. Se explica esto, una vez considerado que el periodista tiene diaria tarea de producir sensación, sin dar lugar á que se discuta su ciencia y tendencia únicamente á ocupar la frivolidad de lectores que, sin fuerzas para un trabajo detenido, se contentan con devolver eco á las voces de la prensa cotidiana. Para tales lectores, bien están tales maestros. Con tales escolares y profesores, las ciencias y las letras no pueden augurar progreso en una nación.—Para mí, Señores, si bien encuentro que la sociedad tiene una diversión diaria, á veces enseñanza, con todo, encuentro en el periodismo una desventaja, la de acostumbrar á los lectores á la superficialidad de los estudios. Facilmente el lector, acostumbrado á esa lectura, recibe tedio de las labores prolijas de un estudio que exige atención sostenida, espíritu aguijado no por la curiosidad cuanto por amor á las luces de la verdad, y abnegación para seguir el encadenamiento lógico de los principios hasta hallarlos palpitanantes en la conclusión. Esta obra es propia sólo de quien, menospreciados pasajeros divertimientos, se halla penetrado de que la ciencia debe ser ocupación constante de la razón y no halago de ociosas fantasías. Quienes no saben qué hacer del alma cuando no la enredan en el laberinto de la novela, ó la llevan á saltos de una á otra fútil ocupación, estos sí encuentran placer en dedicar algunas horas diarias en revisar esas hojas destinadas á fomentar las más veces meras curiosidades callejeras.

Pero, prescindiendo aquí de ver al periodismo en su carácter literario y me fijo sólo en su carácter moral, tal como se presenta en nuestros días, carácter alarmante para la caridad cristiana.

La política y las noticias son el elemento principal de interés en los periódicos.

La política ¡tanto hemos desmejorado como ciudadanos! no es siempre la ciencia de la moral de la vida pública en el poder que gobierna y en la obediencia que fecundiza la acción de aquél, nó la ciencia de mandar paternalmente y obedecer con noble sumisión; sino el sistema de maquinaciones del magistrado contra el ciudadano y de éste contra aquél, el recurso de medrar con el egoísmo y de despreciar los más caros intereses individuales y sociales cuando son estorbo para el triunfo de pasión tan mezquina, pero tan poderosamente arraigada en el corazón humano. La política, degenerada de su primitiva dignidad, es el pecado público más funesto de nuestra época: cual ninguno multiplica el escándalo, imposibilita la sanción ¿qué sanción? El castigo de las indignidades de la política no se inflige á los que lo merecen: ellos medran, disfrazados, á veces, con los haberes lucrados en sus granjerías, con los honores tomados por asalto, y queda á un inocente, á la Patria, en perdurable reato de una culpa que no es suya, la sanción que, con un estado estacionario en el progreso moral y material, le impone la deslealtad de sus hijos.

Correspondiente á tal política es el periodismo político. Inquiero para los ciudadanos constituidos en dignidad, acíbar para los caídos, sin honradez ni mesura, extrema el elogio y la denigración, no como cuadro á los hechos sino á los intereses del partido y á los cálculos de la ambición. La faena tiene época determinada: un período administrativo dentro del cual es preciso aprovechar el buen tiempo del favor para sembrar y cosechar el negocio.

Las virtudes de la autoridad pública merecen ciertamente el aplauso de la prensa como un acatamiento debido á los derechos de la justicia; pero como acto de justicia y estímulo al bien, debería usar un estilo que no desdiga de tan nobles propósitos; pero nó. Leed los periódicos vendidos á los Gobiernos; la lisonja reviste las repugnantes formas de una adulación tan servil, que creeréis, y no estaréis en convicción errada, que los mismos lisonjeados recibirán con la risa en los labios esos destemplados gritos de alabanza.

Los desaciertos de la autoridad necesitan el correctivo de la opinión pública, como un aviso ilustrado para lo venidero y como una sanción respecto de los hechos que se juzgan. Mas la prensa de oposición suele lanzarse desahogada por el terreno de la difamación y el insulto, abriendo de este modo más hondos abismos entre la autoridad y el ciudadano, dando margen á aquella para agregar las violencias del resentimiento y de la venganza á las ineptias ó corrupción de su política.

Entretanto, por más que nos aflijamos al ver prostituída la conciencia pública con los escándalos de la mentira, vamos acos-

tumbrándonos sin sentirlo á la prostitución de esa conciencia expresada por el periodismo, y nos encontramos así como con un espectáculo natural, con el bien, víctima del insulto; y el mal, tema de apasionadas alabanzas.

Pero, sean ó nó políticos, tienen los periódicos otra mina de explotación diaria, las noticias, y entre ellas las de la sección de crónica. Una noticia, como un pensamiento cualquiera, debe darse al público con el debido discernimiento de lo que ella encierra, y puesta la mira en lo que deba ó pueda producir en la práctica. Las noticias, como conocimientos que se suministran, si no tienden á sólo el entretenimiento, han de dirigirse á instruir ó moralizar, sujetas como están á las leyes lógicas y morales que indeclinablemente rigen á la palabra humana.

Juzgad, puesta por criterio esta verdad, las generales crónica y noticias de los periódicos, y me justificaréis cuando digo que el periodismo ha venido á ser el órgano más universal, más eficaz y más disfrazado é hipócrita del escándalo moral.

El periodista tiene la obligación de llenar cierto número de columnas dentro de un plazo fátal. Después de remendar y zurcir pensamientos para la parte editorial, que así sale ella como se atropellan ideas al tesón de salir del aprieto, se pone á recorrer los sucesos acaecidos fuera ó en el lugar. En uno y otro caso lo único que procura es dar golpe: pase que lo haga, ó mejor, apláudase, cuando tiende á dar conocimiento de los adelantos de la ciencia é industria, de hechos históricos, de los de política contemporánea, &c., pero no cuando las caídas morales son el tema del aviso. ¿Hubo un escándalo romancesco en alguna parte? Allí está avisado en la sección de noticias, rodeado del prestigio de la novela, hipócritamente poetizado, cuando no desenfadamente aplaudido. ¿Ocurrió el hecho en el mismo lugar en que se escribe? Pues, á la malignidad de la publicación de esa desgracia, se aumenta la malignidad de entrejer antecedentes, circunstancias y resultados, que si son ciertos agravan publicamente la desgracia de la víctima; y si supuestos, sobre ese mal ajeno, reagran la responsabilidad de los cronistas noveladores, ante el juicio de Dios. No extrañéis esta palabra, amigos míos: por más que hablemos de literatura y crónicas, de Horacio y de Boileau, no podemos prescindir de la moral, ni evitar el encuentro con Dios. Sobre nuestro desconcierto, arriba de nuestro orgullo, está el Señor. Nuestros lectores más apasionados doblan nuestro periódico agotando, si queréis, el diccionario de la lisonja; pronto nos olvidan; talvez mañana nos desacreditarán. Una sola cosa es fija, intransigente, la responsabilidad que, como hombres, tenemos ante Dios; ya literatos, victimarios públicos de la caridad, ó bien, detractores privados que nos encruelecemos en la pena de nuestros hermanos.

¿Qué difícil es, amigos míos, para ciertos periodistas el ejer-

cicio de la caridad! La deben al autor y cómplices de los escándalos que se relatan y la deben también á los lectores. ¿Sabe el periodista quiénes serán sus lectores? El niño y la virgen están amenazados en su inocencia. "Tened piedad de las cabecitas rubias. No perdáis de vista la austeridad de un propósito moral en vuestras obras," decía Víctor Hugo.

La crónica diaria se llena con el relato minucioso de hechos que reclaman, cierto, la sanción de la ley, pero que las más veces exigen también el velo del pudor que los rescate. La honra de las familias, la inocencia, ó siquiera el miramiento que se debe tener á la sociedad, no valen nada ante el empeño de novelar los acontecimientos diarios. Se trata, en verdad, de hacer novelas: se agrupan circunstancias, se les da valor psicológico, se inventa algo, se suponen antecedentes y queda el hecho criminal, así como engalanado con los atractivos de la novela, desvirtuado de su propio valor en pro ó en contra de las víctimas ó autores del mal. Así va acostumbrándose la familia cristiana al escándalo de la crónica del crimen. Los periódicos son para ella peores que visitantes corruptores que acudiesen á su seno: la palabra de éstos podría acallarse por el respeto de la concurrencia, por la presencia del padre, en fin, por tantas otras circunstancias que concurrían en la conversación; el periódico tiene puertas francas; raras veces se encuentra padres de familias que pregunten al intruso respecto de sus antecedentes y condiciones, que lo despidan si es indigno. Ahí está de confidente de las niñas en el velador, de comensal en la mesa, de compañero en el paseo, relatóndoles la crónica de los escándalos públicos, nó vestidos con el traje del presidiario sino con las elegancias de la moda cortesana.

Nuestra tendencia á novelar es ya una manía. Vemos novela en los procesos criminales: hoy existe ya la *novela judicial*, especie de psicología poética de la pasión, comentario ó antítesis de las sentencias, propagación del escándalo ó fomento del espíritu subversivo de la sociedad. Hacemos novela de los actos presuntos del Poder, de las tendencias de la oposición, de los números del presupuesto, novelas en las que, con reticencias, trazamos el plan para que lo llene como quiera la fantasía de los lectores. "Consignamos los hechos: nos abstenemos de comentarios, no aseguramos la verdad de lo que se dice, &c." son fórmulas con que, algunas veces, cumplimos á medias con la caridad fraterna y con el empeño de dar ocupación á la malignidad de ciertos lectores.

Pero el periódico, sobre todo, el periódico de negocio, tiene sobre estas faltas otra más grave todavía: la de convertirse en palenque de innobles luchas y la de medrar con el resentimiento y la ira de los contendores, cuyos denuestos aparecen alternativamente estampados en la sección de remitidos. Infame granjería la que negocia con las ruinas de la caridad, con los sonrojos y

lágrimas de faltas talvez perdonadas por Dios, ignoradas de los hombres, pregonadas luégo por indignas polémicas personales cuyo fomento es el tanto por línea de escritura en las oficinas del periódico. Explicables son aquellas por el ardor de la ira; pero no lo es la sangre fría con que el empresario atiza la discordia y medra con la crueldad de la riña.

El periódico se ha hecho una entidad moral, una especie de ente de razón que, á favor de su vaguedad, escuda al periodista: como tal, éste se cree exonerado de los deberes morales; como tal, no tiene conciencia: difamación, escándalos, torpezas le serán imputables como á hombre; no lo serán como á periodista: ascender de la simple condición privada á la de escritor de periódico, es subirse arriba de las leyes morales, libertarse de su sanción, constituir un cruel despotismo sobre la sociedad, y reinar tranquilo en medio del desolador silencio que rodea á la conciencia pervertida, con un poder de perpetua intimidación, más funesto que el de las tempestades que preparan las nubes en los últimos días de verano.

Así, el periodismo viene siendo el pasaporte con que la infamia tiene entrada en la sociedad, y conquista tantos prosélitos cuantos son los lectores que, no respetándose á sí mismos, devoran el contenido de esas infames hojas que justifican el que Nadaud en su original canción de letra y música suya (*Le Bonhomme*), pusiese como uno de los goces de la vida honrada, tranquila, poética, junto á la contemplación de los bienes de la Providencia, el hallarse preservado de leer periódicos.

No creáis que condeno en absoluto el periodismo: género literario, si queréis, ó manifestación común de las impresiones del momento, especie de memorias de la sociedad, palabra humana, en fin, ¿cómo ha de ser maldecido por nosotros que reverenciamos la palabra como dón de Dios? Condeno la prostitución de la palabra, el alarde de esa prostitución, la propaganda de ella, la ofensa de los hombres y de Dios, por medio de la palabra, dón de amor concedido para la fraternidad de las almas entre sí, y para su común filiación con Dios. En esto coincidís conmigo, y si no lo hicierais, saldría desconsolado en este momento de en medio de vosotros, temeroso de veros reconcentrados en vuestra alma, maquinando unos contra otros, los que me escucháis reclinados en el pecho del amigo, hijos de un mismo Padre, alumnos de una misma escuela, la de la palabra, la del Verbo de Dios que es luz de nuestra inteligencia, amor de nuestro corazón.

¿El periodismo, literariamente considerado, es digno de vuestro preferente cultivo? Me atrevo á deciros que nó: lo que gana en actividad el periodista, lo pierde en profundidad. Las fechas del calendario le urgen para escribir y llenar sucesivamente esas columnas amenazantes del número que ha de venir; la urgencia de esa literatura de improvisación y superficialidad,

no da tiempo para el estudio, engaña con triunfos efímeros logrados en las calles, cafés y salones, y nos acostumbra á vivir mendigando pasajeros aplausos del vulgo de las letras á trueque de la insustancial alimentación de nuestro espíritu. Nuestra instrucción viene á ser tan raquífica como el desarrollo físico de los niños alimentados de confites: el periodismo como tarea exclusiva de escritura y estudio, traerá el raquitismo intelectual.

Escribid y leed periódicos, pero como obra secundaria y de puro solaz entre vuestras tareas intelectuales.

El periodismo es una especie de conversación con el público; dad pues al periodismo, cuando lo cultivéis como autores, el carácter noble de una culta conversación; y sed severos para rechazarlo de vuestro comercio cuando se aplebeye, temerosos de aplebeyar vuestros sentimientos y de fomentar, siquiera de un modo indirecto, la propaganda del mal. Acostumbraos, desde ahora, á ser severos con vosotros mismos, para que no lo sea más tarde vuestra conciencia de hombres al través de las fugitivas nieblas de la vanagloria literaria. Quisiera veros algunos años más, como en estos días, inclinados sobre las páginas de un libro en la soledad de vuestra habitación, aleccionandoos en el retiro, formando vuestro juicio, preparandoos fructuosamente para el servicio del Estado, y no recibiendo parabienes en calles y plazas por frivolidades echadas á volar en los periódicos. El alma que busca la sabiduría, vuestra alma, tiene ese pudor propio del niño que pasa á la adolescencia: guardad ese recato que preserva, esa timidez que embellece, ese retiro que fortifica. Dejad á los que se han lanzado á la arena de la publicidad: más tarde llegaréis á ella por fuerza, pero esta preservación de hoy os llevará sabios, fuertes y virtuosos á ese campo en que necesitaréis virtud y ciencia, para saber sufrir y lanzaros á nobles conquistas.

Decid, pensando en Dios, como decía Henrique Heine á los veinticuatro años de edad: "Déme Dios salud, y yo me encargo de lo demás"; pero decid también, confiando en lo por venir, y fortificados por la esperanza, lo que á los diez y siete años decía el angelical Ozanam:

"Mientras espere, tener paciencia, leer las novedades, sólo para saber lo que se hace, vivir encerrado, en cuanto sea posible, dentro de mi esfera individual, espaciarme á mis solas, estudiar mucho, y, entretanto, estarme fuera de la sociedad, para después poder entrar en ella de una manera más provechosa para la sociedad y para mí. . . . Nosotros estamos todavía muy verdes, no nos hallamos suficientemente nutridos por la savia vivificante de la ciencia, para poder ofrecer á la sociedad frutos sazonados. Apresurémonos; y mientras la tempestad se desencadene en lo elevado, engrandezcámonos á la sombra y en silencio, para poder encontrarnos después hombres cumplidos y llenos de vigor, cuando, pasados los días de transición, se tenga necesidad de nosotros." (1)

(1) "Cartas", á M. H. Fourtoul y M. H. . . .

sus jefas; en que os veo aislados de la sociedad, como está la división de reserva, respecto de la vanguardia que batalla.

Abriís vuestro libro de estudio, y; olvidad os de lo demás, os consagráis á devorar sus páginas, á guardar en la memoria las nociones que adquirís, á interesar á vuestras facultades afectivas en guardar el tesoro descubierto.

¿Qué ha ocurrido entre vosotros y ese libro, que así os veo serenar con gravedad ese semblante joven halagado por la risa, abstraeros en meditación, apagar el relampagueo de vuestras pupilas y reconcentrar su fuego álb íntimo de vuestras contemplaciones? Es que una alma ha atraído á otra alma; es que de esas páginas silenciosas y muertas ha surgido el poder de una inteligencia que pasó, pero que dejó huellas en esos caracteres que, más que signos, son revelaciones del alma. Os habéis comprendido, vosotros que buscáis y esa alma que os muestra lo encontrado en sus investigaciones.

Pero en ese encuentro ¿os dáis cuenta de las labores prolijas que representan esos caracteres trazados en vuestro libro de estudio?

Esos rasgos significan abstracción de las vulgaridades de la vida, doble sacrificio de una alma en el retraimiento de la inteligencia y en el del corazón, para arrastrarlos á las investigaciones de la verdad. Vuestro libro de estudio, debe ser pues, vuestro primer maestro, no tanto en la ciencia técnica que os da, como en la ciencia moral que os predica en cuanto á la disciplina de vuestra inteligencia.

Para elaborarlo hubo procedimientos que se ignoran, pero que fueron fruto de privaciones, por una parte, de perseverancia por otra; y entre todo ello, el alma estuvo consagrada á trabajos que no podían llegar al término ambicionado sino mediante el sometimiento á una especie de higiene, preservadora como tal, y cooperadora para la eficacia de la acción.

El alma, nacida para la verdad, vive investigándola. No preguntéis cuál sea esta verdad: en una ú otra forma, más ó menos velada por el sofisma,—en último término, el blanco de ese viaje constante de las facultades espirituales, es la verdad, que se traduce por conocimiento de la inteligencia y amor de la voluntad.

Hasta encontrarla, el procedimiento de su invención es laborioso, con viajes de exploración, avances, retrocesos, extravíos en los cuales, sólo un ánimo perseverante puede sostener los desfallos del espíritu que perégmina en pos de la verdad. Esa perseverancia del espíritu, ese recogimiento de sus facultades para impulsarlas en un sentido calculado,—constituye

yen el orden,—condición indispensable para las operaciones del entendimiento.

El orden no es sólo la disposición que, en conformidad con un sistema, observan las operaciones de la inteligencia; no es un capítulo de Lógica aplicada técnicamente. Antes que todo esto, el orden es la armonía de las facultades humanas. Hagamos esta armonía dentro de nosotros mismos, y estará creado el orden de nuestra vida de estudio, orden que subsistirá á despecho de causas extrañas que pretendan turbarlo. No las temamos;—mientras subsista esa armonía del espíritu, somos poderosos para avanzar en la vía progresiva de nuestro perfeccionamiento intelectual.

¿En qué consiste aquella armonía? Bonald completaba de este modo el pensamiento de un moralista:—“Los grandes pensamientos vienen del corazón,—ha dicho Vauvenargues.—Esta máxima es incompleta, añade; pues “debía haber agregado:—“las grandes y legítimas afecciones vienen de la razón”.

Como veis, el sabio filósofo, equilibra la dualidad del pensamiento y del afecto mediante su mutua compenetración.—Exceso de afecto, enmollecimiento del espíritu; exceso de razón, aridez de las facultades afectivas: el puro efecto, parálisis de la inteligencia;—el puro razonamiento, aridez de la vida social.—Es menester que el corazón y el entendimiento se auxilien y coexistan y aparezcan en tranquila unidad en el alma, como el calor y la luz reverberan simultáneos al través de los diáfanos cristales de una lámpara.

Por esto, la disciplina del espíritu comprende la del corazón y la del entendimiento.—Con frecuencia nos quejamos de la ineficacia de los conocimientos humanos, de la inutilidad de los sistemas de enseñanza, y hasta acabamos por maldecir la cultura intelectual como germen de tormentos ocultos que va apurando el alma á medida que más descubrimientos hace en el terreno de las investigaciones mentales. El secreto de estas desilusiones está en que hemos desequilibrado la armonía de nuestra alma, en que hemos hastiado á la inteligencia con el estudio; y hemos dejado al corazón, olvidado, inculto, dueño de afecciones sin gobierno y contradictorias con la ilustración de aquella.

Inteligencia culta pide corazón culto; inteligencia que sube al cielo en pos de la verdad, necesita que el corazón vaya tras ella, á calentarse en torno al foco que es luz para el conocimiento como calor para el afecto.

Empezad por la disciplina del corazón, y aunque no sean brillantes vuestros triunfos intelectuales, tendréis á lo menos aprendida la media ciencia de la vida.

Lo primero que tenemos que hacer para este aprendizaje es depurar nuestros afectos. Los llevamos activos, espontáneos,

pero si no nos curamos de gobernarlos, seremos bien pronto influidos de tal manera, que los avisos de la inteligencia no bastarán para contrarrestarlos. No quiero por esto que los ahoguemos; pretenderlo, sería proponerse desbaratar la obra de Dios. Amor é inteligencia, así brotamos de Dios; amor é inteligencia, vagamos por la vida; amor é inteligencia nos despedimos de ella con la última lágrima en que se funden el dolor de la despedida y la incertidumbre de lo advenidero para esa inteligencia y ese corazón cuyo mayor tormento sería conocer mucho y no poder amarlo.

Depurar el afecto es robustecerlo, porque así se lo reconcentra y avigora. No debo ocultaros que, para la depuración, es necesario un tanto el aislamiento del corazón.

Duro es esto para la juventud, pero necesario, si quiere lanzarse fuerte á las conquistas del porvenir; pues tanto se pierde en fortaleza cuanto el alma se entrega ciega á prodigalidades de afecciones: hay una especie de desgaste espiritual en esa imprudente generosidad de simpatías, y atraída el alma por las lisonjeras sugerencias de la vida afectiva, halla ingratas y áridas las especulaciones con que el entendimiento se adelanta á presentir que la verdad está lejos de estas contingencias queridas por el corazón.

Depurar el afecto es, además, prepararlo, robustecerlo para cuando un día requieran su plenitud las grandes empresas de la vida. Ese día llega, y ay del corazón que se encuentra árido! La inteligencia habrá perdido su auxiliar, la actividad de la vida estará troncada y se repetirá lo de Byron: "Huir de mí mismo, "he aquí lo único que me propongo al borrajear papel y echarlo á los vientos de la publicidad"—estéril y misantrópica ocupación de una alma enfermada por torbellinos de afectos desgobernados, de esos afectos para cuya nobleza quería Bonald que partiesen de la razón, no como un sentimiento—cálculo, sino como un sentimiento consciente, fortificado por la convicción de su propia valía, sentimiento vencedor, nunca vencido, en las luchas de la vida.

Mas, esa reconcentración preservadora del corazón necesita sus compensaciones, y os las brindará sobradas aquel estado de continuo esperar que caracteriza á la juventud.

¿Qué esperamos cuando jóvenes? No podríamos precisar la respuesta, pero esperamos mucho. Somos una especie de agoreros que nos adulamos con presentimientos embriagadores: hay regiones de luz delante de nuestra fantasía, firmamentos sin límites para el vuelo, astros desconocidos que saldrán á nuestro paso, música de armonía inefable, una segunda creación que acudirá con toda su magnificencia á la soñada esfera en que terminaremos nuestra bienhadada peregrinación. Esto soñamos, sentados en un banco de colegio, en las treguas que damos á la lección diaria; esto soñáis todavía vosotros, amigos míos. Pensáis

en lo por venir, os halaga su presentimiento, y aunque no podáis precisar vuestra biografía de mañana, ya os enorgulleceis con ella: hacéis bien, el porvenir es vuestro: hacéis bien, sois dueños de vuestra propia suerte; podéis ser en estos días los creadores, no sólo de vuestra historia individual, sino de una honrosa historia de la Patria.

Bien hacéis en esperar: juventud sin esperanzas, sería la paralización de la historia. Si no esperarais, en este momento me volvería á la generación que se va, para llorar su despedida, en vez de acudir como acudo ante vosotros para saludaros en nombre de vuestros profesores que, al irse, os confían el porvenir del Ecuador,

La esperanza da aliento al corazón para empresas generosas, y viene en auxilio del alma cuando el frío cálculo la pone temerosa del mal éxito: el corazón se encarga, amigos míos, de los oficios solícitos del amor cuando el espíritu desfallece; es Eneas que combate y salva sobre los fatigados hombros al progenitor de una raza predestinada.

Mas, necesaria como es, la esperanza si no se la educa puede malograr su bienhechora influencia. La buena esperanza es la que aguarda paciente, la que no se deja vencer por la lisonja de efímeros triunfos, la que no se precipita la salida al campo de acción antes de haber fortificado la voluntad.—"Saber esperar, decía de Maistre,—he aquí el secreto del buen éxito":—y el genio mismo ¿qué es? Contéstelo Buffon:—"El genio es la esperanza".

Cada día de espera es un grado más de fortaleza; al propio tiempo que es un paso menos de los que tenemos de dar para acercarnos al término.

Depuración del afecto, esperanza, aliento.—Ya tiene la inteligencia auxiliares poderosos ¿Le bastará esto sólo?

De ninguna manera.

Parto ya de que á la elección que hicisteis de vuestra profesión ha presidido el espíritu ilustrado y justo que debe presidirla. Si bien al elegir vuestra carrera hicisteis uso de un derecho, no olvidasteis que preparabais vuestros deberes.

Visteis los elementos de que ibais á disponer, los apropiasteis con espíritu libre, y trazado de antemano el sendero por donde iríais, entró en vuestra determinación el cumplimiento de los deberes que ella implicaba. Sabéis que la sociedad que os ha franqueado estas puertas, que os ha congregado aquí y que os espera mañana, tiene derechos de los que vuestra lealtad no puede defraudarle. Nadie os tomará cuenta aquí de vuestra infidelidad: no hay código que legisle sobre la nobleza é hidalguía del alma. Pero ahí está vuestra conciencia, juez inexorable que os juzga ante vosotros mismos.

Considerándoos, pues, aleccionados con la enseñanza de es-

tas ideas, creo que os será fácil reglar la disciplina de vuestra inteligencia.

El componente complementario que, para la armonía de la vida, se une al efecto, es el entendimiento,—guía que investiga, en tanto que el corazón le sostiene, le impulsa y da vigor. Las investigaciones de la inteligencia tienen, como condiciones indispensables,—el método y la unidad.

La lógica os enseñará los caracteres del método y los hallaréis en vuestros mismos textos, mientras me limito á ver en él, tan sólo el que se refiere á vuestros estudios particulares, á aquellos que hacéis como un descanso de las obligadas tareas escolares.

La anarquía acostumbrada en esta materia es la que desvirtúa el poder de inteligencias destinadas, de otro modo, á dar frutos que por ella se ahogan antes de sazón. Se consume sin discreción, y la producción es raquífica; se lee sin concierto, y se confunden las ideas en la inteligencia como el polvo en un rayo de luz. Fiebre de devorar superficiales lecturas y de denunciar la improvisada erudición en un rato de charla ó en un artículo de periódico, no es el mejor síntoma de una buena carrera literaria, ni lo es, en mi concepto (talvez equivocado) el empeño de acelerar la salida ante el público, con periódicos efímeros, órgano de impresiones y lecturas del momento. El periodismo en calidad de ocupación exclusiva, y como artículo de consumo en la economía de la inteligencia, es peligroso para la vida intelectual, porque no la nutre: como producción exclusiva,—signo de poca fuerza de aplicación.

El empeño del enciclopedismo es otro escollo para la juventud. Edad inquieta, pocas veces es propicia para la continuación de labores exclusivos: como la vida social misma es para el joven un mosaico que se trabaja diariamente, participa de igual carácter de versatilidad la vida intelectual. El tesón de los triunfos momentáneos, nos lleva á echarnos á caza de nociones dispersas. ¿Qué ganamos? El hábito de la superficialidad, y el dolor tardío que luego tendremos de haber desperdiciado en niñerías un tiempo que de nosotros habría hecho hombres útiles para la sociedad.

No olvidemos que la juventud es la preparación de la vida. Luz pedía Ajax para combatir: en plena luz está el joven; y si no triunfa con ella, no cuente con la victoria cuando vengan las sombras de la tarde.—Los quehaceres de la vida práctica; el mismo hábito de la futilidad de ocupaciones acostumbrada en la primera edad,—harán muy difícil la instauración de la vida literaria, sin contar, amigos míos, con que el carácter habrá llegado á participar de la misma versátil insustancialidad de nuestros estudios, y menoscabada la perfección del carácter, habremos menoscabado la perfección y belleza de la vida moral.

El desorden trae la difusión de los conocimientos intelectuales;—se adquieren noticias diversas que no pueden constituir el vigor de la inteligencia sino la insustancialidad de una especie de índice descarnado é inconexo. La unidad del estudio nace de su preparación gradual y de su acción continua dentro de un círculo homogéneo: de este modo llega á poseer el hombre de estudio un itinerario cierto en el orden de sus conocimientos, y en cada uno de ellos la lúcida conciencia de la verdad, y una norma segura y eficaz para la acción.

La vida intelectual es vida de sacrificio, ciertamente. Eso de cerrar el paso á nuestra curiosidad y circunscribir la tarea á profundizar una materia, es obra que requiere dominio sobre nosotros mismos. Hay ocasiones en que el estudio, por más que sea grata ocupación del alma, nos fatiga, y necesitamos esforzarnos para continuarlo: al fin, el estudio es trabajo humano, y lleva consigo el peso de dolor que grava los actos del hombre.

Nosotros que vivimos de esperanzas, consolémonos con una inefable consolación:—tras esta penosa ciencia humana, apagado este cuchicheo de voces que, desde el principio del mundo, viene hablando revelaciones dispersas de una ciencia apenas adivinada, en el silencio de una arrobada contemplación, entenderemos lo hoy ininteligible, y amarémos, de modo que el amor y el conocimiento se fundan en uno, y perdamos ya, inebriados, la facultad de esperar; porque la esperanza acaba donde empieza Dios.

Yo, amigos míos, creo en Dios como vosotros, y por esto os cito para ante Él; y he mentado su santo nombre, porque creo que, después del varón justo, á nadie puede hablarse de Dios con más congruencia, como al hombre que lleva vida intelectual, vida en la que cada idea suscita á Dios como origen, y arrastra á Dios como á término de las ansiedades del espíritu.

Entretanto, no olvidemos que aun vagamos en campos ingratos que no siempre nos darán ni aun lo que sembramos.

La vida es sacrificio para ser preparación; labor sobre nosotros mismos; peligrosa ciencia de amor y conocimiento, en la que tenemos el corazón y á la inteligencia como perpetuos rebeldes aprendices. Recibamos la vida como nos es deparada, y pongamos en ella los medios que, para que la hagamos racional, nos ha dado el Cielo.

Vuestra es la preparación de vuestra suerte y la de la Patria, os lo repetiré. Ninguno de vosotros tiene derecho á creer que no está llamado á algún gran designio providencial en la vida. No sabéis cuál sea, pero debéis estar listos para cumplirlo y responder á Dios cuando Él os llame para sus obras. Los días son breves dones que hay que aprovechar con presteza y agradecimiento. Aprovechadlos para la perfección y embellecimiento de vuestro corazón y de vuestra inteligencia, gratísima tarea en

esta vida en que tantas vulgaridades y tantos crímenes afligen á nuestro espíritu naturalmente noble como venido de Dios.

Pereunt et imputantur,—“pasan fugaces y os serán tomadas en cuenta”—es la inscripción que tiene el reloj de un Colegio de Oxford,—hermoso aviso puesto para lectura de los jóvenes, que juegan con las horas como un niño con flores, cuyo perfume goza, cuyos pétalos deshojados estruja con indolencia, porque juzga que son inmortales los jardines por donde discurre.

Pereunt et imputantur, es también la voz con que os saludo, amigos míos, al despedirme de vosotros en esta hora en que dáis principio á las tareas del presente curso escolar. Dios haga que, al clausurarlo otra vez, os gocéis en lo secreto de vuestra conciencia porque en algunas de esas horas hubieséis logrado un generoso triunfo sobre vuestro corazón, hubieséis atesorado una noble idea para vuestra inteligencia.

(1) Discurso pronunciado en la apertura del curso escolar de la Universidad de Quito el 12 de Octubre de 1888.

ANTE EL TUMULO DE LAMAR

EN EL CEMENTERIO DE LIMA.

POESIA POLITICA.

Culto rendido á la verdad, indeclinable rectitud de juicio, señorío sobre los sentimientos de aprecio ú odio, esto debe constituir la base moral de la poesía política.

¿La historia es enseñanza? Pues entonces la poesía que acuda á ella, contribuya á propagar las lecciones que dejan los hechos. Aun las leyes deberían prohibir la poesía que falseara la verdad histórica.

En “Los Ecos del Destierro” del autor corre el romance que se reproduce á continuación, romance en el que cree el autor no haber falseado la verdad histórica respecto del General Lamar.

A poco tiempo de publicados estos versos, el erudito Sr. A. B. C. sostuvo una discusión sobre que el autor había sido cruel con el General Lamar, discusión en la que el autor de estas líneas, desvestido de todo odio político, pues, gracias á Dios, no lo abriga, no hizo sino decir que fué traidor al desventurado Mariscal.

Dos razones le llevaron á contestar al Sr. A. B. C. La cortesía y respeto que justamente le debe el autor, y además, un fin moral:—esclarecer los hechos para que, puestos en su propio lugar, pueda nuestra juventud, admiradora apasionada de nuestros heroes, discernir, en uno de ellos, de la luz, las sombras que oscurecen su reputación, y acostumbrarse así á anteponer la justicia á los arrebatos del entusiasmo.

El amor á la Patria, bendito sentimiento que brota uno de los primeros en el corazón del joven, necesita, ante todo, que el espíritu de justicia se imponga á los arrebatos de la fantasía, á fin de que, sin deslumbrarse por los sofismas de glorias inseguras, comprenda el patriotismo tal como es,—sacrificio y sólo sacrificio ante el deber.

Por este motivo, el autor no juzga fuera de lugar en esta colección en que ha puesto algunos de sus estudios sobre puntos de arte y moral en sus mutuas relaciones, el escrito que sigue, en el que, con la historia y la justicia, explica la razón de una de sus poesías.

ANTE EL TUMULO DE LAMAR

EN EL CEMENTERIO DE LIMA.

EN mi patria, que es la tuya,
Hay una llanura inmensa
De esmeralda revestida
En perenne primavera.

Sentado en bases de mármol,
Del valle la entrada cierra
El PORTETE, de la Patria
Invencible centinela,
¿Recuerdas?... ¡Ah! bien lo sabes,
Que del Tarqui en la pradera
Del invasor el caballo
No ha pacido aún la yerba...
Que el sacro monte aquel día
Miró al Norte, y viendo á Cuenca
En cuyas torres flameaba
La Colombiana bandera,
Y viendo al Sur tus pendones
Enarbolados contra ella,
¡Hijo ingrato! te abrió tumba
Del Sur en las hondas breñas!...

Grande te llama la historia,
Y el mármol á tu grandeza.
Rinde un ambiguo tributo
En una playa extranjera.

Como en un jardín brillaran
Entra la grama las perlas,
Tal minas de mármol lucen
Del PORTETE entre las selvas.
Venga al suelo el árduo monte:
Antes que te dé una piedra
Que rinda gloria á tu nombre,
Que nuestro rubor encienda.
Páguete con monumentos
El señor por quien tu diestra
Con el parricida acero
Armaste en hora funesta.
¡Duerme en paz!... ¡Dios te perdone!
Duerme en paz!... ¡Calle mi lengua!.....

EL GENERAL LAMAR.

Primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro sér; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación: los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas: allí fué el teatro de nuestra inocencia; de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones, y de cuanto nos ha formado.—¿Qué títulos más sagrados al amor y á la consagración?—Sí, General, sirvamos á la patria nativa, y, después de este deber, coloquemos los demás. Usted y yo no tendremos de qué arrepentirnos si así lo hacemos.....

BOLÍVAR, carta al General Santa-Cruz (Popayan, 26 de Octubre de 1826).

I

Sensible me es entrar en una discusión relativa á juzgar á un muerto. Mas, pensando que, cuando el juicio se refiere á la vida pública de hombres que han pasado á la historia, el juzgamiento no implica los odiosos caracteres de la murmuración sobre la vida privada, he creído que discutir sobre los hechos de la vida política, es contribuir con datos para el fallo que la posteridad ha de pronunciar sobre los personajes históricos. Este fallo debe pronunciarse, porque así es como aparece la moral de la historia. ¿Esta es ejemplo, lección, enseñanza? Pues, júzguense los hechos, paralelos con las leyes morales, para que así en los capítulos de historia, haya doctrina y no mera aglomeración cronológica de sucesos descarnados de apreciaciones trascendentales á la conciencia humana.

Por esto, no creí faltar á ningún deber al escribir á la memoria del cuencano D. José de Lamar los versos que se regis-

tran en mis *Ecos del Destierro*, ni, especialmente, reñir con las prescripciones de la justicia al condenarle como á traidor á su patria, por el hecho de haberla invadido á la cabeza de un ejército extranjero.

Mas, publicados esos versos, el Sr. A. B. C. me inculpa de haber infamado la memoria del célebre Presidente del Perú. ¿Le quito acaso fama asentada en un universal juicio favorable sobre su conducta política? ¿Soy yo el primero en imputarle deslealtad? ¿No habla el mismo Sr. A. B. C. de la *vieja y desacreditada imputación colombiana*? Si se entiende que mis versos, produzcan en algún lector el efecto de rebajar las consideraciones con que se pretenda acatar como á grande é inmaculada la gloria de Lamar, esto no trato de impedirlo, por lo mismo que creo no haber, con mi opinión, faltado á la justicia.

Como cuencano, no he hecho sino proclamar que mi compatriota era indigno de honores que le tributase mi país; que si adquirió méritos ante los extraños, era justo que éstos se los pagasen con un monumento, mas no que los nuestros acompañasen al coro de voces con que algunos tratan de cantarle alabanzas. Al asentar estas aseveraciones, no hablaba yo olvidado de la historia: era élla la que me apoyaba en mi juicio, y, por lo mismo, me creía á cubierto de que llegara á serme imputable la indigna tarea de quitar fama á quien la hubiese tenido asentada en in-conmovible cimiento.

El Sr. A. B. C. me moteja como á muy *colombiano*, cuando escribí lo que motiva esta discusión. No puedo negarlo: si Colombia la Grande fué la patria de venezolanos, neo-granadinos y ecuatorianos, lo es también hoy, aunque no sea sino la patria del recuerdo; aunque, divididas por fronteras nuevas, como campo repartido después de la muerte de su dueño, hayan resultado tres Naciones, no obstante no somos sino individuos de una misma familia. Nuestro pasado es úno, esas glorias son glorias domésticas de cada cual de éllas. Nos cobija el mismo pabellón tricolor; bajo sus pliegues y sobre nuestras rencillas y quimeras, parece que flota un ambiente al que no llega el humo de nuestros combates, el ambiente de ayer, el que oreó las sienes de los vencedores de Carabobo, Junín, Ayacucho, el ambiente que respiró la joven Colombia vividora de tan corta pero gloriosa vida. Lejos de avergonzarme de ser *colombiano* de este modo, me glorío de mi linaje. Sería mal ecuatoriano si me avergonzara de ser ciudadano de esa gran República moral, la Colombia de Bolívar; y, ciñéndome más á mi domicilio, no sería buen cuencano si sólo, á título de mal entendidos deberes de paisanaje, pretendiese reclamar como á cabal gloria de mi suelo á Don José de Lamar, y cantar himnos de alabanza al que, si fué gran general galardonado por tres Naciones, fué mal hijo para con Cuenca, su humilde madre.

Estaba yo lejos de mi patria, entregado á merced de esas múltiples y vivas impresiones de la nostalgia, cuando en el cementerio de Lima me encontré con el túmulo elevado por la munificencia de un pueblo á uno de sus magistrados.

Al encontrar allí el nombre de Lamar, me acordé de mi suelo natal: Lamar nació donde yo nací. El desterrado se encontraba en presencia de esos restos proscritos también. ¡Pobre Mariscal! Muerto en país que no era ni el nativo ni el de adopción, á lo único que alcanzó fué á que el último le diese un palmo de tierra señalado con un pedazo de piedra: dió su nombre á un puerto del Pacífico, y sigue llamándose Cobija el que ayer fué puerto La mar: nació en Cuenca, y la ciudad natal no le proclama entre sus glorias, y se empeña en sólo hacer cincelar mármoles para los vencedores del hijo ingrato. Me parece que este olvido, este silencio son una sanción de la posteridad.

En cambio, una Nación generosa había premiado con ese monumento una vida pública que le fué consagrada. Si así había pagado el Perú al conductor de sus huestes aquende el Macará, mi patriotismo, mi *colombianismo*, no podían dejarme espectador impasible ante el sepulcro del derrotado en las puertas de su patria.

Si todos los días de mi destierro me ocupaban pensamientos de la patria, el día aquél me acordé más de ella. Mi amor subió de punto al ver esas piedras hacinadas sobre las cenizas del invasor. Maldije la invasión, execré la ingratitud. ¿Mas, me excedí en los términos, hay algún insulto que desdiga del lenguaje cortés que debemos á los hombres vivos ó muertos, grandes ó pequeños? La moral no tiene lenguaje acomodaticio, como la lisonja ó la calumnia.

Llamé ingrato y traidor á Lamar: creo que lo hechos lo patentizan.

II

ANTECEDENTES.

Justifica A. B. C. la guerra del Perú contra Colombia, ó mejor, de Lamar contra su patria, porque Lamar fué provocado por los manejos ocultos de jefes colombianos. Esto merece explicación, pues, si no, podía creerse que ellos no venían desempeñando por esa época otro papel que el de hipócritas azuzadores de contiendas.

Admitida en Bolivia la Constitución de Bolívar, los colegios electorales favorecieron á Sucre concediéndole el carácter de Presidente vitalicio. Sucre no se dejó engañar por el entusiasmo

de esos pueblos, y cuando la ambición de otro que no fuera él, apeteciera conservar tan distinguido cargo, Sucre no se comprometió á desempeñarlo sino hasta el año 28: sabía bien la inconstancia de las pasiones populares.

En el Perú se trataba entonces de la Federación Boliviana, y aun más, cincuenta y ocho provincias estuvieron por la adopción de la Constitución de Bolivia, y el 8 de Diciembre fué publicada, y jurada el 9, en conmemoración de la batalla de Ayacucho. ¿Hubo imposición tiránica del nuevo código? Respondió el Congreso que proclamaba "que el proyecto sometido á la sanción popular era la Ley fundamental del Estado, y que S. E. el Libertador Simón Bolívar era el Presidente vitalicio de la República, bajo el hermoso título de Padre y Libertador del Perú, que le dió la gratitud del Congreso".

La dominación de los extranjeros, las ambiciones y rivalidades de partidos, las ideas republicanas defraudadas en sus esperanzas por algunos artículos de la Constitución boliviana, imprudentemente sancionada para un pueblo que no podía soportarla, fueron causa de que una sorda mina fuese extendiéndose bajo el poder colombiano. En vano el General Lara quiso retirar del Perú á sus soldados. Le estaba reservado presenciarse la deslealtad de algunos de sus jefes, seducidos por las arterias de miserables ambiciones, y después salir expulsado del Perú.

Luégo se alegó que la Constitución boliviana fué impuesta por la fuerza; y se convocó un Congreso Constituyente. Los desleales de la Tercera División Colombiana doraron su infidelidad con el pretexto de sostener, en vez de la boliviana, la Constitución de Colombia: se mentaba aún por los traidores algo que, en lo ostensible siquiera, atenuase su traición; en tanto que el tenebroso Santander, discernía desde Bogotá "coronas cívicas á los ciudadanos que habían salvado las libertades nacionales" á Bustamante y los suyos que "cubrían de indeleble infamia la gloria antes adquirida por el ejército de Colombia en los campos del Perú". Al Perú le urgía deshacerse de la División Colombiana, y se aceleró por su Gobierno la salida de ese cuerpo revolucionado hácia Colombia, cuyo Vicepresidente Santander acababa de aprobar el *civismo* de los traidores, y agriar el ánimo del Libertador con semejante deslealtad.

Lo menos malo que podía resultar de esa salida de la Tercera División á Colombia, era llevar el germen revolucionario á esa República, trabajada ya por las divisiones de la ambición. Pero lo más grave es que se ha acusado á Bustamante de haberse comprometido á entregar al Perú los Departamentos de Guayaquil y el Azuay. El Ministro Peruano Sr. Villa, (marzo 21) en la Memoria que presentó al Gobierno de Colombia sobre los cargos hechos al Perú, en nota de 3 de marzo de 1828, dice, desvaneciendo ese cargo de la Secretaría de Relaciones Exte-

riores de Bogotá: "La declaración de Bustamante fué dada cuando él estaba en prisión. Luégo que se halló en libertad en Guayaquil, dió á luz por medio de la imprenta la retractación, cuya copia se acompaña señalada con el número 8. En ella expresa la falsedad de lo que había declarado y los medios de que se valió el Sr. General Torres, para arrancarle la declaración."

He aquí lo que dice Bustamante: "Todos saben que, por una reacción ejecutada en la ciudad de Cuenca, fuí aprisionado y entregado inmediatamente al Sr. General Torres, Intendente de aquel Departamento. Antes de mi llegada, se rugía asertivamente en esos pueblos que el Perú me había ofrecido 500,000 pesos porque desmembrase á Colombia el Departamento de Guayaquil, ó todos los del Sur, y lo agregase á quella República. El General Torres me lo preguntó en conversación, y yo, queriendo convertir en mi favor el mismo engaño, corroborando con apariencia de franqueza aquella impostura, que no dudaba emanase de los del partido de oposición, le respondí: que era cierto, pero altamente despreciado, porque yo no me vendía, ni la división toda pensaba jamás en atacar la integridad de la República." Poco después, como se recelase la separación de Guayaquil de la integridad colombiana, Bustamante fué comisionado para ir á custodiar esa plaza poseida por los revolucionarios; pero antes los Generales Torres y Flores pidieron que Bustamante se ratificase en la declaración anterior. Dejémosle que él lo refiera: "Pronto ya para marchar se me exige la expedida declaración, señalándome los puntos á que debiera contraerme. Llamé entonces al General Torres, y le hice ver que era falso el ofrecimiento del Perú, manifestándole la intención que tuve cuando en conversación le manifesté ser efectiva; pero él con falaces reflexiones me exigió que lo afirmase, pues ya Flores lo creía, y mi negativa indicaba una adhesión al Perú, cuya presunción bastaría para romper el pacto que habíamos celebrado, y remitirme á S. E. el General Bolívar". (Guayaquil, *Imprenta de la ciudad* por M. I. Murillo.—Agosto 29 de 1927. (*))

Como el Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia asentara que esta retractación de Bustamante no obstaba á la primera declaración, el Señor Villa expresó: "Si se dijieran las razones, *por qué no obsta esa postrera retractación*, sería fácil rebatirla; pero, no alegándose ninguna, nos basta referirnos á lo que llevamos dicho, y hacemos demasiado; porque, para combatir una proposición *absoluta* y desnuda de fundamentos, bastaría otra de la misma naturaleza".

Mas, para apreciar el valor de la retractación, es conveniente narrar el rumbo de los acontecimientos posteriores á la trai-

(*) Véase "Documentos históricos del Perú" de D. M. Odrizola, t. 8, pág. 76.

ción de la Tercera División, y á su salida intempestiva á los puertos colombianos, sin órdenes de su Gobierno.

Noticiadas en Marzo las autoridades colombianas del arribo de esa División, se aprestaron á la defensa, en tanto que los Coroneles Mosquera y Vicente González iban comisionados para entenderse con los jefes de ella, que pretendían atenuar su traición con el pretexto de libertar á los Departamentos del Sur, de la dictadura de Bolívar. No dieron con Bustamante, porque invadió el territorio colombiano por Loja, y aunque, al entenderse con los jefes que con una división habían desembarcado en Manabí, les dijeron que el país estaba regido por el orden constitucional, ellos insistieron en negarlo. Lo que siguió á esto es bien sabido: ganada la tropa existente en Guayaquil por los corresponsales de los jefes invasores, se declaró revolucionada esa ciudad.

Lamar se hallaba entonces en ella, "próximo á seguir á Lima como Diputado al Congreso" y fué aclamado (16 de Abril de 1827) Jefe Civil y Militar del Departamento, "Llamado á la sala de la sesión, dice Restrepo, después de haber arengado al pueblo dándole gracias por el honor que le hacía, se excusó de admitir el destino, diciendo,—que expresaría las razones á la Municipalidad, luégo que se retirara el pueblo". Hízolo así, y aunque ignoramos los motivos alegados, suponemos sería el principal, que era General Peruano y no debía mezclarse en las revueltas de Colombia". A la postre, cualquiera que haya sido la razón en que ahincaba Lamar, se hizo cargo del puesto, y prestó su juramento.

Detengámonos. ¿Qué juró el *General Peruano* al encargarse del Gobierno del *Departamento Colombiano*? Sensible es no poseer el acta de la Municipalidad, relativa á este punto. Entiendo que juraría por el orden constitucional de Colombia, ya que tal fué el programa de la invasión, ya que así se sostenía, ya que se mantenía correspondencia con el Gobierno de Bogotá. Mas, dejemos para después las consideraciones á que da pie este juramento de Don José de Lamar.

Entretanto, Bustamante, no encontrando resistencia en la desguarnecida Cuenca, la ocupó el 25 de Abril. Bustamante, corifeo de la sublevación contra la *tiranía* de Bolívar, no tendría otra mira que la pretendida restauración constitucional, y la de seguir sublevando las provincias ecuatorianas. Por felicidad, Flores colocado en Riobamba, se encontró con el Capitán Bravo, comisionado de Bustamante. Bravo, informado de las tendencias de éste, va á Cuenca, y, ratificados por la realidad los avisos de Flores, reconviene á Bustamante, quien, en cambio, le pone en prisión. El 5 de Mayo, burla la vigilancia de Bustamante, y se adueña de las fuerzas, y la ciudad oye vitorear, por fin al Padre de Colombia.

Después de esto, cuando ya Bustamante estaba apresado por el General Torres, Flores envió á Guayaquil al primero, para ver si, por su medio, se lograba que los revolucionarios de Guayaquil volviesen sobre sus pasos. Nada se consiguió: el Bustamante de Guayaquil continuó siendo el Bustamante de Lima.

¿Cuándo publicó Bustamante su retractación? En Agosto de 1827 en Guayaquil, y en Lima la expuso al Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, el 4 de Octubre del mismo año, esto es, cuando estaba libre del poder de Torres y Flores, cuando él tenía en su apoyo á sus compañeros, cuando éstos estaban tan envalentonados y firmes en sus intentos parricidas, que pretendieron, poco después (del 9 al 11 de Setiembre) la anexión de Guayaquil al Perú, fracasada felizmente en el mismo mes, sobre todo, con el Gobierno que se estableció de autoridades genuinamente colombianas.

El 24 de Julio había salido Lamar de Guayaquil, dejando ese Gobierno, para ir á encargarse de la Presidencia del Perú á que se le llamaba. Fué del teatro de acontecimientos que probaban elocuentemente que los Departamentos colombianos del Sur, ó mejor, Guayaquil estaba impregnado del germen revolucionario traído por la corrompida Tercera División, y en aptitud de ser arrancado á Colombia, favorecida la empresa por la simpatía de esa ciudad con el Perú. El General *peruano* durante su gobernación en el Departamento *colombiano*, conoció que en esa sección podrían prosperar sus miras ambiciosas en favor de la Nación que, en mala hora, le llamaba á gobernarla, á ¡adelante! desde lo alto del puesto á que se levantaba y al que había llevado perfecto conocimiento de la situación del Departamento colombiano, iba á espirar el momento favorable á la empresa de la guerra, á favor de pretextos de tan inmoral condición como aquellos que, según se verá oportunamente, se apoyaban en motivos que el Derecho Internacional condena.

Con todos estos antecedentes, con las dificultades diplomáticas entre las dos Naciones, dificultades suscitadas por resentimientos á que fomentaban manejos irregulares del Perú, con la elevación, sobre todo, de Lamar al Poder Supremo de esa Nación, no sólo era natural que los jefes colombianos preparasen planes para la campaña más que probable, sino que el no hacerlo, les habría impuesto gravísima responsabilidad ante la Patria.

III

LAMAR Y LOS JEFES COLOMBIANOS.

"Ahora más que nunca podemos asegurar, con documentos concluyentes, que la guerra con el Perú, no fué provocada por

aquella República sino por ciertos Generales de Colombia, en virtud de intrigas y maniobras que el honrado y pundonoroso Lamar no debía ignorar. Poco después de haber ido á Lima á hacerse cargo del Gobierno, y mucho antes de que fuera enviado á Bogotá el Ministro peruano Villa, no se pensaba en el Sur de Colombia en otra cosa que en invadir al Perú con tal ó cual pretexto, con éste ó aquél interés", dice mi honorable contradictor.

Muy cierto es que Lamar no podía ignorar que los soldados colombianos estaban en guardia contra el Perú después de los acontecimientos relacionados con la sublevación de la Tercera División, de lo aseverado por Bustamante, del pronunciamiento de Guayaquil y de la aquiescencia del Vicepresidente Santander á la inmoral y disociadora empresa de la dicha Tercera División. Resentimientos del Perú contra Colombia, y en Colombia el germen revolucionario en los cuarteles, conexión con la excitación del Perú y guardado, si no fomentado, por Santander, ¿no eran causa justificativa de la alarma que debía cundir en el Sur de Colombia y de los preparativos para la guerra?

Examinemos la conducta de los jefes colombianos y la de Lamar con relación al Perú y á Colombia. Próximas á romperse las hostilidades entre las dos Repúblicas, cada cual tenía derecho á preparar el campo para el triunfo; pero las medidas empleadas por los colombianos distaban en dignidad de las empleadas por Lamar. Flores, en las cartas que copia el Señor A. B. C., prepara un plan de campaña contando con los colombianos, favorecido por las posiciones de su ejército al Sur y Norte del Perú: y sólo una vez habla de instrucciones dadas á un colombiano sobre algún *sacudimiento que pudiera tener lugar en Lima*; ni esto tendría por justo, dado caso que se tratara de encender la discordia, ni los planes apoyados en la conveniencia de Colombia para fijar el *sello de la estabilidad de los Gobiernos* haciendo de una Nación independiente el obligado punto de los *grandes depósitos militares* con el apoyo de los colombianos allí estacionados.

Flores no trata de comprar con malas artes á los peruanos: sabía cuánto había ofendido de ese modo el espíritu nacional; Flores prepara la campaña afuera, pero Lamar fomenta la traición persuadiendo á ello á los colombianos, pretendiendo mezclarse en los asuntos domésticos de Colombia, traer al suelo el gobierno del Libertador, y extender su mano protectora á una Nación que no la necesitaba. Flores pára golpes á la sorpresa del Presidente Peruano: examina y dispone los medios de la campaña: representa á Colombia que espera la violación del territorio. Lamar, gobernante en Guayaquil y gobernante en el Perú, trata de prevalerse de los movimientos domésticos de Co-

lombia. Ahí están, para probarlo, sus proclamas de Gonzanamá, y la de Zaraguro, de 3 de Febrero de 1829. ¿Quiere verse una prueba más clara de la torcida moral en la guerra, profesada por Lamar, y que afirma el concepto expuesto de los medios de que se valía para minar antes el gobierno de Colombia, y triunfar luégo sobre élla? Aquí está.

Desde Cuenca le escribió Sucre invitándole á conciliar los contrapuestos intereses de los dos ejércitos: "Siguiendo el primer impulso de mi corazón de ahorrar la sangre americana próxima á derramarse en la presente campaña, invierto mis oficios, para evitar que los soldados que á mis órdenes pelearon por la independencia, empleen sus armas para destruirse recíprocamente, y dar este triunfo al enemigo común. Generoso por carácter, olvidado mis agravios personales cuando media la causa pública, y en lugar de venganzas y de los estragos de la guerra, ofrezco al Gobierno Peruano la concordia entre los dos pueblos". (Enero 28 de 1829).

Y cuando en consecuencia, O'Leary, el comisionado de Colombia, extendió (Oña, 3 de Febrero de 1829) las bases para negociar la paz, puso en la cláusula 6ª: "Ninguna de las dos Repúblicas tiene derecho de intervenir en la forma de gobierno de la otra ni en sus negocios domésticos". He aquí que los Generales colombianos azuzadores de la guerra, los ayudantes del tirano para esclavizar al Perú, proponían ellos primero la prescindencia más absoluta respecto de los negocios domésticos de una y otra Nación. ¿Qué contestó Lamar?: "Aunque el Perú no se atribuye el derecho de intervenir en los asuntos interiores de otros Estados, tampoco desconoce ni desconocerá cualquiera hombre sensato el que tiene para valerse de *cuantas circunstancias crea que puedan serle favorables en contra de un gobierno con el cual se halla en guerra*. Esto es lo que sucede en el día con el descontento tan general como justo que muy claramente se nota en todo el pueblo colombiano respecto de su actual administración. El Perú no ha tenido derecho para declarar una guerra por este sólo motivo, pero sí para valerse de él, y para extender una mano protectora á los infelices que gimen bajo un yugo insoportable, después de que, por otras razones muy distintas, se hayan roto las hostilidades". (Zaraguro, á 4 de Febrero de 1829).

Ya había obrado Lamar conforme á este programa, ¿por qué ahincaba tanto en el particular? ¿Quería todavía en lo futuro seguir conspirando contra la paz del Gobierno de Colombia? Si el Señor A. B. C. afea la conducta de los Generales colombianos que preparaban los preliminares de la guerra, sea justo al condenar la proclamación pública de una moral maquiavélica por Lamar.

IV

LA MORAL DE LAMAR.

Lamar encendió la animadversión en que uno y otro pueblo. Natural era que los peruanos, provocados á combate, se lanzasen á la arena, pues en ello iba la honra nacional; pero no lo era que Lamar, aprovechado de esa excitación patriótica, hiciese refluir las ventajas de la discordia á fines en que no se hallaba interesado el ardimiento del ejército peruano. ¿Qué le importaban nuestros asuntos domésticos, qué los triunfos de Santander ó de Bolívar en el proceso de la política interior colombiana? Incierto era todavía el rumbo de ésta para que pudiese temerse como un hecho perjudicial á la independencia del Perú la elevación de Bolívar, “el pérfido que, hollando la ley, y burlando la sinceridad de los pueblos, usurpó su soberanía, el pérfido que, apoyado en su espada, les forzó á aceptar su profesión de fe política, que es la execración de América y el escándalo de Europa [1] . . . , el jurado enemigo de la independencia peruana, el agresor de los derechos nacionales, el que no puede escuchar “que sois virtuosos sin arrebatarse de ira, el único hombre que proclama el absolutismo en el continente americano”. [2]

El patriotismo ofuscó por lo pronto á los peruanos que, si entonces no advirtieron, confesaron después que el *extranjero* Lamar les había lanzado á una contienda luctuosa para la patria.

La guerra era de Lamar, antes que del Perú, contra Colombia; del colombiano Lamar que, resguardado con su carta de naturalización peruana, invadía el territorio de la Patria, y, á la sombra de un pabellón extranjero, iba avanzando por los cam-

[1] Proclama de Lamar, Lima, Agosto 30 de 1828.

[2] Proclama del mismo, Tambo-Grande, 12 de Octubre de 1828.—Pérfido llama al que de Popayán escribía á Santa Cruz: “Yo aconsejo á ustedes que se arrojen al torrente de los sentimientos patrios; y que en lugar de dejarse sacrificar por la oposición, se pongan ustedes á su cabeza; y en lugar de planes americanos, adopten ustedes designios puramente peruanos; digo más, designios exclusivos al bien del Perú. No concibo nada que llene ampliamente este pensamiento. Mas es de mi deber y conviene á mi gloria aconsejarlo”. ¿Cómo calificar de modo tan denigrante á quien, para que no apareciese que había violencia alguna de parte de los colombianos en la política del Perú, le dijo á Santa Cruz en la misma carta, que devolviese á Colombia las tropas auxiliares “luego al punto que embarazaran ó perjudicaran al Perú”?

¿Quiere verse la inconsecuencia de los sentimientos de Lamar para con Bolívar? Después de la dureza con que se ha visto habersele tratado, bueno será conocer cómo respecto de Bolívar se expresaba Lamar en tiempo en que no era Presidente del Perú. Voy á recoger algunos de los calificativos con que escribía las cartas al Libertador, reunidas hoy por el General O’Leary en sus *Memorias* [tomo X]:

“Su más interesado amigo y fiel súbdito”. [Carta desde Trujillo, 23 de Febrero de 1824].

“Su más apasionado amigo y humilde súbdito”. [id., 28 de Febrero, id.]

“Aunque de poco valimiento, un subalterno humilde y su amigo de corazón”. [Cajabamba, 3 de Mayo, 1824].

“Su más decidido y sincero amigo que le ama y venera”. [id. id.]

“Su más fiel y verdadero amigo de corazón”. [id. id.]

“Su más adicto súbdito y amigo”. [id. 17 de Mayo, id.]

“Su más humilde súbdito é invariable amigo”. [Mollepata, 25 de Junio de id.]

“Un soldado amigo que no sabe engañar”. [Urubamba, 22 de Marzo de 1825].

pos que encaminaban á la ciudad de su nacimiento, coronada por el pabellón de Colombia. Tratando de justificar la guerra, he aquí lo que, entre otras cosas, decía á los soldados peruanos: —“Acabemos pues, con los americanos *desnaturalizados* que atropellan los derechos de la Nación colombiana y amenazan la existencia política de nuestra Patria”. (Proclama al ejército peruano, Gonzanamá 2 de Diciembre de 1828). ¿Lamar no tenía rubor al hablar de americanos *desnaturalizados*? ¿No le estaba acusando el mismo invadido suelo colombiano en que redactaba esa proclama? ¿Quién era el desnaturalizado, el colombiano que esperaba al invasor, ó el cuencano que, pretextando patriotismo en favor de los intereses de Colombia, invadía su territorio y avanzaba sobre la ciudad natal?

Después, dirigiéndose al ejército colombiano [Gonzanamá, id.] clamaba: “¡Soldados! Desertad de esas filas degradadas “por jefes que deben considerarse como traidores á la Nación, “uníos á las peruanas . . . , hagamos causa común con los pueblos y exterminemos la tiranía que los acaba y consume!”— ¡Qué moral ésta que predica la infidelidad y la traición! Pero, al fin, bien se vé que es consecuente con la moral del invasor, del Jefe que gobernó á Guayaquil como autoridad colombiana, del que juró al encargarse del puesto, del que, menospreciada la santidad del juramento, volvía hoy jefe peruano contra el pueblo que era el nativo y en cuyo territorio ayer no más había gobernado!—Para tal criterio, como el del desnaturalizado Lamar, cierto que debían considerarse traidores los jefes leales que le esperaban en son de combate, fieles á la Patria.

Admirable es el descaro con que los insulta, y rara la impudencia con que, traidor él, invita á la traición á un ejército honrado. Ignoraba el General en Jefe del ejército peruano que hablaba á soldados fieles á su Patria, en los que no podía influir la voz del enemigo, y mucho menos la voz del hermano traidor. Y como le urgiese dorar de algún modo la invasión, Lamar quiso presentarse ante los pueblos de Colombia como el salvador de sus libertades públicas: “¡*Compatriotas!*—decía á los ecuatorianos [Proclama á los pueblos del Ecuador, id.]—Las armas “del Perú no vienen trayendo devastación y muerte: ellas son “las armas de la libertad y de la Patria. . . . ¡*Compatriotas!* El “Ejército Peruano, dispuesto como viene á sostener su honor y “sus leyes propias puede ayudaros á restablecer vuestras libertades y el orden, trastornadas por la más obstinada ambición. “Nada más se necesita que vuestra voluntad para facilitar y apresurar el instante en que dos pueblos amigos puedan darse el estrecho y sincero abrazo de la fraternidad y seguir marchando “juntos en la senda de la prosperidad, sofocando discordias civiles y tiranos”. Bien podía aplicarse á Lamar, pretendiente á

salvador de Colombia, lo que en Bolivia dijeron de Bolívar sus enemigos con esta peregrina traducción de Voltaire:

¡Qué mezcla, gran Dios,
De bondad y de horror:
El asesino de su madre
Es su libertador!

¡Compatriotas! dice en la proclama última. Aquí se acordó de sus vínculos de naturaleza, aquí invocó la comunión en que se hallaba, por su nacimiento, con Colombia. ¡Compatriotas! y entraba á mano armada en el sagrado territorio de la Patria, á la cabeza de tropas extranjeras. ¿Se dirigía á los compatriotas todos de la Gran Colombia? Pero allí estaban venezolanos, neo-granadinos y ecuatorianos, no esperando de él esas mercedes de libertad que venía á concederles, sino con el arma al brazo para, soldados de la libertad y el honor, rechazar al que venía contra la libertad pisoteando el honor. ¡Compatriotas! ¿Se dirigió acaso á sus paisanos los hijos de Cuenca? Mas ya veremos cómo se portaron los hijos de Cuenca.

V

CARACTER DE LA GUERRA ENTRE COLOMBIA Y EL PERU.

El distinguido literato á cuya impugnación contesto, dice que la guerra del Perú á Colombia "no sólo fué *defensiva* sino *favorecida* por la simpatía de innumerables ecuatorianos".

Mal podía ser puramente defensiva una guerra preparada con planes para la desmembración de Colombia con el fomento de la revolución en ella, con el envío de la Tercera División Colombiana, inficionada de desmoralización, con la ingerencia de Lamar en la política colombiana, vísperas de subir á la Presidencia del Perú y con su escandalosa intervención en los asuntos domésticos de Colombia, elocuentemente demostrados en sus proclamas.

¿No era atentar contra la independencia de Colombia el mezclarse en sus asuntos puramente domésticos? el fomentar revoluciones que aun estaban latentes? el estimular como virtudes, crímenes militares de las tropas colombianas contra su Gobierno? el lanzarlas revolucionadas á las costas de Colombia sin miramiento á los males que allí iban á sembrar? y sobre todo ¿no era altamente hostil y hasta infamante para la tierra de los libertadores el que uno de sus compañeros, naturalizado en país extraño, levantase ejércitos y los alentase con la propaganda caritativa de liberación á Colombia de los males causados por el go-

bierno de Bolívar? No fué el colmo de la osadía que Lamar, no sólo trabajase sordamente en la ruina del gobierno del Libertador, sino que alardease en sus proclamas de que venía á romper cadenas y rehabilitar derechos políticos de los colombianos? que se avanzase impudente á no negarlo á Sucre cuando éste le envió las proposiciones de paz?

Principio incontrovertible de derecho internacional es que el exclusivo derecho de toda Nación á su gobierno interior impone á las demás el deber de perfecta neutralidad en todo lo que concierne á la economía de su administración, deber cuya transgresión marca el sello de criminalidad en el Estado que la efectúa. Este derecho asiste á las Naciones aun cuando estén en actual guerra civil, y el territorio dividido ya en dos campamentos y establecido en cada uno de ellos un gobierno. ¿Cuánto más no lo tendrá, si las divisiones políticas no han levantado aún ejércitos, y existen tan sólo como germen en la opinión pública y en las tentativas ocultas de los partidos? Colombia estaba en este caso: la revolución no ganaba aún á balazos ninguna parte del territorio, se propagaba en el terreno de las instituciones políticas y de las rencillas, veleidades y emulaciones de personas. Por consiguiente, si al Presidente del Perú no le cumplía ni en caso de la división de Colombia, mezclarse en la contienda, mucho menos le tocaba ponerse á proteger los propósitos de un partido; y aparece tanto más comprometida su ingerencia cuanto, ya por los acontecimientos verificados en el Perú y por el carácter que habían tomado las negociaciones diplomáticas, se sospechaba el interés que había del parte del Perú en el debilitamiento de Colombia á poder de las guerras intestinas.

VI

SENTIMIENTOS DE LOS PUEBLOS DEL SUR EN 1829, ACERCA DE LA GUERRA CON EL PERU.

Que la guerra haya sido *favorecida por la simpatía de innumerables ecuatorianos*, pase si ha de entenderse que lo era por aquellos que habían perdido el sentimiento de la dignidad patria, por los que no supieron prescindir de resentimientos personales en la administración de los Alzurus, Nadales, &c., citados por el Señor A. B. C. como para atenuar la perfidia de esos *innumerables ecuatorianos*. Así como he llamado traidor á Lamar, he de dar igual calificativo á sus fautores. La traición no se atenúa en razón del número de traidores. No quiero averiguar quiénes hayan sido ellos; pero sí me cumple asegurar que de cierto no habría traidores en Cuenca, cuando los hijos de Cuen-

ca, fieles á la bandera de la Patria, merecieron que el General Flores les dijese:

“HABITANTES DEL AZUAY! *Vuestros sacrificios me han enternecido*, porque en *estos días de maldición, sólo vosotros habéis desplegado virtudes verdaderamente cívicas*, superiores á las mezquinas pasiones que han arrastrado á algunos de vuestros compatriotas. . . . [entre ellos estaba Lamar]. HABITANTES DEL AZUAY! Si sucesos extraordinarios me obligan á separarme de este Departamento, será por poco tiempo, porque no puedo ser indiferente á la suerte de un pueblo *tan fiel*. Sea vuestra divisa LEALTAD Y CONSTANCIA. La victoria es compañera de los bravos”. [Cuartel General en Cuenca, á 21 de Enero de 1829]. [1]

Si sólo por el descontento de algunos ciudadanos en un Estado, estuviese autorizado el Gobierno de otro á intervenir en la política de aquél, las relaciones internacionales serían imposibles, perennes las invasiones y el mundo entero un inmenso campamento señoreado por la fuerza.

Esos descontentos del Ecuador serían los que simpatizaron con Lamar y de quienes habla el Señor A. B. C.; esos los que pedirían salvación al Presidente del Perú, y los que le dieron pretexto para que viniese “confiado. . . en la opinión de los pueblos cansados de sufrir un yugo insoportable”. (Comunicación de Lamar á Sucre, 2 de Febrero de 1829).

Entre tanto Sucre noblemente enseñaba al mismo Lamar contestándole: “V. E. llega hasta á hablar del yugo insoportable en que gimen nuestros pueblos, y esto es ciertamente robusustecer nuestra justicia. En todos los Estados hay descontentos, y mucho más en los nacientes, donde las pasiones están desenfrenadas: talvez algunos pueden haber alucinado á nuestros agresores; pero el oírlos y protegerlos, es indigno de un Gobierno limítrofe regido por la decencia y la buena fe. Todos los días se reciben en Colombia quejas contra la Administración peruana. . . y se implora nuestra protección como de sus libertadores. El Gobierno de Colombia desoye estas súplicas, porque nuestra misión al Perú fué sólo arrancarlo del Poder Español, y nuestra misión quedó gloriosamente concluída” [3 de Febrero].

VII

FLORES Y LAMAR: LA ESTRATEGIA.

Se dice en el erudito trabajo del Señor A. B. C. que Lamar “aun en la ruta que tomó para invadir á Colombia, no ofendien-

[1] De desearse sería que la Municipalidad de Cuenca adoptase para su sello este lema glorioso, sancionado por la Historia, como un recuerdo de las virtudes de este pueblo en esos días en que se las pusieron á prueba, y en que, no obstante, triunfaron el honor y la Patria.

do, *defendiéndose*, fué víctima de *infames* maniobras. El debió, “se continúa, venir al Ecuador por la corta y fácil vía de Guayaquil, no por la larga y difícil de Loja, pero lo hizo así porque según el mismo historiador de Colombia [Restrepo]—frustrados al General Flores los planes que había meditado para adquirir gloria y triunfos en las provincias del Sur, creyó segura la victoria si conseguía atraer á Lamar y sus tropas á que invadieran el territorio colombiano. Por medio de diestros emisarios trabaja, pues, en aumentar la confianza de los Jefes peruanos, pintándoles á nuestro ejército en mal estado y corrompida la opinión de los pueblos que se inclinaban á su favor”.

En cuanto á esto último, ya que Lamar hablaba del descontento general de los pueblos cansados del yugo colombiano, ya que, según se ha visto, venía como salvador de Colombia, ya que como gobernante en una sección de ese Estado llegó á conocer que había algunos traidores que favorecerían la invasión,—no podía ser al respecto víctima de una invención del General Flores.

En cuanto á las medidas por las que este General consiguió que Lamar variase de ruta, viniendo por Loja antes que por Guayaquil, no hallo razón para que tales medios pudieran llamarse *infames maniobras*. Calificarlos así conduciría á condenar como infame la estrategia, que, respecto de las naciones, es lo que la esgrima para los particulares. Ciencia de los movimientos calculados, de atracción, de celadas para parar el golpe ó darlo en un cuerpo descuidado ó torpe en sus movimientos, para conducirlo á la arena en una dirección determinada; es la estrategia la ciencia de la destreza, y sólo cuando se vale de medios prohibidos por el derecho natural, pueden calificarse de *infames maniobras* sus operaciones.

Torpemente, y más que esto, con responsabilidad ante la Patria, habría procedido Flores si no hubiera organizado tan bien los movimientos del ejército, á fin de asegurar la victoria sobre los invasores. La acción del Portete, gloriosa para Colombia, lo fué en gran manera para el joven guerrero que la preparó con habilidad y presteza. Colombia le está agradecida, la historia le honra con justo renombre y la moral no halla pié para acusarle.

Lo que sí puede llamarse *infame maniobra* es la doblez con que Lamar, burlándose de la lealtad de los colombianos, violando la fe pública, daba instrucciones á su Ministro en Loja acerca de movimientos del ejército en esos mismos días en que por comisionados de los dos campos se estaban discutiendo las bases sobre las cuales se trataría la paz. El 10 de Febrero de 1829 le escribía á Sucre noticiándole de los comisionados peruanos que acudirían para ello, y ese mismo día D. Pedro Bermúdez hablaba al Ministro General en nombre de Lamar, de que “el ejército

tenía que moverse á Cuenca por la izquierda de los enemigos, por convenir así al mejor éxito de la campaña". Si tales preven- ciones hubieran sido condicionales en el supuesto de no acordar- se la paz, Lamar habría obrado justamente, mas no cuando se entablaban los preliminares de la paz, tiempo en el cual no pue- den los beligerantes ejercer actos que impliquen hostilidad.

Que Lamar haya venido sólo *defendiéndose* me parece ina- ceptable, desde que la *ofensa* á Colombia aparece ya en la inva- sión de su territorio.

VIII

NACIONALIDAD DE LA MAR, CONCEPTO MORAL DE LA NATURALIZACION.

Paso á apreciar el argumento de mi ilustrado impugnador, relativo á la nacionalidad de Lamar.

"El General Lamar no fué *parricida* porque aun cuando nació en Cuenca y aun cuando su familia materna era guayaqui- leña, él fué español por educación y peruano por naturalización. En el Perú á donde fué en 1815 con el grado de Brigadier y con el empleo de Sub-Inspector General del Vireinato, obtuvo todos los grados de la milicia, hasta el de gran Mariscal; presidió sus destinos por tres ocasiones; y antes de ser nombrado Presiden- te de la República en 1827, había sido declarado *peruano de na- cimiento*, por el artículo 8º del Decreto Legislativo de 12 de Fe- brero de 1825, que dice así:—"A todos los individuos que han servido en la campaña del Perú desde el 6 de Febrero de 1824 hasta el día de la victoria de Ayacucho, se les declara la calidad de peruanos de nacimiento, con opción á todos los empleos de la República, si por otra parte reuniesen los demás requisitos cons- titucionales".

Conviene detenerse al tratar de los efectos de la naturaliza- ción. Si formásemos una sola Nación en la tierra y todos los hombres fuésemos ciudadanos de la misma gran república, no ha- bría esa odiosa distinción entre nacionales y extranjeros, goza- ríamos en donde quiera de los mismos derechos y no habría con- flictos internacionales ocasionados á la traición. Mas, ya que nos plugo á los hombres circunscribimos á comarcas limitadas y cons- tituir centros de poblaciones distintas, nos hemos dado nuestras leyes, hemos fijado nuestros derechos dentro del territorio en que nacimos é impuesto las correlativas obligaciones; y al orga- nizar nuestra familia política, el hecho del nacimiento dentro de nuestro territorio ha sido la determinación de nuestros deberes y derechos respecto de nuestra Patria: nacidos en élla, la natu- raleza ha puesto ya en nuestro corazón un poderoso germen de

obligaciones para cuando seamos capaces de cumplirlas. La Pa- tria entonces es únicamente la madre que aduerme al hijo; más tarde, y en cambio, cuando ese niño sea hombre, será el guar- dián que defiende las puertas de la casa paterna. Si ha salido de élla para establecerse fuera, si ha ido á contraer nuevas obli- gaciones en otra Nación, la fidelidad que á ésta deba, no destru- ye la fe debida á la primera: la fidelidad es virtud y no puede ser contradictoria consigo misma, y son las debilidades del carácter las que nos llevan á enredarnos en laberintos sin salida, en que nos embarazamos para no poder sacar airosa y triunfante á la justicia.

Dados pues la división de la humanidad en Naciones, y su gobierno político doméstico con relación al territorio, nace la di- visión de los ciudadanos en nacionales y extranjeros, y es cada Estado dueño de determinar los derechos políticos que gracio- samente quiera conceder á los extranjeros dentro del territorio nacional. Para esto los naturaliza, esto es, les da la condición que no tenían, prescinde del nacimiento en país extraño y les concede la gracia de gozar de los derechos políticos de la nueva patria. El Estado concedente prescinde del Estado nativo, pues no tiene para qué tomarle en cuenta, y sin entenderse en discer- nir los deberes que el nacionalizado tiene con la Patria de naci- miento, no hace sino reconocerle derechos para ejercerlos en don- de antes no podía. El Estado naturalizador, por esto mismo, no releva de obligación alguna, puesto que ningún derecho le asis- te en lo que no es de su dominio: permite para lo futuro y para dentro de los límites del Estado, no sojuzga lo de fuera, no ab- suelva de los deberes morales del individuo. Aun más, ni el Es- tado nativo del ciudadano puede relevarle de los deberes mora- les que á él le ligan; podríalo sí respecto de los políticos, y así lo hace al no prohibir la naturalización en país extranjero, pero no de los deberes filiales respecto de su Patria, deberes sobre los que, en el caso de naturalización, no hay más juez que la delicadeza de una conciencia honrada. Si la ley no puede entrar á ese san- tuario, ha sabido quedarse á lo menos á sus puertas; de aquí que sea doctrina incuestionable del Derecho de Gentes, que, en caso de guerra, el ciudadano naturalizado no podrá ser constreñido á combatir contra la Patria de nacimiento; de aquí que jamás se haya declarado por Estado alguno que sus nacionales naturaliza- dos se relevaban por este sólo hecho de los delicados é íntimos deberes que el lugar del nacimiento impone al corazón humano. El silencio del Estado en este punto, la restricción puesta por el Derecho á los servicios que, en cambio de la carta de naturaleza, pueden exigirse al nacionalizado, prueban con elocuencia que, no pudiendo legislarse sobre lo sagrado del amor á la Patria, las cartas de naturaleza no son cancelaciones de la deuda de amor que le debemos.

Francia é Inglaterra han sido las Naciones más celosas en este punto [1] el *jus soli*, el *jus sanguinis*, principios de su legislación respecto de sus ciudadanos, son la más elocuente defensa de los derechos de la naturaleza. Por esto en la guerra de 1812 entre los EE. Unidos é Inglaterra, ésta intimó que fusilaría á cuanto inglés naturalizado en América llegaren á capturar las fuerzas inglesas; por esto mismo un soldado francés por naturalización, inglés por nacimiento, fué en 1746, juzgado en Inglaterra como traidor; y al conmutársele esta pena se le condenó á que viviese en país extranjero. Justas sentencias entrambas, la primera como sanción, la segunda como una muestra de repulsión del suelo natal.

¿Y qué significaba el decreto de adopción de los extranjeros en el Perú? Nada más que la gratitud de la Nación que no quería distinguir, para confiar sus cargos públicos, entre naciones y extranjeros. Era un honor el que concedía, y el agraciado al aceptarlo, tomando la nacionalidad peruana, recibía una merced en premio de sus servicios militares, merced que, para corazones bien puestos, debía regocijarles al considerar que la honra tributada era un título de gloria que debían guardar para acrecentamiento de las glorias de la Patria nativa, honrada en sus hijos.—La adopción política, como la doméstica, no crea los deberes de naturaleza, sino los facticios de la ley, que dejan incólumes aquéllos, no en su totalidad sino en lo que no pugna con los nuevamente creados y que, por lo mismo de serlo, son limitados en su extensión.

Por consiguiente, Lamar, naturalizado en el Perú, no estaba exento de las obligaciones contraídas para con Colombia.

Pero, se dirá que estas eran contradictorias con las contraídas para con el Perú, que Lamar como Presidente de esa República tenía que continuar la guerra con Colombia. Cierto sería esto en el supuesto de que la Presidencia de una República fuese irrenunciable.

En la lucha de deberes de Lamar respecto del Perú y de Colombia, podía haber salido airosa su dignidad de hombre, excusándose del Poder de aquélla Nación, durante la guerra contra su Patria, ó siquiera renunciando á la dirección personal de la campaña. Tenía deberes impuestos por la naturaleza y por el juramento respecto de Colombia, y por otro juramento y por la naturalización respecto del Perú; mal podía, sin traicionarle, tomar las armas en favor de Colombia, como traicionó á ésta empuñándolas contra élla. La abstención en la lucha, he aquí lo que cumplía á Lamar: entonces sí su grandeza moral habría excedido en renombre al de muchos de los ilustres capitanes de esa

[1] Calvo "Droit. Inter. théor. et prat." liv. VIII, § 648].

época gloriosa. Habríase mostrado fiel al lugar de su nacimiento, leal al Gobierno cuyo auxiliar fué en el territorio nacional, y agradecido y honrado con su segunda patria que generosamente le colmó de glorias. Pero, ántes de esto, en medio de las dificultades que enredaban su decisión, debía, nó como colombiano de nacimiento, nó como peruano por adopción, sino como simple soldado de la Independencia sur-americana, haber aprovechado del alto puesto á que la fortuna le elevó, para procurar se apagase la discordia entre esas dos Repúblicas fraternizadas por la comunión en la gloria de la liberación de América. ¡Admirable!

IX

LA CONDUCTA DE LAMAR JUZGADA EN EL PERU.

Sin objeto notorio conveniente para el rumbo de la discusión, cita el respetable Señor A. B. C. la perfidia de Gamarra, como si acontecimientos posteriores infortunados pudiesen atenuar la gravedad de los anteriores en la vida de Lamar.

No quiero entrar en la calificación de la conducta de Gamarra. El aparece para mí después de la infeliz jornada del Portete: mi criterio, al tratarse de mi compatriota Lamar, ha sido el de los deberes hacia la Patria. Gamarra no los tenía respecto del que hoy es Ecuador: si los tuvo fué respecto de su superior Lamar. ¿Fué pérfido con su Presidente? No lo averiguo: mis versos no residenciaron al súbdito peruano ante su Jefe, sino á este respecto de Colombia.

Pero, si no me engaño, mi honorable amigo ha tratado de prevenir como interesado en la ruína del General Lamar, al peruano General Gamarra; quizá tratase yo de valerme de su autoridad para probar que aun en el Perú mismo, fué calificada de inconveniente y antipatriótica la guerra con Colombia.

Volvería á tacharme de *muy colombiano* A. B. C. si tratase yo de valerme de autoridades *colombianas* para manifestar la impopularidad en el Perú de la guerra á que le precipitó Lamar. He de valerme de testimonios suministrados por los mismos peruanos.

Hayan sido cualesquiera las relaciones entre Gamarra y Lamar, aunque aquél apareciese traidor á éste, ¿tal cosa que prueba en abono de la conducta del segundo respecto de Colombia? Los juegos de que fué víctima mi desgraciado paisano después de su derrota en el Portete de Tarqui, serán motivo para que deploramos el infortunio á que rodó desde tan altas cumbres á donde le levantó la fortuna, lo efímero de glorias incons-

tantes, y para que veamos en todo ello la sanción del innoble y postrer hecho de armas con que, cerrando su vida militar y política, pasó al tribunal de la historia.

Los peruanos Lafuente y Gamarra condenaron en documentos públicos la guerra que Lamar suscitó á Colombia. Pero se dirá: Gamarra y Lafuente, enemigos de Lamar, tenían que dorar sus manejos con calificaciones desfavorables á la administración de su émulo. Tendría fuerza este argumento, si la conducta posterior de ellos, como magistrados del Perú, hubiese sido contradictoria de lo que proclamaron; lejos de esto, ellos fueron los que contribuyeron á la paz del Perú con Colombia, paz de llegada difícil durante la administración de Lamar, que se empenó todavía en ser infiel á lo pactado en los tratados, reteniendo la plaza de Guayaquil. Hayan sido cualesquiera los fines con que esos dos Generales combatieron la conveniencia de la guerra del Perú, lo que ellos hicieron después al respecto, armonizó con los propósitos de paz que proclamaron en las invectivas contra la guerra dirigida por Lamar. Oigamos á los peruanos.

Los jefes y oficiales de la Tercera División peruana, acantonada en la Magdalena, elevaron al General Comandante General D. Antonio Lafuente una representación en que pedían el cambio del gobierno regido entonces por Lamar (4 de Junio de 1829). Entre otras cosas, dijeron: "Un cálculo militar errado, y apoyado por intereses particulares, obligó á S. E. el Presidente á traspasar los límites de Colombia. La criminal apatía que se observa en todas las medidas, la falta de opinión en el Gobierno, los ningunos recursos con que cuenta para sostener la presente lucha, y el obstinado empeño en continuarla con multitud de elementos de destrucción, han hecho pronunciar la opinión pública, de un modo claro y terminante, por un cambio político que corte oportunamente las desgracias que amenazan. El obstinado empeño en sostener la plaza de Guayaquil, haciendo aparecer ante el mundo al Perú como una Nación falta de fe, y lo que es más, sin esperanza de sucesos en las presentes circunstancias, no tiene otro objeto que *peruanizar á algunos colombianos*, á costa de toda clase de sacrificios por parte del Perú; y, á pesar de estar tocando la imposibilidad, se continuó el plan proyectado, asolando la República y empenándola en una guerra desastrosa con la de Colombia".

Dos días después, el 6, se reunían la Municipalidad de Lima y muchos particulares para proveer el mando de la República, vacante por renuncia del encargado de la Presidencia, Señor Salazar, y por no hallarse "previsto en el Código de la Nación el caso actual de que el Jefe del Poder Ejecutivo [Lamar] se halla en campaña".—Entre varias resoluciones de la Junta, la tercera dice así: "Que también se invite al Señor General Lafuente

á que, posesionado provisionalmente de la autoridad suprema, procure apartar de los pueblos agobiados, el terrible azote de una guerra insensata, celebrando con el Gobierno de Colombia un convenio de suspensión de hostilidades, &c."

Termina este importante documento con una declaración en que los ciudadanos asistentes á la Junta "protestan solemnemente á la faz del mundo que en el acto de reunirse y celebrar la presente acta, no han entendido infringir en manera alguna las leyes, sino mostrarse buenos hijos de la madre patria, propendiendo á salvarla de crueles desgracias, del único modo que permiten las extraordinarias circunstancias que han acarreado, tanto la guerra fratricida en que nos hallamos envueltos,—dicen—, como los desaciertos y extravíos de la pasada administración". [1] X

Cuando, á consecuencia de esta declaración, Lafuente se encargó del poder, apoyaba su resolución en que "todos los buenos peruanos han manifestado solemnemente sus votos porque haya un cambio saludable", y en que "como peruano y como General, no debía omitir sacrificio para salvar al país de la horrible crisis en que se hallaba". (Decreto de 6 de Junio de 1829). Esta insistencia en apellidar á los derechos nacionales, esto de repetir su condición de peruano en él y en los que lo elevaban al poder, parece un como menosprecio al colombiano de nacimiento, y peruano únicamente por naturalización, que, Presidente del Perú, lo había lanzado á una guerra desgraciada con Colombia.

Lafuente, en la proclama de 6 de Junio, al encargarse del Poder Ejecutivo, diseñaba así la situación del Perú:—"Una guerra insensata y fratricida, provocada artificiosamente con depravados designios: una invasión del territorio extranjero, ejecutada con la más insigne indiscreción; la campaña que, dirigida por las máximas más obvias, hubiera debido producir laureles á nuestros bravos guerreros, terminada con desdichas é inmerecido oprobio; los valientes, salvados de las consecuencias primeras de la ineptitud, condenados después á perecer lastimosamente en un suelo mortífero: el nombre peruano, sin manilla en medio de los antiguos reveses de la fortuna, ahora pronunciado con desprecio por las Naciones, y con baldón por un pueblo hermano; la Constitución y las leyes, holladas por satisfacer privados é innobles resentimientos, ó para arrancar á la indigencia contribuciones onerosas destinadas á alimentar la funesta lucha; los campos yerros, las familias desoladas, cegados todos los manantiales de la prosperidad pública. . . .; he aquí, en bosquejo, el triste, el espantoso cuadro que presenta el Perú, cuando debía ya saborear, en paz y alegría, los goces de la abundancia y de la dicha social. Pocos individuos, obcecados por ruines pasiones, han bastado

[1] Véase Odriozola, Documentos históricos, pág. 626 y siguientes, tomo 8º

para hacer estériles tantos sacrificios, tanta sangre vertida por un pueblo digno de mejor suerte”.

Si quiere, dígame que habla aquí el émulo político de Lamar, el revolucionario que le armó celadas para la caída; pero nadie negará que es el peruano quien deplora las desgracias de su patria, lanzada á una contienda para ella desventurada, gloriosa para Colombia, merced á la mala voluntad por una parte, de un caudillo, y de otra, á la bizarra defensa de derechos y prerrogativas menospreciados por aquél. No habla el enemigo de Lamar solamente, habla el Presidente Peruano, cuando, contra lo que aquél sentía, contra lo que hubiera hecho, á continuar en el mando, esperaba estos dos resultados de la próxima reunión del Congreso del Perú:—“el remedio eficaz á nuestros males,—decía,— y la *celebración de un convenio que suspenda las hostilidades que están causando el escándalo de la América*”.

A este mismo término ansiaba llegar el Gobierno de Colombia vencedora, porque:—“ni el gobierno de Colombia, ni ninguno de la tierra, puede fundar la dicha del pueblo sobre las victorias obtenidas á precio de sangre y de destrucción. Con tan cordiales y sinceros sentimientos, desea el Libertador Presidente de Colombia la paz con el Perú”. (Comunicación del Secretario general de Bolívar, Quito, á 13 de Abril de 1829).

Si se cree que convenía á los intereses de Lafuente, dorar así su manejo en un documento público lanzado al examen de las demás naciones, busquemos actos interiores de administración que, por lo privados, no se les sospeche de hipócritas, y por lo consecuentes con las ideas expuestas en la Proclama, afirmen nuestro concepto acerca de que la guerra con Colombia no fué popular en el Perú, y de que, por lo mismo, en no pequeña parte, una inmensa responsabilidad pesa sobre Lamar. En 8 de Junio de 1829, y con el número 128, en una Circular del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, se previno á los Prefectos que, á más de la cantidad correspondiente al lenguaje, auxiliasen con otras extraordinarias á los Diputados á ese ansiado Congreso encargado de la paz con Colombia.—“Su Excelencia, decía, quiere que US., no sólo por la responsabilidad que le resultaría por la menor negligencia en el puntual cumplimiento de esta orden, sino por la obligación de contribuir como ciudadano al bienestar del país, empeñe su celo y su patriotismo en llenarla con la mayor exactitud”.

El Gobernador del Callao, decía también en una proclama (Junio 9): “Nadie desconoce la necesidad que la América toda y, especialmente el Perú, tiene de la paz. El General Lafuente nos la ofrece con honra. . . . Unámonos á él para conservar esta patria tan querida, que tantos sacrificios de toda especie nos cuesta.

“El General Lamar, dimitiendo, por fortuna, el cargo de Presidente, y abandonando el país (*aunque haya sido por la fuerza*), ha restituido á los peruanos el *sagrado derecho de gobernarse*. . . . El General Gamarra. . . . hará los últimos esfuerzos para terminar sin sangre, pero sí con decoro, una guerra fratricida y destructora que únicamente se emprendió por miras personales, *contra el voto general y los intereses de los pueblos*”. [Alcance al número 156 de la “Prensa peruana”].

El General Lamar habría sido perjuro y traidor, dice A. B. C., si no hubiera aceptado la guerra con Colombia, *porque él no era General colombiano, sino Presidente del Perú*. Pues bien, como Presidente del Perú y como colombiano, estaba obligado á procurar la paz entre las dos patrias, la adoptiva y la de nacimiento. Puesto entre dos deberes, su carácter moral exigía tamaña abnegación. ¿No podía procurar la paz? Debía haberse alejado de un puesto en que se ponía en tortura su honradez, é ido á deplorar en el silencio de la vida privada, esa lucha en que por cada uno de los bandos contendientes debía resonar dolorosamente la dualidad de sus afecciones colombiano-peruanas.

¿Quiere verse cómo un corazón generoso se explicaba en circunstancias muy distintas, pero en que había lucha de dos sentimientos análogos? Bolívar, cuando renunció la Dictadura ante el Congreso Peruano, decía: “Nada me queda que hacer en esta República; mi permanencia en ella es un fenómeno absurdo y monstruoso, es el oprobio del Perú.—Yo soy un extranjero: he venido á auxiliar como guerrero, y no á mandar como político. Los legisladores de Colombia, mis propios compañeros de armas me increparían un servicio que no debo consagrar sino á mi Patria, pues unos y otros no han tenido otro designio que el de dar la independencia á este gran Pueblo. Pero si yo aceptase su mando, el Perú vendría á ser una Nación parásita ligada así á Colombia, cuya Presidencia obtengo y en cuyo suelo nací. Yo no puedo, Señores, admitir un poder que repugna mi conciencia: tampoco los legisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha confiado sólo para representar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os cargarían de execración: vosotros no tenéis facultad de librar un derecho de que no estáis investidos. No siendo la soberanía del pueblo enajenable, apenas puede ser representada por aquellos que son los órganos de su voluntad; mas un forastero, Señores, no puede ser el órgano de la representación Nacional. Es un intruso en esta naciente República”. [O’Leary, Memorias, t. 2º p. 336].

La execración que el Libertador temía para lo futuro, tratándose de la Presidencia de un extranjero en el Perú, cayó pocos años después en uno de sus oyentes cuando pronunciaba esas nobles palabras, en el que quedó de Presidente del Consejo, en-

cargado de parte del Gobierno, en Lamar. . . en Lamar que “no era General colombiano sino Presidente del Perú”.

Aunque haya sido su enemigo, pero era peruano quien decía de él el 11 de Junio de 1829, en oficio al Comandante General de la Tercera División Peruana:—“La República, al jurar solemnemente la Carta fundamental que se dió en 18 de Marzo de 1828, ha declarado en el artículo 81 que debía ser gobernada por *peruanos de nacimiento*; y, en quince meses que han trascurrido desde aquel feliz día, no ha podido hasta ahora ver ejecutada su soberana voluntad. *Ha sufrido el descrédito universal de estar gobernada por un colombiano de nacimiento*, con agravio de un Estado digno por mil respetos de pertenecer á sí mismo. . . . ¿Será posible creer que pueblos libres hayan podido pasar por la nota de ineptos; y que, entre dos millones de habitantes, no haya habido aliento para reclamar un derecho tan sagrado como el cumplimiento de la Carta nacional; ni aparecido uno solo capaz de dirigir sus destinos? ¿Ha sido necesario atropellar la ley, y mendigar un extranjero, para poner en sus manos las riendas de nuestro Gobierno? ¿Somos, por ventura, tan infelices que no contamos con un peruano que satisfaga á los votos de nuestro país?

“Compatriotas:—Somos ya absolutamente peruanos. El General Presidente ha dimitido su empleo, y restituido á la Nación ese alto destino que el artículo 48 de nuestra Constitución se lo tiene denegado. Al fin pertenecemos á nosotros mismos. De aquí en adelante podéis tener el orgullo de gobernaros por vuestras leyes y por vuestros hijos.

“Compatriotas:—¡No más extranjeros, no más!”—[Proclama de Gamarra, Piura, 8 de Junio de 1829].

X

DOBLE RESPONSABILIDAD DE LAMAR.

“El General Lamar no era General Colombiano sino Presidente del Perú”; pues bien, esta misma defensa del Señor A. B. C. es una fórmula que sintetiza la gran responsabilidad de Lamar.

Presidente Peruano,—Lamar, es lanzado del puesto y detestado como autor de los males sobrevenidos á la República en la guerra con Colombia. Colombiano de nacimiento,—calificado de traidor. No pudo cumplir con los deberes que en estas condiciones tenía; y de repente, de la altura del puesto á que sus prendas de soldado le elevaron, cae sin poder llevar al suelo extraño que le dió asilo, la conciencia del deber noblemente cumplido.

Viene la historia, y al residenciarle, no le absuelve de la traición, y le inculpa la guerra con la patria nativa. Esta inculpación, que para un Presidente peruano de nacimiento, no habría sido más que acusación por falta de tino, en Lamar redobla el concepto de traidor:—guerra inconveniente, debía ser evitada por el peruano, en pro de los intereses de la patria:—guerra inconveniente, y, sin embargo, sostenida por el colombiano Lamar contra Colombia, entraña infracción de dos deberes:—el relativo á la paz y saludable gobierno del país adoptivo, y el indeclinable de fidelidad al lugar del nacimiento.

XI

EL AFECTO DE LOS AMIGOS DE LAMAR Y LA OPINION NACIONAL, INDIFERENCIA DE CUENCA PARA CON ÉL.

Cita al Señor A. B. C. para desmentir mi concepto y confirmarme el tratamiento de *cruel* con mi paisano Lamar, los calificativos con que le honró Rocafuerte, el soneto con que le enalteció Olmedo y las piezas oficiales relativas á la repatriación de los restos mortales de Lamar.

No disputaré á Lamar los títulos que, por sus prendas personales, le granjearon el aprecio de los que le conocieron y la reputación de hábil guerrero. No he querido yo procesar su conducta en general, sino en cuanto se refiere á los deberes que la fidelidad impone al ciudadano. Si aquellos le enaltecieron, no averiguo si fueron ó no justicieros, ó hablaron como amigos. Respecto de Olmedo, los vínculos que le ligaban á Lamar eran quizá más antiguos que los que le relacionaron después con el Libertador. Cuando Lamar estaba de Presidente de la Junta encargado del Poder Ejecutivo del Perú, después de la renuncia de San Martín, Olmedo, salido de Guayaquil después de las tentativas por su independencia, estaba al lado de Lamar. De este dice O'Leary [“Memorias”, capítulo XXXV, tomo 2º, página 179]: “Lamar mismo, el Presidente de la Junta, no estaba exento de los celos vulgares que deshonraban á algunos de sus colegas en el Gobierno y en el Congreso, y á muchos de sus amigos particulares. Cuando el odio y la envidia ofuscan la razón, no es sorprendente que el error y el crimen guien al hombre en sus decisiones. A una de estas causas debe atribuirse la resolución del Congreso, relativa al generoso ofrecimiento del Libertador (*de auxilios de Colombia para la defensa del Perú*) y la manera seca con que la Junta Gubernativa se la transmitió”.

Natural era que Olmedo y Rocafuerte, amigos de Lamar, se empeñasen en la Convención de Cuenca, por la devolución

de los restos de Lamar. Fuera de esto, es muy acostumbrado, que los cuerpos colegiados, los Ministros de Estado, los individuos de comisiones, hablen casi siempre colectivamente, no sólo con los accidentes gramaticales de la lengua, sino con los sentimientos y afectos de la comunidad política. Algunos Diputados, Ministros, covachuelistas, redactores de periódicos, aun en cosas que no requieren expresión colectiva, no hablan como individuos: creen que el puesto á que han subido les da siempre omnímodo derecho de representación de los que se quedaron abajo, como si estos hubiesen resignado la conciencia en los dichosos que se fueron arriba. El Diputado no dice: "Esto lo pido yo, Juan de las Viñas", sino—"esto lo exige el pueblo". Algunos Ministros no expresan su voto individual, sino empeñan la fe nacional en inoficiosas coqueterías del lenguaje diplomático. Ciertos gacetilleros de periódico, no hablan como individuos que son, sino como "el Pueblo", como "la Patria", como "la gente honrada", como el "Voto general de la sociedad" y demás lindezas de generalización.

Si el Pueblo, la Nación, la Patria llamasen á juicio á estos mandatarios de la conciencia pública, yo no sé cómo podrían justificar su oficiosa personería.

Oficioso personero de la opinión de los pueblos del Ecuador, fué, pues, el Ministro General del Ecuador en 1846, cuando decía al de Relaciones Exteriores del Perú: "La memoria *siempre viva y siempre grata en el PUEBLO ECUATORIANO*, de las virtudes y hazañas de un compatriota suyo, tan distinguido en la época gloriosa de la Independencia Americana, es el eficaz estímulo que ha obrado en el Congreso y Gobierno del Ecuador, para disponer se verifique, ante la ilustrada Administración peruana, un reclamo tan conforme á la más estricta justicia".

Igual fué la personería del comisionado Señor Olmedo, para la traslación de los restos de Lamar:—"El pueblo ecuatoriano sufría, no sin indignación, esta indiferencia de su Gobierno, respecto de reclamar tan preciosas reliquias" que debían guardarse en "un monumento que exclusivamente arrebatare la *veneración de LOS PUEBLOS*", que satisficiera el ardiente deseo (del PUEBLO ECUATORIANO) de poseer un polvo inestimable, que, sin controversia, pertenece á su tierra natal".—"Estos derechos del suelo natal son los que representa el Gobierno del Ecuador".—"El Gobierno del Ecuador espera confiadamente que el del Perú... se dignará mandar que se pongan á nuestra disposición los restos mortales del Gran Mariscal Lamar... para poder trasladarlos á Guayaquil; y consolar de algún modo, con tan inestimable depósito, el *profundo pesar* de su familia y de su PATRIA".

¿En dónde están, preguntaré en nombre del Pueblo Ecuato-

riano, en dónde los testimonios de que haya guardado *siempre viva y siempre grata* la memoria del invasor? Pobre Pueblo! no tuviste voz para contestar á esa calumnia de que *sufriste con indignación* la indiferencia del Gobierno, tocante á devolverte los huesos que por poco quedaron blanqueando en las selvas del Portete, en castigo de una ingratitud temeraria. ¿Fuiste, pueblo mío, tan falto de dignidad que querías levantar un monumento que te *arrebatare veneración*? ¿Tan corrompido estabas que ibas á levantar aras para el culto del invasor? tan afeminado que pedías como *consuelo* de tu *profundo pesar*, las cenizas del que, gracias á tu denuedo, no pudo arrancarte con mano parricida el pabellón de la Patria?

Cosa curiosa! Aquí por los Señores Ministro General y Olmedo se invoca la nacionalidad de Lamar para pedir la devolución de sus cenizas, cuando mi honorable contradictor se empeña en sostener la *peruanización* de Lamar y la consiguiente disolución de lazos entre el peruano naturalizado y la patria de su nacimiento.

Cuando como gran argumento se han citado esas comunicaciones, de las que he extractado las líneas antecedentes, está muy claro que el Señor A. B. C. acepta los conceptos expresados.

Pero ¿no se echa de ver tamaña injusticia en el Ministro General del Ecuador y en Olmedo, al imponer á la Patria deberes correlativos de obligaciones que no sólo no fueron cumplidas por Lamar, sino violadas escandalosamente?

Una de dos: Lamar fué ó no colombiano. ¿Lo fué? Y entonces ¿no se llamará traidor por haber invadido el suelo natal? —¿No lo fué? ¿fué peruano sin vínculo alguno respecto de Colombia? Y entonces ¿por qué exigir de la Patria el cumplimiento de una obra de la que estaba ya relevada por el bautismo oficial de Lamar? Los personeros del duelo nacional debían más bien haber pedido al Perú que levantase un monumento al peruano Lamar, y no venir á ultrajar á la Patria, humillándola al extremo de mostrarla á la faz de las demás Naciones como madre sin honor, que no cuenta por nada las bofetadas y lodo con que le obsequió un hijo ingrato. ¿Es menosprecio á la Patria, ó parcialidad de compañerismo, ó indiscreción de lenguaje oficial, aquello de arrastrar al Ecuador á las puertas del Perú con una lacrimosa súplica para la devolución de los restos del invasor del suelo patrio? Pues será un compuesto de todas tres cosas, el que en aras de un hombre se haya sacrificado así la dignidad de la Patria, todo esto será, y no un argumento con que se pueda probar la alteza del ingrato cuencano.

Esos documentos, en mi pobre juicio, son humillantes para la Patria y no dignos de sus autores.

¿En dónde están las elegías de la Patria, del Pueblo, de los

Conciudadanos Ecuatorianos, por la ausencia de las cenizas de Lamar? ¿Cuándo se cantó himnos guerreros contra la indiferencia del Gobierno, por la indignación de los poetas del *Pueblo Ecuatoriano* que anhelaban la vuelta de los restos mortales de Lamar? Por esa época, ni aun el mismo Olmedo escribía su soneto.

Cuenca, cuna de Lamar, ciudad en que se hallaba reunida la Convención cuyos sentimientos quiso interpretar, como se ha visto, el Ministro General, Cuenca ¿cuándo ha pedido al Gobierno de la República vaya á mendigar vergonzosamente ante el Perú aquella devolución? Eso habría sido indecoroso á mi patria. Largo tiempo ha corrido desde la invasión de Lamar, y en él mi patria ha mostrado noble indiferencia, respecto del que, si salió joven de sus calles y volvió años después, soldado del extranjero, no pudo profanarlas invasor, porque los hijos fieles á la Patria le rechazaron fuera de la ciudad. El único honor que Lamar ha alcanzado, es que su nombre haya sido puesto á una de las calles de Cuenca. Pero el espíritu general dominante en mi país, ha sido, por fortuna, el de indiferencia respecto de mi paisano. Digo por fortuna, porque veo que así la opinión de la posteridad es digna sanción de la conducta de Lamar para con su Patria.

El Señor D. Samuel Mora ha sido justiciero con Cuenca, al decir en sus "Recuerdos del Tiempo Heroico": "Toda Cuenca, con excepción de los realistas, se portó admirable y dignamente, y hasta hoy manifiesta sus simpatías, desde el momento que el cincel del escultor no ha abatido el arduo monte para modelar la efigie de Brigadier, mientras que como sus dioses Lares conserva aquel pueblo los bustos de Bolívar y de Sucre arrancados de esa roca que cerró paso al invasor".

"Vázquez repudia las puras glorias de Lamar, dice el distinguido señor á quien contesto. Pero si repudia esas glorias, ¿cuáles serán las que quierá apropiarse como un título de honra para su patria?"

Pues las glorias de nuestra patria en esa época están cifradas en la lealtad de mis paisanos, enaltecida por el General Flores en la proclama que he citado; en que por aquellos días se ostentaron *virtudes verdaderamente cívicas, superiores á las mezquina pasiones que arrastraron á algunos de nuestros compatriotas*, como Lamar.

Las glorias de Cuenca están en el contingente que cada uno de mis paisanos llevó á las aras de la Patria, ya con voces de aliento, bien con auxilios para las necesidades del ejército y con la vida en el campo del honor; glorias silenciosas y olvidadas, pero virtudes que si no fueron premiadas por los hombres, labránlo sido por Dios.

He oído contar que, cuando el Ejército Colombiano se acercaba á Tarqui, dos muchachos de Cuenca fugaron de la escuela y fueron á unírsele, y entre tímidos y resueltos, pidieron ser presentados á Sucre, y al serlo, pusieron en manos del vencedor de Ayacucho la pobre ofrenda de unos panes que habían podido llevar de la ciudad. No sé qué pasaría en el corazón del Gran Mariscal al recibir esos panes. Se cuenta que abrazó á esos niños, cuyo nombre no ha conservado la tradición, para que pasasen á la posteridad en la leyenda.

Pues otra de las glorias que quiero apropiarme como un título de honra para mi patria, es la humildad de la ofrenda de aquellos panes: en ellos veo, entre la inocencia de la niñez y la modestia de la pobreza, el amor á la Patria, la fidelidad á sus magistrados y el lenguaje de un balbuciente patriotismo. Esos panes de los trigales de Cuenca, llevados al ejército de la Gran Colombia, próxima á desaparecer de entre sus pocos amigos y muchos émulos, tienen para mí, el sabor de una exquisita y tierna poesía.

Estas son las glorias de mi patria en aquellos tiempos. Después las ha tenido también: mas como no viene á cuento enumerarlas, sólo recordaré al honrado Señor A. B. C. que hubo un Presidente Ecuatoriano que, fiel á su juramento, evitó echar por tierra una Constitución, como la revolución se lo pedía; que, víctima de la traición, fué cruelmente expatriado; que, herido en lo más vivo del corazón, no se doblegó ante sus opresores; que, noble y pundonoroso, supo guardar en su honrado porte la majestad del derecho que representaba; y que, vuelto hoy á una silenciosa vida doméstica, tiene para su íntima satisfacción la conciencia de una invulnerable honradez, harto puesta á prueba por la revolución y la crueldad de los que le traicionaron.

Pues este honrado ciudadano es también para mí una de las glorias de mi patria, que, madre de hombres como él, no necesita acoger y acatar como gloria suya, al distinguido guerrero D. José de Lamar, quien, desventuradamente, se hizo reo ante ella, al invadirla guiando un ejército extranjero por su sagrado territorio.

Cuenca, 31 de Mayo de 1886.

II.

Pág. de 37 á 42

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL LICEO DE LA JUVENTUD DE CUENCA.—La vida del estudio.—Nobleza de la profesión literaria.—Perfeccionamiento de la inteligencia y el corazón del artista.—Acción moralizadora del ideal.—El justo y el artista.—El Arte al servicio de la verdad.

III.

Pág. de 43 á 51

DISCURSO DE CLAUSURA DEL PRIMER CONGRESO EUCHARÍSTICO DEL ECUADOR.—Espíritu del Congreso.—Dios en el gobierno del hombre y de la naturaleza.—El hombre ha limitado los derechos de *Jesucristo*.—El Congreso Eucarístico los proclama y patentiza.

El Ecuador: su carácter en la historia.—El apostolado de hoy.—Restauración del espíritu cristiano en América en las relaciones internacionales, políticas y sociales.—La poesía americana.—Conclusión.

IV.

Pág. de 53 á 67

DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL DEL SR. DR. D. CARLOS R. TOBAR EN SU INCORPORACIÓN Á LA ACADEMIA ECUATORIANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

I. La vergüenza de la verdad.—Inconsecuencia en el Arte.—Carácter moral de las obras del nuevo Académico.

II. La Psicología en la Historia.—El amor como tema de la poesía.—La mujer en la poesía pagana.—El Paganismo no pudo crear el ideal de la mujer.—La mujer en el pueblo de Israel.—MARÍA, ideal de la mujer.—La mujer cristiana.—El ideal poético de la mujer: Beatriz.—Depravación del ideal moderno.—Conclusión.

V.

Pág. de 69 á 83

SOBRE EL CARÁCTER NACIONAL DE LA POESÍA.—Relaciones entre la forma y el fondo de la obra literaria.—La forma no tiene escuela.—Estudio de los clásicos.—El carácter nacional de la poesía no está en desacuerdo con la tradición clásica de la forma.—La libertad en el Arte.—Inseguridad en el criterio artístico.—La tradición clásica: fecunda enseñanza que de ella origina.—El estudio de la forma.—Guido Spano: su opinión acerca de la Poesía nacional.—El Cristianismo en relación con las letras paganas.—Transición de la forma al fondo de la obra: sep-

timiento, gusto, expresión perfecta, condiciones de una obra bella.—Criterio artístico: su educación.—Condiciones subjetivas en el carácter nacional de nuestra poesía: la fe, la familia: id. objetivas.—La deformación, aunque real, no crea la naturalidad en el Arte.—Estudio del idioma.—Imitación.—Conclusión.

VI.

Pág. de 85 á 100

DEL NATURALISMO.—Criterio erróneo acerca del estudio de la naturaleza y su interpretación artística.—La poesía: su inquisición de belleza, su tránsito de lo real á lo imaginable y á lo sobrenatural.—El naturalismo: su manera de idealizar.—El naturalismo en la historia; en la poesía.—El afecto, su expresión y la moral.—Estado de los efectos humanos, aprovechado por el naturalismo: poesía consiguiente.—Holocausto de la pasión.—Depuración del afecto.—Carácter sobrenatural de la creación.—Carácter que le da el naturalismo: consecuencias desmoralizadora.—Inconsecuencia del naturalismo en sus temas.—Belleza de la vida, incomprendible para el naturalismo.—Actividad y programa del naturalismo.—Epigrama de Scalvini. Zola.—Noción de los deberes morales del escritor.—Idealización moralizadora. Anhelos del alma. Del ideal á Dios.—Cuadro de Neal.—Conclusión.

VII.

Pág. de 101 á 107

EL PERIODISMO.—Los tiempos y su carácter, en relación con la actividad literaria.—El periodista.—Inconvenientes del periodismo respecto de los estudios.—El periodismo por su lado moral. Dos temas: política y noticias.—La política: adulación y censura.—Las noticias: escándalo moral: la fantasía en las noticias.—Granjería del periodismo.—Falta de sanción: prestigio de hecho del periodismo.—No se condena en lo absoluto el periodismo.—El periodismo como tarea literaria.—Preparación de la juventud.

VIII.

Pág. de 109 á 116

LA DISCIPLINA DE LA INTELIGENCIA.—Acción simpática entre la inteligencia y el libro: primera enseñanza moral del estudio.—Investigación de la verdad.—El orden: su elemento moral.—Armonía del espíritu.—Comprensión de la disciplina del espíritu: la del corazón y la del entendimiento.—Disciplina del corazón: depuración, aislamiento, fuerza del afecto.—Esperanzas de la juventud. Educación de la esperanza.—Operaciones del entendimiento. El método y la unidad.—Anarquía en el estudio. Enciclopedis-

mo. Efecto moral de estos desórdenes.—La unidad, su origen y efectos.—Vida de estudio, vida de sacrificio.—Esperanza.—Preparación del porvenir.—Economía del tiempo.

IX.

Pág. de 117 á 147 POESÍA POLÍTICA.—Sus condiciones morales.—Una poesía del autor, motiva el estudio sobre *El General Lamar*.—Introducción—Antecedentes.—Lamar y los jefes colombianos.—La moral de Lamar.—Carácter de la guerra entre Colombia y el Perú.—Sentimientos de los pueblos del Sur de Colombia acerca de la guerra con el Perú.—Flores y Lamar: la estrategia.—Nacionalidad de Lamar, concepto moral de la naturalización.—La conducta de Lamar juzgada en el Perú.—Doble responsabilidad de Lamar.—El afecto de los amigos de Lamar y la opinión nacional; indiferencia de Cuenca para con él.—Conclusión.

VII

Pág. de 101 á 107 EL PERIODISMO.—Los tiempos y su carácter, en relación con la actividad literaria.—El periodista.—Incóvenientes del periodismo respecto de los escritores.—El periodismo por su lado moral. Los temas, noticias y noticias.—La política: adicción y cesantía.—Las noticias: escándalo moral; la fantasía en las noticias.—Crítica del periodismo.—Falta de sentido práctico en hecho del periodismo.—No se como el periodismo.—El periodismo.—El periodismo como arte literario.—Preparación de la juventud.

VIII

LA DISCIPLINA DE LA INTELIGENCIA.—Acción disciplinadora de la inteligencia y el libro; primera acción disciplinadora del estudio.—Investigación de la verdad.—El orden; su elemento moral.—Armonía del espíritu.—Conciencia de la disciplina del espíritu.—Disciplina y la del entendimiento.—Disciplina del entendimiento.—Disciplina del entendimiento, fuerza del método.—Disciplina de la juventud. Educación de la juventud.—Disciplina del entendimiento. El método y la verdad.—Acción de la disciplina. Psicología.

ERRATAS.

Aparte de varios errores ortográficos, se notan entre otros los siguientes:

RÁG.	DICE.	LÉASE.
25	Plinio Lévêque	Plinio, Lévêque
33	si luego habría de olvidar este verbo y habría de negarle su voz	si luego habría de olvidar que era este verbo ó habría de apagar su voz
35	prejuicios de la sensación	prejuicios